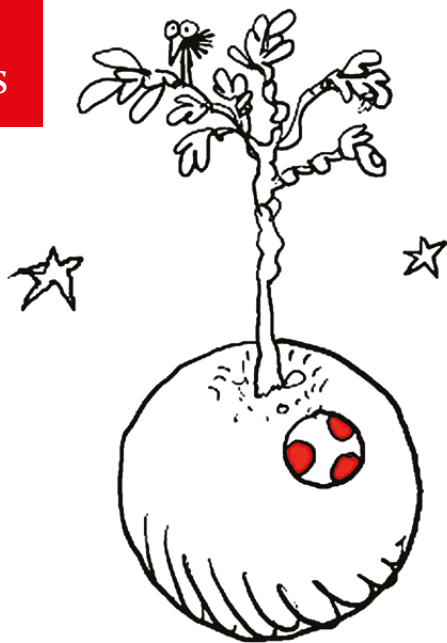


CRÓNICA DE UN EXILIO.  
TESTIMONIOS DE RESISTENCIA  
Y ESPERANZA DE UNA FAMILIA CHILENA  
EN MÉXICO: LOS PALOMO

Rebeca Flores

Sofía R. Fernández Flores



GOBIERNO DE  
**MÉXICO**



**MEMÓRICA**  
México, haz memoria





CRÓNICA DE UN EXILIO.  
TESTIMONIOS DE RESISTENCIA  
Y ESPERANZA DE UNA FAMILIA  
CHILENA EN MÉXICO: LOS PALOMO

Rebeca Flores  
y Sofía R. Fernández Flores



GOBIERNO DE  
MÉXICO



MEMÓRICA  
México, haz memoria



CIP. INSTITUTO MORA. BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

NOMBRES: Flores, Rebeca | Fernández Flores, Sofía R.

TÍTULO: Crónica de un exilio : testimonios de resistencia y esperanza de una familia chilena en México : Los Palomo / Rebeca Flores y Sofía R. Fernández Flores.

DESCRIPCIÓN: Primera edición | Ciudad de México : Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora : Archivo General de la Nación, Memoria Histórica, 2023.

PALABRAS CLAVE: México | Chile | Exilios | Familia Palomo Fuentes | Golpe de Estado en Chile | Refugiados chilenos | Exiliados | Relatos personales | Siglo XX

CLASIFICACIÓN: DEWEY 325.2830972 FLO.c | LC F3100 F5

Diseño de portada: Marco Ocampo. Crédito de la ilustración: *Exilio*, de *Palomo*, ciudad de México, ca. 1984.

Primera edición, 2023

D. R. © Archivo General de la Nación  
Av. Ingeniero Eduardo Molina s/n, Col. Penitenciaría, Ciudad de México, C. P. 15280  
<[www.agn.gob.mx](http://www.agn.gob.mx)>

ISBN: 978-607-97747-7-6

D. R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora  
Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,  
03730, Ciudad de México.  
Conozca nuestro catálogo en <[www.mora.edu.mx](http://www.mora.edu.mx)>

ISBN: 978-607-8953-12-7

Impreso en México  
*Printed in Mexico*

# ÍNDICE

Presentación	7
Encuentro de utopías	9
Un sur lejano	13
Fractales	17
Azares y asilos	25
El abrazo de México: tejiendo horizontes	29
Coincidencias	37
La memoria viva	49
Finales	55
TESTIMONIOS	57
Zandra Reyes Dihmes	59
Thelma Flores	85

Sofía Rebeca Fernández Flores	91
Patricio Palomo Fuentes y Brigitte Calame	103
Nelson Feliciano Francisco Palomo Fuentes	117
Matías Palomo Reyes	135
Antonio Castillo Belmar	139
María Inés Palomo Fuentes	153
José Palomo Fuentes	157
Elías Palomo Reyes	173
Sobre las autoras	187

# PRESENTACIÓN

Al inicio de este año 2023, el Palomar<sup>1</sup> recibió una invitación para ser parte de los esfuerzos en la conmemoración de un evento que hace 50 años marcó sus destinos, y los de tantos: el golpe de Estado en Chile y el exilio. Zandra Reyes Dihmes y José Palomo Fuentes nos abrieron las puertas de su casa y lo que empezó como una invitación a organizar una exposición con la obra de *Palomo* y *El Cuarto Reich* se amplió a reunir los testimonios de sus hijos y de los hermanos Palomo Fuentes y sus familias, que confluyeron en este libro que busca guardar sus memorias y honrar los destinos familiares y los lazos que el día de hoy conforman la tela de la que estamos hechos.

Los Palomo son parte de un tejido entre dos patrias.<sup>2</sup> Su voz testimonial nos regala memoria, ese espacio para no olvidar. Como afirma la doctora Gabriela Pulido, titular de Memoria Histórica del Archivo General de la Nación: “hacer memoria implica un esfuerzo. Es una búsqueda por los laberintos de los recuerdos para encontrar todo aquello que precisamos traer a nuestro presente”.

La memoria, esa cosa de moda y tan antigua, ese traerlo todo al papel, al bit, a la pantalla, resumir el pasado en poco tiempo, en el cual regresan la infancia, el amor, su ciudad, los padres, los hermanos, las tanquetas, el desabasto, la traición, la camaradería, el golpe, la lealtad, el luto, la distancia, el odio por aquellos que les rompieron la alegría. Durante aquel capítulo negro no faltaron los amigos y la familia, la música, el canto, la poesía, los libros, la pintura, la solidaridad, los sueños. Tantas sonrisas resistiendo y ocultando un gran dolor.

1 Casa de Zandra Reyes y José Palomo Fuentes, exiliados en México.

2 Principalmente entre Chile y México, pero la familia se encuentra ya dispersa en otras coordenadas.

En este mar de palabras también se puede sentir el miedo, miedo al miedo que sintieron, miedo de hablar, miedo de no hacerlo. Y la medicina, la curación que es la voz, la liberación de lo nunca antes dicho. Y es que cuando hablamos reviven nuestros muertos y se acomodan junto a nosotros mientras lloramos el recuerdo, y podemos tenerlos a nuestro lado, en el pensamiento, en el corazón.

Aquí los testimonios e historias de aquellos que perdieron patria a raíz del golpe de Estado en Chile, en 1973, los silencios rotos de quienes vivieron día a día la dictadura y los afectos y cariños que los abrazaron en otras tierras. Entre líneas pueden sentirse los besos, las ternuras, el dolor vívido hilando las palabras, algunas pronunciadas por vez primera.

La historia del mundo es una de migraciones, trasterrados, exiliados, asilados, de éxodos, de caravanas, principalmente para salvar la vida, para encontrar un mejor futuro, liderada por grandes sueños. Paseamos por el mapa de sus palabras, por el sendero de sus recuerdos.

En el Palomar se ha pasado de la conmemoración histórica a la sanación colectiva, a celebrar la amistad, el atardecer, la esperanza, las varias formas de la alegría, en ese prodigioso y enorme espacio que la vida regala para convivir; hoy conocemos a profundidad una familia que llega al significado de las palabras que importan, del cariño mayor.

Hoy, además de eso, sus testimonios son otra manera de comprenderlos, entender la forma en la que nos narran la vida y sus cielos, tardes, tormentas, descansos, batallas, bienes y males, la amistad, el valor, el amor. Porque a partir de palabras, las imágenes que nos regalan dicen el alma de todo. Un universo. Así que leer, mirar, descubrir la gratísima compañía de su historia es un descanso entre los días, una taza de café compartido.

No es asunto de geografía, son personas que fueron despojadas de su patria y raíces, que en México empezaron de nuevo, y puede decirse que después de arduas batallas cotidianas ahora están respirando, ya tranquilas, con sus días, con sus trabajos, con la familia de sangre que logró reunirse después de aquella catástrofe, aunque siempre, como nos cuenta Pepe Palomo, haya que caminar del lado opuesto al sentido de los autos, por si aparecen...

Este libro está basado en los testimonios<sup>3</sup> de Zandra Reyes Dihmes, los hermanos José, Patricio, María Inés y Nelson Palomo, los hermanos Elías y Matías Palomo Reyes, Brigitte Calame, Thelma Flores, Antonio Castillo y Sofía Fernández, a todos ellos muchísimas gracias.

3 Estos testimonios completos pueden consultarse en el repositorio Memórica. México, haz memoria (<https://memoricamexico.gob.mx/>).



## ENCUENTRO DE UTOPIÁS

**B**artolomé Palomo Fernández brindó a su descendencia ejemplo, creatividad e ingenio. Hombre bueno, inteligente y capaz, de manos grandes y trabajadoras, nacido en Santiago de Chile, formó una familia con Isabel Fuentes Quitral, de sangre mapuche, que nació en Curicó, al sur de aquel país. Mujer talentosa y musical de quien se podía reconocer la bondad de sus ojos a través de sus hijos José, Guillermo, Patricio, María Inés, Manuel y Nelson.

Desde el Santiago popular, donde la vida da lecciones con sabor amargo, donde los inviernos calan en los huesos y en la carencia, donde con esfuerzo se remiendan los trajes y se crean juguetes para acompañar la infancia, Pepe, como el mayor, ayuda a sembrar esa casa con libros y tinta fuente como posibilidad de libertad para el pensamiento. Ahí los Palomo forjaron su resiliencia y se enamoraron de la vida, del mundo y de sus infinitas posibilidades.

Las escuelas experimentales y la educación socialista de Salvador Allende abrieron puertas a conocer un mundo más grande en el que luego cabrían los Palomo. Y mientras tanto, ganarse el pan, encontrar vocación, disfrutar de los árboles frutales, de los cuchuflés y del mote con huesillo.

Inmersos en un barrio donde la mayoría se apropiaba de las banderas de oportunidad e igualdad, había orgullo, panfletos, libros circulando entre las mentes, esperanza de mejores días. Se militaba, sí, pero sobre todo se transpiraba esfuerzo mientras se iba al colegio y a los centros de trabajo.



Familia Palomo Fuentes. Izquierda a derecha (superior): José P.F., Bartolomé P.F., Isabel F.Q., María Inés P.F., Patricio P.F., Pastora A., Guillermo P.F.; (inferior) Manuel P.F., Francisca Fernández Cuesta (tía), German Fernández Morales (primo) y Margarita Valencia, Felisa Fernández Cuesta (tía) y Nelson P.F.  
 Colección particular de la familia Palomo Fuentes, Santiago de Chile, s/f.

\*\*\*

En la misma ciudad, pero desde otro mundo, en el seno de una familia acomodada, Arturo Reyes Pérez y Yolanda Dihmes Sedán criaban a sus seis hijos. Un matriarcado donde la herencia palestina, resultado de la migración de los abuelos maternos hacia Chile, envolvió el hogar con sus modos, comidas, cultura y tenacidad a prueba de todo.

Zandra, la hija mayor, de profunda mirada árabe, nació hace 73 años en Santiago de Chile. Protectora y ejemplo de sus hermanos –Verónica, Marisol, Pamela, Doris y Patricio–, desde pequeña fue la rebelde de la familia, le llamaba ayudar a la gente, participar en asuntos sociales, estaba al tanto del contraste de los privilegios de los que ella gozaba, y eso le pesaba. “Vengo de una familia de derecha; yo nunca pensé que podría



Boda civil de Zandra Reyes Dihmes y José Palomo Fuentes. De izquierda a derecha: Alicia D., Verónica R., Horacio Marota, Bartolomé F., Yolanda D., María Inés P., Patricio P., Zandra y Pepe, Nelson P., Patricio R., Isabel F., Pamela R., Guillermo P., Luiz Rodolfo y Yani (amigos brasileños).

Colección particular de la familia Palomo Reyes, Santiago de Chile, 13 de marzo de 1971.

ser de izquierda. Y siento, y creo firmemente, que la gente puede cambiar a través de las palabras, a través de ejemplos, a través de las vivencias.”

Estudió en un colegio católico y su inquietud, tenacidad, hiperactividad y curiosidad la llevaron a concursar, con 13 años de edad, por un puesto en la televisión, donde trabajó por 18 años en el Canal 9 de la Universidad de Chile; ella dice que por incordiar a su padre, pero debió ser porque es trabajadora, incansable... y si se le cierra el mundo abre otros, inaugura vida donde no la hay.

Política, ideales, posturas y militancias no cabían en un núcleo familiar como el suyo, y la llegada del presidente Allende generó en ella una sensación extraña: “Yo, hasta el día en el que eligieron a Allende, no participaba en nada, no militaba ni nada de nada, sólo participaba de conversaciones. Sí leía, pero nada más. Traía todo el bagaje de mi

casa, un mundo totalmente diferente y esta nueva vivencia del país no la entendía mucho”.

Su vocación periodística y la cobertura del nuevo gobierno en su trabajo la enfrentaron con la realidad del pueblo de a pie: “Todo eso cerró mi ciclo y me dije que yo era de aquí, y no del otro lado (derecha). [...] Lo más importante para mí fue ver el cambio que se produjo en la sociedad. Yo veía que la gente estaba eufórica, tenía ganas de trabajar, de hacer cosas, porque iba a venir un cambio, y eso fue lo que más me llegó, la alegría de la gente, porque se hicieron muchas cosas en beneficio de los más necesitados. Un Chile antes, un Chile después”.

Gracias a esto, a los medios, al gobierno de Allende, unificador de utopías, colapsan dos mundos, dos conciencias: Zandra y Pepe se encontraron para en muchas formas no dejarse nunca, compartiendo vida, amigos, noches de bohemia, música, teatro, literatura y exilio.

## UN SUR LEJANO

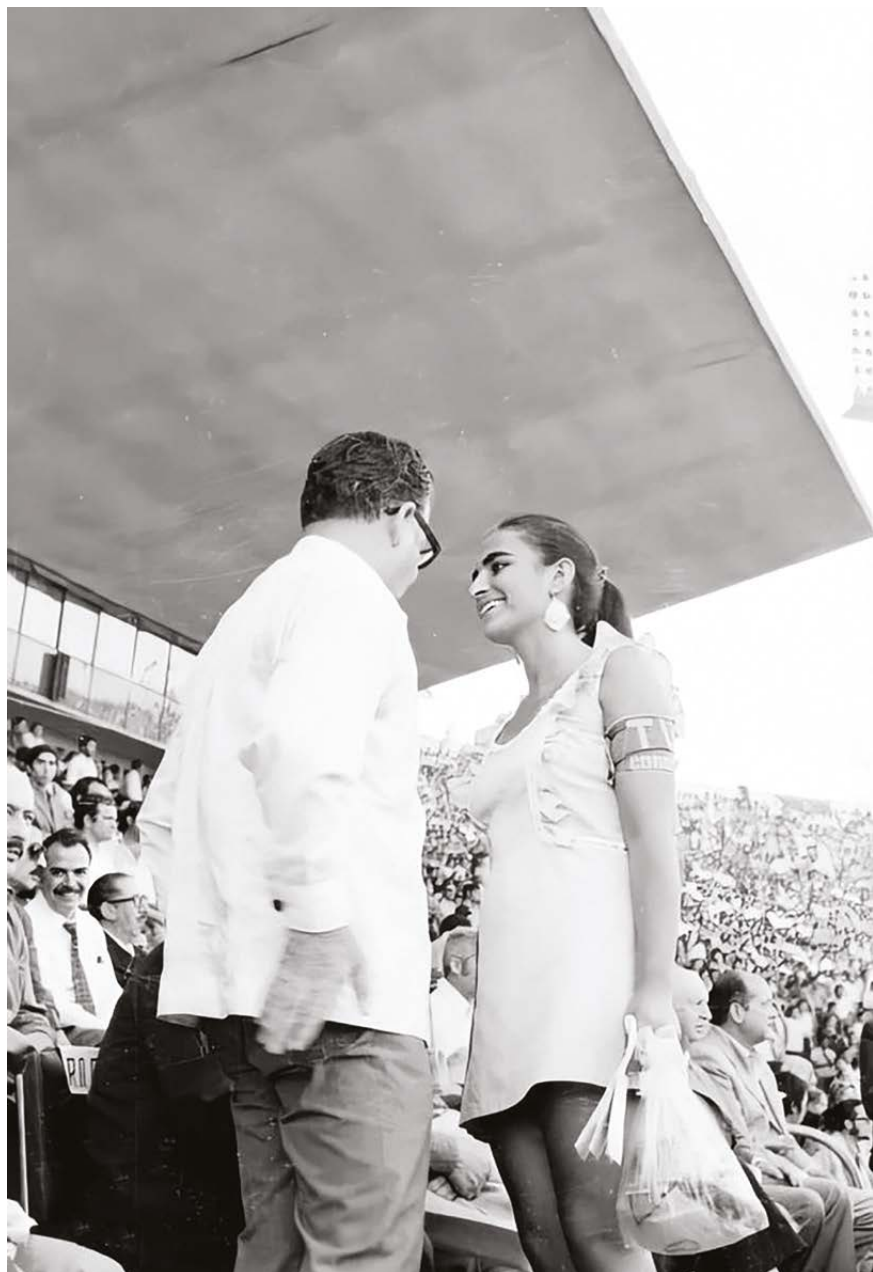
Las calles y la gente se inundaron de alegría con ese nuevo gobierno. José Palomo lo dice muy bien: “Éramos un país pobre pero con una democracia lograda con esfuerzo, trabajo, sobriedad y medios de comunicación que representaban los intereses de todos los sectores, una vida social en una institucionalidad que permitía un modo de vida, con problemas por resolver, pero con un margen amplio de acuerdos que buscaban antes que nada una solución compartida, el bien común”.

Llegó el desabasto, la voraz campaña de desprestigio al proyecto de nación, los secretos a voces. “Intuíamos que el golpe venía, pero no sabíamos cuándo”, recuerda Zandra. La familia Dihmes, cercana a la militancia del Partido Nacional, advertía la ruptura. Don Arturo y los tíos creían que una acción como ésa era en pro de la estabilidad del país. Las palabras de su padre resuenan en ella: “quiero que tú y Pepe se cuiden porque va a venir un golpe de Estado, va a haber una desestabilización, va a ser muy fuerte”. Incrédula, recuerda reclamarle: “papá, no puedo creer que tú estés avalando esto; no tenemos de qué cuidarnos, nosotros somos gente de trabajo y de estudio y no por pensar diferente o vernos diferentes por ser jóvenes nos puede pasar algo”.

Para el año 1973 Zandra Reyes desempeña labores periodísticas en la televisión chilena:

El país estaba polarizado. Por un lado, los partidarios de la Unidad Popular, por otro la derecha, que buscaba alianza con gremios e instituciones capaces de paralizar al país.

La Universidad de Chile, concesionaria del canal de televisión que hasta entonces operaba con la señal 9, se alineó con la



Zandra Reyes Dihmes con Salvador Allende en el Estadio Nacional.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Santiago de Chile, 1973.

derecha y como la mayoría de los trabajadores del canal no aceptaron unirse a la desestabilización, el rector, el demócratacristiano, Edgardo Böeninger Kausel (1969-1973), despidió a todo el personal y consiguió seguir las transmisiones a través de una nueva señal, la frecuencia 6.

Como este enfrentamiento había comenzado meses antes y las amenazas de despido flotaban en el enrarecido aire previo al golpe, los trabajadores habíamos tomado el canal y resistíamos ahí ayudados por gran parte de la ciudadanía; defendíamos nuestra postura de hacer una programación de cultura popular, pero no teníamos ni un recurso. Ciudadanos e instituciones que apoyaban nuestra causa enviaban lo que podían: alimentos, cobijas, dinero. Pero la situación se hacía insostenible. Salíamos a solicitar recursos. Incluso hay una foto en la que estoy conversando con Allende explicándole nuestra situación. Finalmente, poco antes del golpe, el rector logró desalojarnos de las instalaciones del Canal 9 haciendo uso de la fuerza pública. [Zandra Reyes.]

Por su parte, José Palomo, siendo ya un reconocido dibujante, publica sus caricaturas en diversos diarios de circulación nacional, además de trabajar en la Universidad Técnica del Estado:

Salimos –relata– creo que antes de las nueve. Zandra me llevó a mi trabajo en la calle Fanor Velasco, una calle corta, a unas cuatro cuadras de La Moneda, donde había varias sedes de organismos de la Universidad Técnica del Estado, la Radio de la UTE y el INPRUTE (Instituto Nacional de Prevención de Riesgos Ocupacionales de la UTE), donde yo trabajaba. Zandra me dejó allí y ella se fue al punto de reunión de los trabajadores de Canal 9 de la Universidad de Chile, expulsados del canal por el golpista rector demócratacristiano Edgardo Böeninger. Empezaron a llegar noticias de la casa central de la UTE. Los trabajadores de la radio [...], nos pidieron ayuda para bajar una gran caja del emisor de la radio que ya estaba silenciada. Una vecina viejecita que barría su vereda, totalmente ajena a lo que le ocurría al país en ese momento, se compadeció de nuestros esfuerzos y ofreció el receptor de su antigua casa, puso la caja al final de un corto pasillo, fue al interior y lo cubrió con un mantel bordado y encima un florero de cristal con una flor. La estética vino en protección de ese aparato tan esencial para la radio. La idea de ir a la UTE se desechó porque los militares estaban cercando la casa central.





# FRACTALES

El golpe nos fue avisado a la medianoche, de ese minuto en adelante todo fue incierto, lo acordado para ese día, o la semana completa, lo desacordamos de inmediato. El teléfono sonaba y nos dejaba dudas y suposiciones que se apilaban o repletaban nuestras mochilas.

José Palomo.

**E**n septiembre las mañanas en el sur del continente tienen esa sensación de los últimos días del invierno pues pronto, a finales de mes, llegará la primavera. Así que es martes 11 de septiembre de 1973 en Santiago; en las aceras las araucarias, y en los jardines, los arrayanes, el chagual y el maitén. Así el ambiente en el fin del mundo, en esa luz de mañana austral, sur del sur, y como muro y paisaje, como esperanza, la cordillera andina, mientras el día hace sus quehaceres cotidianos.

Cada testimonio sobre aquel 11 de septiembre de 1973, en el que llovieron los proyectiles de plomo, de frío, de cristales, de ideologías contrarias, se une para formar un fractal en el que los integrantes de esta historia reviven, a su manera, el confrontarse con el recuerdo, y que deja ver cómo, al paso del tiempo, estas narraciones les han hecho sacudir del olvido los recuerdos del día nefasto, el del golpe, y las rutas que debieron tomar para mantenerse a salvo.

Zandra Reyes y José Palomo, la madrugada del 11 de septiembre, se encontraban en su departamento en Pedro de Oña despidiendo al cantautor Gonzalo Payo Grondona. Luego de un rato Gonzalo les llamaría por teléfono, extrañado por ver tanquetas en la gasolinera. A las ocho

de la mañana el teléfono volvió a sonar, era Hugo Guzmán: “levántense porque hay golpe de Estado”.

En la televisión se normalizaba la situación y se silenciaba la verdad, como sería la tónica en adelante. Las horas transcurrieron con tensión mientras por la radio se ordenaba que la población se dirigiera a sus lugares de trabajo. Salieron de aquella casa, por la que transitaban jóvenes intelectuales, músicos, dibujantes, escritores, periodistas, se dirigieron rumbo al trabajo de *Palomo* en el Departamento de Prevención de Riesgos ubicado cerca de La Moneda, donde Allende es traicionado.

En la ruta de regreso, Zandra visitó a compañeros de la televisión para advertirles lo que estaba aconteciendo. La idea era esperar en su casa; ya ahí comenzaron a llegar amigos, conocidos y desconocidos. Siendo multitud, nadie sabía nada. Ella llamó a Pepe y le dijo “nos vamos a ir; cualquier cosa nos vemos en casa de tu mamá cuando se pueda; yo me voy a casa de mis tíos”, donde sería muy difícil que los militares dieran con ella, pues la familia de Zandra vivía en un barrio exclusivo.

A las 9:20 de la mañana, Radio Magallanes, la única emisora popular que permanecía en el aire, transmite el último mensaje del presidente Allende: “La historia es nuestra y la hacen los pueblos [...] tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”.

Cuando vieron a los “gallardos” soldados chilenos bombardear el palacio presidencial, sembrando el terror, de Arica a Punta Arenas, entre su propio pueblo, “fue la señal inequívoca de que estábamos ante una maniobra con el beneplácito imperial y el blanco escogido, la sede de nuestra cabildeada, discutida, chamulleada y concatenada Democracia, madre de nuestra República, La Moneda”, recuerda José Palomo con ironía.

Cuando los aviones de la Fuerza Aérea iniciaron el bombardeo, numerosas casas de partidarios de la Unidad Popular fueron allanadas. Entre ellas, nos cuenta Zandra, “mi hogar, el que afortunadamente había abandonado minutos antes y al que nunca regresé”.

Su amigo Luiz Rodolfo, exiliado brasileño en Chile y vecino del matrimonio Palomo Reyes, recibió esa mañana una llamada de Pepe, y el primero le preguntó “¿cómo anda tu portugués?” “Só giria carioca, fala”,<sup>1</sup> respondió *Palomo*, y así se enteró: “ya están aquí los verdes, allanan tu depa”. Al tanto de esa situación, no regresaron.

1 “Sólo jerga carioca, habla”.

Toque de queda. Incertidumbre y resistencia. Tres días pasaron y aún no se reencontraban. Cuando fue posible, la casa de los padres de los Palomo, don Barta y Chabela, como les llamaban de cariño, sería el punto de reunión.

Pepe Palomo pasó la noche en casa de un compañero de trabajo. Con el mundo revuelto, recordó que ese día se juntaría con Víctor Jara, pues fue el responsable de articular la portada de su último disco, el cual nunca vio la luz. Al otro día se dirigió a casa de su familia, donde el cariño de su madre le dio la bienvenida, así como un doloroso recuerdo: “Abracé a mi viejo que con los ojos llorosos quemaba una pila de libros. Eran libros que él, con gran esfuerzo, me había comprado cuando yo estudiaba. Hoy, macartistas adiestrados en Fort Gulick y Fort Bragg lo habían aterrado a tal punto que lo obligaron, para no caer en la sospecha delatora, a hacer lo que vio en la tele, lo que hace la represión con los libros; quemarlos”.

Cuando la pareja volvió a reunirse decidieron por seguridad ir a casa de su amigo Andrés Letelier, que se encontraba acompañado por su madre, su hermana Verónica y su cuñado, Camilo Moreno, ingeniero agrónomo de nacionalidad mexicana, a quien ya la embajada de México había contactado para ofrecerles protección y sacarlos de Chile. Camilo le propuso a Pepe integrarse a su grupo para ingresar a la embajada y aunque este último se negaba a la opción, finalmente lo convencieron de que era lo mejor para su seguridad: “Ándate, porque eres el que corre peligro”, le dijo Zandra. “Nos vemos en casa de Oski”,<sup>2</sup> se apresuró a decir Palomo como plan de reencuentro.

*Patricio Palomo Fuentes:* “En la época del golpe yo trabajaba como diagramador en *El Siglo*, que era el periódico del Partido Comunista (PC). Recuerdo que en esos días estaba todo paralizado en el país y no había cómo movilizarse. Entonces en el diario, cuando terminábamos tarde, nos llevaban en auto a la casa. El lunes 10 terminé después de medianoche, y antes de salir del diario, en una especie de clóset donde guardaba mis cosas, vi que estaba mi carnet de militante del PC y pensé ‘lo dejo acá’. Lo dejé. Me llevaron a casa.

”El 11 por la mañana, mi padre entró a la pieza y me dijo: ‘parece que están bombardeando el centro de Santiago’. Como había llegado tarde, no me desperté temprano. Me levanté, no sabía lo que pasaba. No teníamos teléfono en la casa. Había que ir a un negocio a llamar, y tampoco se podía porque estaba todo cortado. La radio emitía bandos militares. Entonces decidí ir a buscar a Nelson, mi hermano menor, que

2 Dibujante argentino que residía en la ciudad de Buenos Aires.

estaba en la escuela primaria que quedaba a unos 10 kilómetros de la casa. Me fui a pie, no había locomoción. Atravesé la Quinta Normal, donde estaba la Universidad Técnica, que estaba tomada por los estudiantes. Llegué a la escuela Salvador Sanfuentes y el director, que estaba esperando el allanamiento, me dijo que los alumnos se habían ido a las casas de los profesores y me dio la dirección de la maestra de mi hermano. Fui a buscar a Nelson, que tenía 12 años. Me sentía desorientado. Pasamos por el antiguo taller de mi padre donde en ese momento trabajaba un zapatero comunista, amigo de la familia. Nadie entendía realmente lo que estaba pasando. Con Nelson nos fuimos de vuelta a casa. Supimos al llegar que había estado de sitio. Estuvimos como tres días encerrados, no se podía salir, y lo único que podíamos hacer era quemar libros y revistas”.

Entre la quema de literatura, la incomunicación, un hermano que hacía caricatura política, otro hermano, Manuel, de 17 años, integrante de las Juventudes Comunistas, su labor periodística y su propia militancia en el PC, Patricio decide que para prevenir y proteger a sus padres y hermanos iría a la casa de sus tíos a pasar unos días, que luego se convertirían en semanas. Recuerda que al llegar diciembre pasaría una de las navidades más tristes de su vida, y que en febrero del 74 se despediría de su familia partiendo rumbo a Argentina.

*Guillermo Palomo Fuentes* por esas fechas estaba en Australia, acompañado por Pastora, su entonces esposa; ahí recibe la noticia del golpe. Pudo regresar en diciembre de ese año, donde le esperaba un país diferente y una familia fragmentada. De ese primer matrimonio, sus hijos Guillermo, Ivonne e Ivette crecieron en Chile, recibiendo siempre con gran cariño a la familia que salió y volvió, y siendo ejemplo de sus hermanos más pequeños: Felipe y Cristóbal.

*Manuel Palomo Fuentes*, activo miembro de la Brigada Ramona Parra, perseguido político, amante de la música, el 1 de diciembre de 1981, a los 26 años de edad, es asesinado por la dictadura. A Manuel le sobrevive su hijo Antoine. Entre el dolor, el carpetazo y el recuerdo, aquí sigues. Así como sigues en el aire, en la utopía, en el corazón de tu hijo y en los cantos de esperanza que entonamos desde entonces: “... Y tú vendrás marchando junto a mí / Y así verás tu canto y tu bandera florecer” [Quilapayún, 1973].

*Nelson Palomo Fuentes* tenía 12 años cuando ese 11 de septiembre tomó la micro, acompañado de Manuel, para llegar a su escuela, misma en la que había estudiado su padre. Había tomado el desayuno escolar instaurado para las infancias por el nuevo gobierno. Casi al mediodía el alumnado es convocado al patio y el cielo es atravesado por el paso de

aviones. Entre la confusión y el gentío que en un momento se presentó en el centro educativo, algunos alumnos fueron recogidos por sus padres, otros emprendieron camino solos, y el más joven de los Palomo recibió protección en casa de la maestra Marta.

Patricio fue a buscarlo allí, y a los pocos minutos de emprender el regreso vieron llegar un camión militar y a los conscriptos “escoltar”<sup>3</sup> a la profesora fuera de su domicilio. En silencio, con una prisa que quemaba sus pies, entre balaceras, tanquetas, negocios cerrados y calles que se hacían eternas, llegaron a su casa en Lo Valledor Norte, luego de siete horas de camino.

Nelson les contó a sus padres lo que había visto: “Ellos me dijeron que no se podía hacer nada, que no había de otra”. Y entre tantas cosas que se acabaron, se acabó también la familia extendida, pues había mucha denuncia, incluso entre familiares, y se optó por el doloroso silencio, por desarrollar mecanismos de defensa para saber con quién se estaba seguro, con quién se podía contar. Modo supervivencia en el nuevo Chile, donde no sólo se racionaría el pan, sino las oportunidades, sin escatimar en balas.

Nelson Palomo vivió todos los procesos: antes, durante y después del golpe de Estado. El país secuestrado, dos de sus hermanos exiliados, Manuel asesinado, y ya sin su padre,<sup>4</sup> para el menor de los hermanos ese 11 de septiembre desencadenó muchos duelos en poco tiempo.

*María Inés Palomo Fuentes* no recuerda el día del golpe, pero sí las consecuencias. Un “tipo de amnesia dolorosa”. Ese día decidió quedarse en casa y no asistir al trabajo en la Universidad Católica ni a la escuela nocturna. Sintió la necesidad de buscar a Manuel y recorrió la ciudad gris sin éxito:

Lo que más recuerdo es cuando se abrió el toque de queda, que en realidad no recuerdo cuántos días pasaron. Lo digo textualmente, no lo recuerdo. Sé que salí en busca de mi hermano Manuel [...] Sé que había caminado mucho, y es que me fui al barrio donde nosotros nacimos, donde estaban mis tías abuelas, pensando que se podía haber ido para allá y quedar cerca del colegio donde él estaba. [...] Fue difícil porque pasaban tanquetas, militares, calles solas, con la angustia de dejar a mi padre, y a ver si encontraba a mi hermano Manuel. Sé que fue una caminata larga, pero no recuerdo

3 A culatazos.

4 Don Barta muere en brazos de su hijo Nelson en julio de 1978.

cuánto rato estuve donde mis tías, porque ahí él no estaba, y tenía que volver a casa.

María Inés permaneció en su país. No pudo despedirse de Pepe, su abrazo mayor, quien partió a México con la esperanza de verlos pronto; Guillermo se encontraba del otro lado del mundo, en Australia; Patricio se movilizaba antes de partir a Argentina; Manuel tampoco se apersonó en el hogar por un buen rato, y María Inés asumió el deber de mantener su trabajo para subsistir y proveer a sus padres y hermanos menores, y más tarde a su hijo Carlos. Fue refugio, cariño y entrega.

*Antonio Castillo Belmar*, esposo de María Inés, era estudiante de ingeniería química en la Universidad de Chile, y narra, de una manera que estremece el alma, que despertó esa mañana del golpe con la noticia en la radio.

“Había movimiento de tropas, sabíamos que teníamos que hacer algo.” Fue alertado por un vecino carabinero para no salir de casa, pero su convicción como militante del MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitario) era ir a la universidad y reunirse con sus compañeros de lucha. En la noche se encontraron en medio de fuego cruzado entre dos grupos de carabineros. Entrado el amanecer, las fuerzas del orden ingresaron sembrando pánico: “con el vientre al suelo, las manos en la nuca, un pie sobre el otro. Ahí estuvimos mucho rato, horas”. Se escuchan tiros. Los suben en un vehículo para llegar al Estadio Chile.<sup>5</sup> “Iban quitando la cédula [...], teníamos que entregarla, por lo tanto, entrábamos sin identidad.” Militares, metralletas, prisioneros, tortura en los pasillos. Seguían llegando detenidos.

“Estaba Víctor Jara, [...] el Loco Yimpel, que era un profesor de matemáticas que no hacía mal a nadie.” Después de varios episodios trágicos, lo reubicaron al Estadio Nacional, donde para pasar el frío nocturno se repartieron frazadas donadas por México como apoyo a un terremoto pasado. Los días transcurrieron tomando el sol, ingeniando distracciones con el colectivo, esperando ser nombrados por un conscripto: “Lo que estábamos esperando es que nos llamaran a interrogación. Cada cierto tiempo llegaba alguien con una lista y nombraba a alguno de nosotros [...] En el Estadio Nacional, en el lado suroriente, hay un velódromo, y ese velódromo tiene unos túneles de acceso al centro. [...] Ahí estaba parte de interrogación y tortura”.

Mientras Antonio continúa con su relato, nosotros escuchamos atónitos, la garganta hecha nudo:

5 Hoy Estadio Víctor Jara.



Antonio Castillo Belmar, en la actualidad, con gorro negro, delante de una imagen suya, de perfil, que está expuesta en el Memorial de Presos Políticos, y que fue tomada en los camarines del Estadio Nacional.

Colección particular de A. Castillo Belmar, Santiago de Chile, 2022.

Llegó el día en que nos llamaron a mí y a un amigo, el Troglo, un compañero. Salimos juntos, nos llevaron con nuestra frazada al velódromo. [...] Evidentemente escuchábamos los interrogatorios y los gritos de los que estaban adentro. Entonces era una fase previa de preparación psicológica, de ablandamiento.

Ahí escuché gritar. Uno empieza a aprender lo que es un grito de verdad a lo que son gritos de dolor, porque no es lo mismo. El grito de dolor con golpe es ahogado, y el grito por gritar es un grito franco. Cuando escuchamos un grito de dolor sabíamos lo que estaba pasando. Y nosotros teníamos que estar todo el día parados ahí con esa frazada encima, sin decir nada. No podíamos movernos. [...] El primer día a mí no me interrogaron.

A Antonio por momentos le cuesta continuar. Respira hondo; la conmoción es colectiva. Luego de una pausa, en la que sólo se escuchan nuestras respiraciones, sigue su relato:

A mí en un momento me llaman. Uno tenía que decir adentro quién era. Con la frazada, yo caminando, me dicen que salte. Yo sin ver salto, choco contra un muro y caigo. Me dicen que me saque los pantalones, que me desnude. [...] Bueno, ahí me interrogan. Les dije que era un simpatizante de la Unidad Popular, lo que era verdad; si les hubiese dicho que me encontraba ahí por casualidad no me hubieran creído y hubiese sido merecedor de un castigo. Por lo tanto, me hacen firmar un papel. Yo firmo, no sé lo que firmé, pero firmé, [...] Era lo que pasase, daba lo mismo.

Antonio fue liberado un día después de su interrogatorio, por la tarde, 10 minutos antes del toque de queda.



## AZARES Y ASILOS

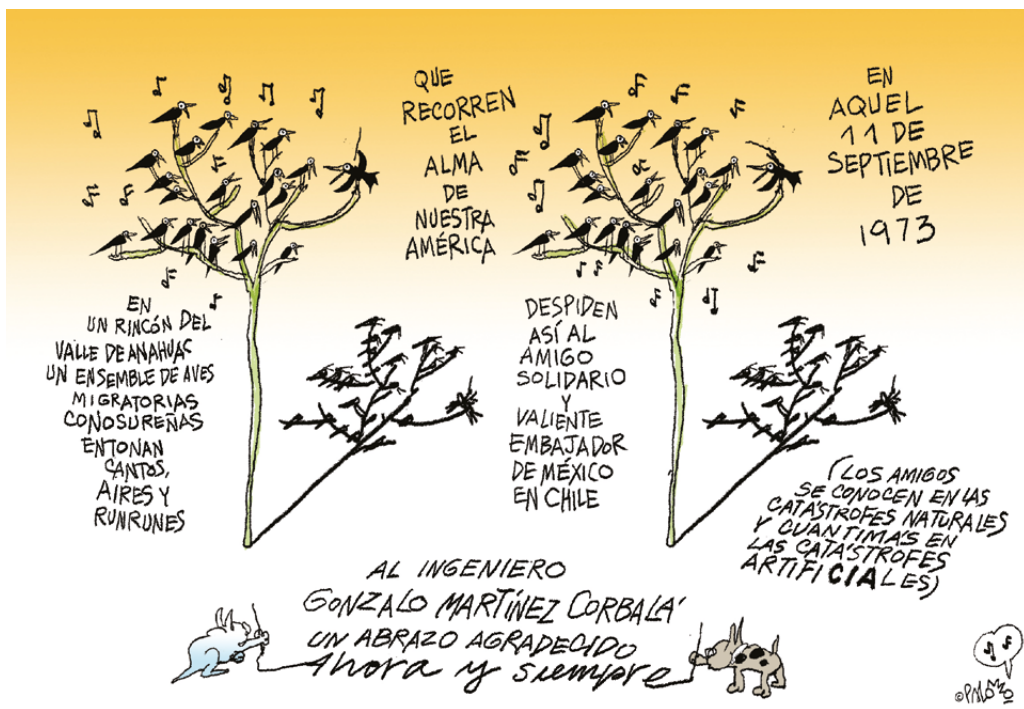
De todas las palabras que explican el exilio, la emigración, la trashumancia, el cambio del humus originario, cuando se habla de exiliados, quizás la más precisa es trasterrados. La etimología razona que el trasterrado es aquel que es obligado, por la fuerza, a abandonar la tierra que le vio nacer, vivir y crecer. Para los griegos, nos dijeron en la escuela, que para el mundo helénico ésta era la pena máxima.

José Palomo.

Acompañado del grupo de agrónomos mexicanos, junto a Camilo Moreno, José Palomo pisó suelo mexicano en la patria chilena. Ya en la embajada, Zandra no pudo visitarlo por la asidua vigilancia, pues, cual cóndores, si alguien se acercaba pidiendo asilo era detenido. Los días y las semanas pasaron a merced de las noticias que llegaban en voz del embajador de México en Chile, don Gonzalo Martínez Corbalá, quien, al igual que otros de sus compatriotas, se convirtió en héroe.

En esos días tan azarosos, Zandra y su amigo Andrés se acompañaban siempre e intentaban cuidar a los suyos desde fuera, desde el Chile fragmentado y aterrorizado. Un día Andrés no llegó a su encuentro. Al contactar con su madre para preguntar por él, Zandra supo que no estaba en casa sino en el Estadio.<sup>1</sup> Ese mismo día, además, Pepe le dio la noticia de que saldría en el siguiente vuelo. Y esas fueron las últimas palabras que cruzaron en aquel país, donde se despidieron sin saber cuándo o dónde se volverían a reunir.

1 Estuvo preso cuatro meses.



Cartón-homenaje para Gonzalo Martínez Corbalá. Palomo, Ciudad de México, 2017.

Así, José Palomo, junto con otros chilenos, mexicanos y el embajador Martínez Corbalá, partieron al aeropuerto en vehículo diplomático, sin equipaje, pero con la esperanza de que todo acabara pronto y poder regresar. Y mientras el Palomo mayor volaba hacia México, Zandra se fue a casa de sus tíos, en la Dehesa, un barrio de derecha, sin riesgo, “el Paraíso”. Al llegar se encontró con una imagen que fijó la postura de su familia: miembros de la Junta Militar, amigos de hace tiempo, fueron a pedirle dinero al tío; entre líneas podía leerse que requerían financiamiento para el golpe, para alimentar a los presos en el Estadio.

Días después Zandra se fue hacia Buenos Aires a casa de sus tíos María Luisa y Dagoberto y permaneció en aquella ciudad por seis meses. “Me quedé con la imagen de mi papá, mis hermanos y mi mamá diciéndome adiós con la mano desde la distancia.”

Haciendo vida en Argentina, Zandra recibió una llamada telefónica, una sorpresa feliz del otro lado de la línea: “¿Cómo te enteraste que estaba acá?”... “Fíjate que iba caminando por la calle Reforma y me

encontré a Fernanda Navarro<sup>2</sup> y le dije que no sabía nada de ti, que sólo sabía que estabas en Argentina en casa de Oski, y le pregunté si tenía su teléfono”, le respondió Pepe.

\*\*\*

Cerrando ciclos, Patricio Palomo también se instala en Argentina con la intención de escapar un rato del ambiente pesado de Santiago. Hace vida en Buenos Aires por varios meses y ahí, después de realizar otros trabajos, colabora en el diario *La Calle*, y como cartógrafo en *La Opinión*. Finalmente, su hermano José le envía desde México un contrato para colaborar en el periódico *El Día*. Así lo cuenta:

Para poder entrar a México tenías que tener un contrato. El día que traté de salir de Buenos Aires, en el aeropuerto otra vez me dejaron abajo del vuelo, no sé por qué. Al otro día fui al centro, a la gendarmería de Buenos Aires; fui acompañado, por supuesto. El tipo que me recibió en la gendarmería me dijo: “¿por qué lo dejaron abajo?” Le respondí: “No sé, yo tengo los papeles, todo al día”. El tipo llamó al aeropuerto, [...] bajó y subió al funcionario que me dejó abajo, y ahí pude tomar el vuelo hacia México. Entretanto, mi hermano Pepe, como las condiciones en Buenos Aires eran de vida o muerte, pensaba que me habían desaparecido. Traté de comunicarme para avisarle que no viajaba, pero no pude hablar con él y prevenirlo del cambio de vuelo.

En el *unomásuno* yo participé en el sindicato. Era una forma de estar presente. Poco a poco comencé, como se decía, a abrir las maletas, a instalarme en México. Porque muchos chilenos seguían con todas las imágenes nostálgicas de Chile, la cordillera, las empanadas, el clima privilegiado, en fin, con clichés, con esas cosas chauvinistas. Yo me dije: “¡Viva México! Voy a aprovechar para conocer México, a los mexicanos, a viajar”, y empecé a interesarme por ese país que me acogía. Además, siempre estuve agradecido con México [...]. Realmente con nosotros se sacaron un 10. Yo empecé a tener contacto con mexicanos, con gente que me interesa-

2 Secretaria de Hortensia Bussi de Allende.

ba. Ahí conocí a mi esposa [Brigitte Calame]<sup>3</sup> y nuestro hijo mayor nació en México, en 1983.

Patricio siempre abrazó la posibilidad del regreso y al no darse las condiciones para volver, vivió y trabajó por años en México, ganándose la vida en lo suyo, en su oficio, en la prensa:

Yo era grafista, trabajaba como diagramador y hacía afiches. Yo recuerdo que en *El Día* recuperaba todos los télex sobre Chile. Recuperaba todo lo que las agencias de noticias publicaban sobre Chile, todo lo que no ocupaban, y se lo pasaba al comité de la Casa de Chile, entonces era una forma de ayudar y tener una información más amplia. Por otra parte, hacía afiches, portadas de libros, y al final, me acuerdo que empecé a escribir notas en el diario *unomásuno*. Iba a los conciertos de Ángel Parra, Patricio Manns, y les hacía las notas; yo lo hacía sin ninguna intención de cobrar. Trabajé siete años en el *unomásuno*, que para mí fue un proyecto fantástico.

Al permitirse el retorno a su país, al confirmar que ya no estaba en las listas negras, Patricio, Brigitte y su hijo Itzel viajaron rumbo a Chile, donde nacieron sus hijos Nayeli y Silvio. Al cabo de ocho años y después del mal sabor de boca al regresar a una dictadura que dejó cicatrices profundas, finalmente echaron raíces en Francia.

3 Periodista francesa que ha ejercido su oficio en México, Chile y Francia. Feminista. Es autora de *L'impossible oubli* [*El olvido imposible*], entre otros libros.

# EL ABRAZO DE MÉXICO: TEJIENDO HORIZONTES

Vi el Ángel y tú ibas conmigo, como el sol, llevando regalos, flores. Elevados por cien alas de alcatraces, de blanco por encima de las azoteas. Íbamos de la mano con el atardecer, con la vista humedecida, pidiendo que llegue el verano y la paz. Porque tú y yo nos envolvemos, nos refugiamos hasta hacernos enormes cerca. Tierra yo de tu encuentro y tú agua, siempre agua, que me fermenta. Recogiendo los puntos cardinales, confluyendo aquí, aquí cerquita, caminamos calles de luz en el pensamiento.

“Ciudad de México”, Rebeca Flores.

**E**l primero de los Palomo en llegar a México fue Pepe: “Llegó la hora de ir a tomar el avión que nos llevaría a México. [...] don Gonzalo me acercó un cálido ‘Bienvenido’ y un jaibol. ‘Gracias’, mientras me acomodaba en un asiento del pasillo. La ceremonia fue breve y ya con pasaje completo enfilamos hacia la pista de despegue. El largo confinamiento y la comida no hogareña hicieron que luego que despaché el jaibol cayera en un largo sueño, tan largo que desperté cuando ya estábamos sobrevolando la enorme Ciudad de México.

”El protocolo de nuestro arribo a la república mexicana: en cuanto llegamos fuimos llevados a las oficinas de Gobernación, donde nos informaron que a partir de ese día ya no dependíamos de la Secretaría de Relaciones Exteriores sino de la Secretaría de Gobernación, esto es equivalente al Ministerio del Interior; allí tuvimos una descripción del protocolo de ingreso al país. Nos identificamos con los datos generales de cualquier persona. Algunas preguntas acerca de los motivos del asilo, las

circunstancias que nos forzaron a tomar tan drástica opción. Luego nos llevaron a un par de hoteles del centro de Ciudad de México, el hotel San Diego y el hotel Versalles, donde estaríamos hasta terminar el protocolo de ingreso. Estuve en el hotel San Diego, en la calle Luis Moya, a pocas cuadras del parque de la Alameda. Allí recibimos la ayuda del gobierno mexicano, de los hijos de los trasterrados de la República española, y, lo que sea de cada quien, también un par de hijos de su santa madre que nos lanzaron volantes desde una ruidosa moto en que decían: ‘¡Fuera terroristas!’, tratando de involucrarnos en política interna.

”Mientras los compañeros se organizaban para recibir la ayuda [...] un refugiado alemán, un republicano español, encabezados por el líder campesino del nordeste brasileño Francisco Julião, nos reunimos junto a René Largo Farías y su mujer Cristina en el *lobby* del hotel. Nos contaron de su vasta experiencia y nos describieron, en detalle, en qué consistía el destierro, desde nuestra llegada hasta el fin de nuestros días, que el exilio tenía puerta de entrada pero no puerta de salida, nos dijeron de qué enfermaríamos, que esta unidad y compañerismo inicial se iría agrietando al paso del tiempo; quedamos sorprendidos, impactados pero agradecidos. En mi experiencia personal, cada cosa que nos ocurrió, ya advertidos, supimos enfrentarla y aminorar sus efectos. Pero uno nunca termina de aprender, estuvimos cinco años con las maletas listas para el regreso, a pesar de que nuestros amigos experimentados nos habían puesto en guardia: ‘No hay regreso, porque no hay dónde regresar.’

”Caminar por esas calles que me parecieron familiares, a veces hasta creía que si doblaba por Luis Moya me encontraría con el barrio Franklin. Pero de pronto, volvía a la realidad y debía asumir el desafío de estar, geográficamente, lejos de mi tierra, y culturalmente, cerca de los países del subcontinente.”

Zandra salió hacia México desde Buenos Aires un 12 de febrero de 1974. Llegó a la Gran Tenochtitlan a las siete de la tarde de aquel día. “La llegada de noche fue maravillosa, porque ves la ciudad iluminada; es como una fantasía, un sueño y unas dimensiones de ciudad inimaginables.”

México la recibió con un despliegue de colores, pues, según nos cuenta, en Chile esa época era gris, se vestía de gris, y ver a los mexicanos llevando ropa de todos colores, hombres y mujeres, vestidos de rosa, de verde, le llamó muchísimo la atención. México es a color y de un corazón inmenso, de brazos abiertos: “Bienvenida, Zandra”.

En el aeropuerto, Enrique Mañón, compañero y amigo de la familia desde entonces, acompaña a *Palomo* en el reencuentro. “En medio de la muchedumbre trataba de ver dónde estaba Pepe, porque me sentía

en la orfandad total, y de repente aparece con un amigo, quien me traía de regalo de bienvenida un hermoso ramo de flores, y este amigo me dijo: ‘que tengas una feliz estadía en este país, que sea para siempre.’” Y así fue.

Al fin, después de todo ese tiempo, Zandra y Pepe volvieron a abrazarse. No les fue fácil integrarse a México pues existían entre ambas culturas diferencias marcadas, no sólo en el colorido, sino en el ambiente, en el olor, en la comida, en la forma de ser mexicana; a costas lo sucedido, su salida, estar aquí, o en cualquier otro lado que no fuera su país, todo lo nuevo, todo lo lejos, todo lo que no era ellos, todo donde no estaban los suyos, sus cosas, su casa.

Se sobrepusieron a todo eso, y sin pronunciar la palabra *lejanía*, mirando ese fondo de vidriera con árboles que era México, la imagen que los contenía, acertaron a mirarse nuevamente.

\*\*\*

Al cabo del tiempo, Zandra Reyes y Pepe Palomo se habituaron a la ciudad que les daría más que una morada, al día a día, con las calles, los colores, el acento y las palabras mexicanas, los buses, los trámites, los árboles, el clima, los sabores, pero sobre todo se adaptaron para salir adelante, para seguirle a la vida, pues había mucho que hacer además de sobrevivir, había que apoyar a los que llegaban, ayudar a difundir. Zandra estuvo en todas las tareas que emprendió la Casa de Chile en México, mientras que Pepe publicaba su genialidad en distintos medios.

En el periódico, en la universidad, alzando su bandera. Su nueva vida, su nueva patria. Esos amigos, los de México, que los abrazaron y no los soltaron, y los del exilio que, tomados de la mano, enfrentaron una memoria dolorosa y formaron familia. Y aquí nacieron sus hijos: Matías y Elías, a quienes aman por sobre todas las cosas y quienes con una identidad en el limbo son, ante todo, mexicanos. Hijos del exilio, tanto de aquí como de allá.

Zandra ingresó en Ciencias Políticas de la UNAM, donde cursó la licenciatura en ciencias de la comunicación. *Palomo* se abrió paso con su talento colaborando en *El Día*, el *unomásuno* (del que fue colaborador fundador), *La Jornada*, *El Universal*, el *Reforma* y *Excélsior*, donde actualmente publica su tira dos veces por semana.

Gracias a que México les abrió las puertas pudieron tirar líneas de vida a su patria, logrando que Patricio y Nelson tuvieran un respiro en paisajes mexicanos, sin la opresión de la dictadura.

\*\*\*

Nelson Palomo, boleto de avión en mano, con el traje de boda de su hermano Guillermo ajustado a la medida y zapatos boleados, partió al aeropuerto saboreando lo que sería la libertad en un país exótico.

Al llegar a la Ciudad de México, el 10 de abril de 1982, empezó a descubrir cosas, cosas simples, como que la radio funcionaba bien, toda la noche, que había cine en la tele toda la noche, y eso lo impresionaba porque allá “a ciertas horas, el himno nacional a medias y a dormir, y se acababa, las estaciones de radio cortaban, ya no había nada”.

Los primeros días se dedicó a conocer, confundió un mango pe-tacón de los que venden en los carritos de fruta con una flor, “porque nunca le vi la hechura. Después ya empecé a probar la sandía con chile, cosas así. Aprendí”. Todo le maravillaba, todo le parecía fabuloso, la libertad que perdió en Chile para andar, elegir, viajar, vestirse como le diera la gana, probar, cantar, conversar, volar, correr, mirar: “México fue una posibilidad”.

Estudió diseño gráfico en el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), aunque ya contaba con una carrera técnica en construcción civil. Trabajó en *La Jornada*, en la revista *Mira*, en *Crónica*, en el Fondo de Cultura Económica, entre otros, y en cada trabajo que tuvo imprimió su creatividad, disciplina y profesionalismo.

Nelson y su esposa Thelma Flores se conocieron en una oficina pública en marzo de 1988, donde ella trabajaba. Ambos llegaron temprano: ella a arreglar algo que había dejado pendiente el día anterior y él a una entrevista de trabajo. Ahí se saludaron y, como quien lo iba a entrevistar no lo recibiría sino hasta más tarde, él la invitó a desayunar. Ella dijo que sí. Una nutrida y divertida plática daría lugar al flechazo.

“Y así nos conocimos”, nos confirma Thelma.

Pronto Nelson y yo decidimos vivir juntos, dos años después tuvimos a nuestro primer hijo, Emiliano, y a los pocos meses fuimos a Chile. [...]

Nelson padeció cosas: vino, se trató de integrar y estudió y tuvo gente solidaria cerca, empezó su proceso laboral, tiene una familia con la que se comunica constantemente, y bueno, somos muy bien recibidos allá. Cada que podemos vamos. Y yo sigo pisando las calles de La Moneda y me emociona siempre y escucho en mi cabeza la canción de Pablo Milanés y digo, aquí estamos pisando las calles nuevamente, muy bonito. Ahí estamos.





Los inicios. Thelma Flores y Nelson Palomo.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, 1988.

Desde entonces han recorrido más de 30 años de vida juntos, son padres de Emiliano y Camilo. Muy amigos de sus amigos, con una calidad humana extrema, con un gran don de gentes, Thelma y Nelson ayudan a todos, se preocupan por todos, ahí siempre está el apoyo, la solidaridad, la guarida, la taza de café, el brindis por la vida. Muchos han hecho escala en esta casa chileno-mexicana y los que ahí hemos coincidido tenemos la certeza de haber estado con buenísimas personas, que se encontraron en el camino de un exilio voluntario.

¿Cómo es el exilio voluntario, cuál es la diferencia? Nelson opina que sus hermanos no tuvieron opción de elegir y salieron de su país obligados. Él tuvo que quedarse de aquel lado del mundo porque

yo no tenía otra opción. Porque no había más que no hacer nada. O te volvías del bando contrario, o te volvías ladrón. Porque para estudiar te costaba, o te metías al ejército a hacer el servicio militar. Pero no ibas a aprender. Nosotros siempre tuvimos la curio-



La familia Palomo Flores. Fotógrafo: Damián Hernández Medina, 2023.

sidad de la parte artística en que siempre teníamos cosas que pintar, hacer, modelar, y eso nos daba cierta libertad porque hacías lo tuyo, y de la otra manera es hacer lo que hay que hacer por obligación. Pero yo digo que fue una excelente opción. [...] Fue una opción que pareciera esperada o inesperada; ellos salieron, y yo viví todo el proceso interno. [...] Acá todo era hermético. Tuvimos que lidiar [...] con los vecinos, que eran carabineros jubilados; hicieron equipo deportivo, trataron de hacer más o menos la armonía que había antes, barrer la acera. Antes eran las calles de terracería, pero había antejardines, era muy bonito. Pero cuando yo regresé, ahora todo está encementado, todos como *bunkers*. Tú no ves un antejardín, ves un jardín, pero tapiado con lámina o madera, no ves para dentro de la casa. Todo se separó, se encajonó, se cerró.

Desde su propia interpretación del golpe, Thelma, su compañera de vida, opina que aquello fue algo infinitamente doloroso:

A mí me parece que ningún niño de esa edad tiene que vivir esas cosas. Ya que estamos los dos con 60 años encima, y tenemos amigos y vecinos que tienen niños de esa edad, yo no me puedo imaginar cómo de un día para otro él pudo vivir algo así; además amaba su escuela, él siempre habla de su escuela, y que le daban clases de no sé qué, que los atendían de todo a todo, del gobierno de Allende, todas las cosas buenas que recibieron de ese gobierno, y bueno, nosotros sabíamos de todas esas cosas, y de repente pasa el golpe y no sólo dejas de tener esas cuestiones que tienes que recibir, que son derechos humanos, además ya vives con miedo.

Yo creo que no se le quitó el miedo, no se le va a quitar nunca, sí es una huella, pero siento que sí se siente arropado, fortalecido. [...] yo creo que eso fue lo que nos unió. Tenemos muchas cosas en común. Ya al cabo del tiempo, la pérdida de los padres, la pérdida de un hermano, ser los más chicos de la familia, un montón de cosas que nos hemos encontrado en común. Bueno, ahí mi amor y respeto por los movimientos sociales, como era en ese momento el de Chile, y que me toca estar con él.



# COINCIDENCIAS

Te quiero en tu país y en el mío. Te espero. Hierba, sol del sur, suavidad del agua, barquito de papel, poema de manzana, reflejo de mi memoria.

Rebeca Flores.

Aquí se cuentan retazos de memoria de esa manta que los cubre, Adonde los reencuentros llegarían, aunque a destiempo, otros horizontes y destinos. Tristezas y alegrías. Nuevos lazos y un pertenecer distinto. Un ir y venir forjando presente y futuro.

En México hubo gratos (re)encuentros. La palabra *familia* cobró una dimensión donde el telegrama, las llamadas telefónicas, las cartas, las noticias acortaban la distancia. Recuerdos al viento y sin temporalidad. Un manto de amor y fraternidad cubría las ausencias. Así, en Cerrada de los Corceles (Ciudad de México) y en Xelha (Morelos),<sup>1</sup> lograron reunir el universo entero con sus coterráneos, familia, amigos, y disfrutaron de las tertulias y los afectos.

En su paso como exiliados en el valle del Anáhuac, los pilares que les permitieron olvidar por un instante la pérdida tan grande de su país y todo lo que lo compone, así como las emociones de esos días grises, tienen nombre y apellido.

México fue un lugar para coincidir. La Tencha, como llamaban de cariño a Hortensia Bussi de Allende, junto a sus hijas Carmen Paz e Isabel Allende Bussi, compartieron con la familia Palomo Reyes la vista de la tierra de la Eterna Primavera, los juegos de mesa, las aguas fres-

1 Coordenadas de su hogar en este país.



Matías Palomo con su madrina Hortensia Bussi de Allende.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, 1978.





Elías Palomo con Hortensia Bussi y Carmen Paz Allende.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, 1983.



Los tíos (Andrés, foto superior), y Thelma, Nelson y la abuela materna, Yolanda Dihmes (foto inferior) acompañando a la familia Palomo Reyes. Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, 1987.



cas, la poesía, el tecito, “las once”. La Tencha y Galo Gómez fueron los padrinos de Matías, mientras que Carmencita formó un lazo de cariño especial para con Elías.

Andrés Letelier, cómplice de vida, con una sonrisa que inundaba todo espacio, los acompañó siempre. Juntos recorrieron los pueblitos y playas mexicanas, compartieron amaneceres y poesía, sumaron fortalezas para encarar el paso de los años. Él, junto con Nelson y Thelma, sería el pilar más cercano de Elías y Matías; su infancia está marcada por su cariño infinito, por sus abrazos, sus juegos, su compañía omnipresente.

Carmen Martí y Francisco Fernández Larrondo,<sup>2</sup> corresponsales de noticias en México, formaron en conjunto una familia y hoy los abrazan desde Madrid. Hermanas de lucha y de vida, Marcia Campos y Zandra sembrarían de sororidad y solidaridad el destierro de muchos, encabezando esfuerzos en la Casa de Chile en México. Carlos Michel<sup>3</sup> y Niobe Samblancat,<sup>4</sup> entrañables compañeros de vida y aventuras, fueron los “abuelos” mexicanos hasta el final de sus días. Felipe Bate<sup>5</sup> contagió a la familia Palomo Reyes de estruendosas risas, historias, vino e irreverencia, de tardes interesantes y de bienvenidas cálidas junto con Lourdes (Yuyis). Carolina Tetelboin y Darío Salinas siempre fueron un lugar seguro al cual acudir.

Daniel Viglietti,<sup>6</sup> su guitarra, su voz y su lucha, que es la de todos, mantuvo con ellos una gran amistad, visitándose en tierras mexicanas y chilenas. También una pléyade de compatriotas que se hace injusto no mencionar, pero que escapan de estas líneas a la inmensidad del tiempo y del espacio, sin embargo, gratos reencuentros e instantes fueron regalados a esta rama de la familia Palomo que llegó fortuitamente a este país.

México también recibió a don Barta, doña Isabel, a la señora Yolanda (madre de Zandra), María Inés y Pamela. Recorrieron sitios arqueológicos y se maravillaron con el país que les dio a sus hijos una segunda patria. Abrazaron de nuevo a sus críos. Los supieron bien y a salvo.

En el ocaso llegan los días de extrañar. Todo lo que nos acerca, todo lo que nos separa, un país, el amor, dos noches, tres recuerdos, cuatro canciones, cinco palabras, todo lo que el viento mueve, el verano,

2 *Los Pachos*.

3 Falleció en 2023 y se le despidió en la Ciudad de México, rodeado de flores, cantos, tequila, sus hijas, amigos y la familia Palomo.

4 Exiliada española.

5 Exiliado chileno; arqueólogo, investigador en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

6 Cantautor uruguayo.



Zandra y Pepe con Carlos Michel y Niobe Samblancat.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, s/f.



Daniel Viglietti con la familia Palomo Reyes.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, s/f.



Zandra, Matías y la abuela Isabel, en el Desierto de los Leones.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, 1988.



Enrique Mañón, Andrés Letelier, Yolanda Dihmes, Nelson y Thelma.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, 1988.

diez versos, el ayer, la intención, trece lunas, la sonrisa de los niños, los domingos, la sombra de los árboles, la memoria, todo el azul, el verde, las catástrofes, los retratos, las ventanas y sus luces, el corazón agitado, los sentidos, los días compartidos, el humo en que se convierten todas las cosas, los buenos momentos, los malos también, la necesidad de estar ahí, los asombros, las calles y su desfado, el recuerdo de un abrazo, el agua, lo que existe y no, la nada que se queda en nuestras manos, todo el cariño que cabe en cada beso, el rumor de la vida. Se nombran palabras que no alcanzan a abarcar lo que aquí ahora mismo se te extraña, Patria.

Así que, llegada la posibilidad, volvieron a su país.

“El exilio es forzado. Yo tuve un miniexilio porque a mí me trajeron a Chile a los 11 años; yo me pude quedar en México feliz, comiendo tacos con salsa” [Matías Palomo Reyes].

“Para mí el exilio significa la posibilidad de ser mexicano. [...] Para nosotros como hijos de exiliados en México se nos abrieron muchas puertas. Pero ser un exiliado en Chile es muy diferente, siempre tienes temor y cuidado por la connotación que esta palabra conlleva.” [Elías Palomo Reyes].

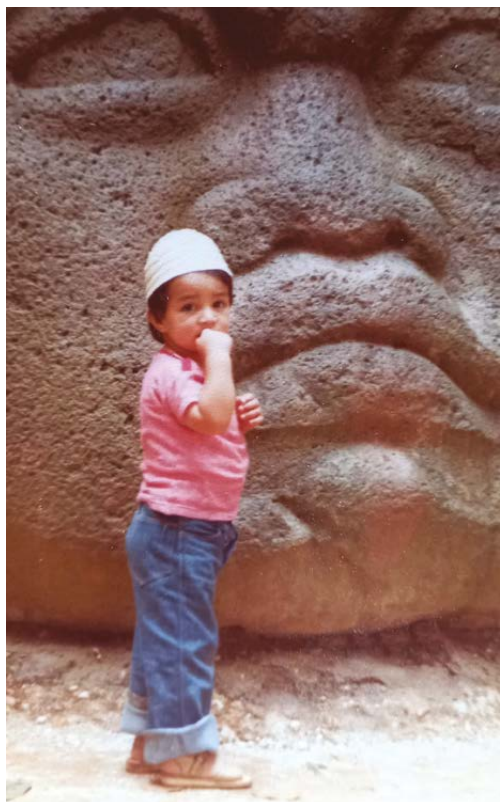
Dejaron su México, el del abrigo, el de sus hijos, se despidieron de los tíos, abuelos, padrinos, sus amigos del exilio. Ahora fue al revés, digamos, pues los hijos mexicanos sintieron su propio destierro, llegaron a un país extraño para ellos, donde no todo fue miel sobre hojuelas.

“Dejé a mis amigos allá [México], mis costumbres, los sabores, la comida que me gustaba. Todo con lo que me formé y me crié [...] Tuve que aprender a vivir en un país que no era el mío, porque no me acostumbraba a la gente, ni a la cultura, ni a la forma de vestirse, ni al frío ni a la lluvia, ni a nada”, nos cuenta Matías Palomo.

Y para Elías, el retorno fue parecido al de su hermano:

Lo que recuerdo del retorno a Chile, con el frío que hacía, siempre estábamos todos juntos, en una casa de una sola planta, [...] era todo frío, y los familiares no te trataban como mis papás esperaban, porque éramos charros y nos vestíamos con color, éramos distintos. [...] cada 11 de septiembre vimos a mis papás llorar y llorar, y tristes. Eso para mí es una llegada a un país feo, porque como niño ves puras cosas negativas, no el relato que te contaban acá, que todo iba a ser maravilloso, y los prados y el verde y la bicicleta y los amigos y la familia, todo eso no existió. Fue como llegar a una mentira, aunque uno intentó ponerle las ganas. No es que yo la haya pasado mal en los 17 años que estuve ahí, tengo amigos muy





Matías y Elías Palomo Reyes, su infancia en México.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, México, s/f.

entrañables, recuerdos increíbles, pero, finalmente, no es mi país,  
nunca lo fue, es el país de mis papás.

Un golpe de realidad. Reencontrar a su sangre, las heridas y la distancia existente fue duro para los adultos. Pero estaban los que estaban. Había que darle la mejor cara a ese país que ya no era el del subconsciente colectivo, ya no era el de su memoria, el del bien común, el de la cordillera que arrojó un sueño.

Para Elías y Matías fue conocer el invierno, el frío chileno, otro español con sus palabras raras y su distinto acento y el merkén y llegar a un colegio de “retornados”. Fue dimensionar la herida de sus padres mientras lidiaban con un destierro que ellos no comprendían, y que en todo caso no podían evitar estando a merced de su corta edad.



Paloma Palomo.

Colección particular de la familia Palomo Reyes, Ciudad de México, 2009.

Chile dejó de ser el de su recuerdo, pero se aferraron a la familia: guarida y apapacho, ahora lejos de su México, buscaron nuevos refugios. Encontraron coincidencias y su mundo se cerró en lo íntimo, con amigos que serían su red en Chile. Nuevos paisajes: Papudo, Isla Negra. Nuevos recuerdos: el colegio, los viajes de curso, la Paloma (quien también vivió en México) y los fuegos artificiales de fin de año.

\*\*\*

Elías y Matías, al menos una vez al año, podían pisar nuevamente México, regresaban a visitar a su padre, quien se instaló en otro sur, el de la Ciudad de los Palacios, junto con sus trazos, su tinta, sus papeles, sus libros. Llegando, los niños Palomo Reyes corrían a casa de los tíos Thelma y Nelson, a buscar a sus primos. Caminaban por las calles de su ciudad, comían *rico*, esa comida que también abraza el alma. A pertenecer de nuevo, a ser de nuevo de donde son.



Familia Palomo Riquelme.

Colección particular de la Familia Palomo Riquelme, Brasil, s/f.

“Matías partió de Chile al mundo”, cuenta Zandra. Con sus sabores ha conquistado y puesto en alto los ingredientes latinoamericanos y sus orígenes. Su paso por cocinas como *Daniel*,<sup>7</sup> *El Bulli*<sup>8</sup> y *Arzak*<sup>9</sup> marcaron su trayectoria, pues descubrió hacia dónde llevaría su gastronomía. *Sukalde*<sup>10</sup> fue el capítulo que puso su cucharón en el mapa. Ahora vive en Santiago de Chile y junto con su esposa María Julia Riquelme Alvear hoy cuidan a sus hijos Benjamín y Luciano, los más pequeños de los Palomo, que ya tienen tres naciones en su imaginario: Chile, Brasil y México.

\*\*\*

Que en ti vivan mis besos, todas las veces...  
Sofía Fernández.

Hace 50 años comenzó a escribirse otra historia. Quién lo hubiera dicho. Las palabras como *amor*, *respeto*, *lucha* y *cariño* siguen cobran-

7 En Nueva York,

8 En Rosas, España.

9 En el País Vasco.

10 En vasco significa “cocina”.



Boda de Sofía Fernández y Elías Palomo.

Colección particular de Sofía Fernández, Morelos, México, 14 de septiembre del 2013.

do sentido. Elías regresó a su país y encontró a alguien para formar su propia familia. El 14 de septiembre de 2013, en Xelha, Morelos, él y Sofía Fernández Flores se prometen utopía, rebeldía y resistencia. Se profesan cariño e incondicionalidad por su clan, que es el mismo; y como testigo de esa unión, Ismael Colmenares les regala estas palabras: “el amor no es el fin, es el principio [...] El viento araucano anunció la llegada al Distrito Federal del más joven de los mapuches. La sucesora de la herbolaria náhuatl, de mirada luminosa, supo que sus ojos encajaban en la armonía de sus tejidos. [...] En nombre de Fuentes y Neruda, de Violeta Parra y Judith Reyes, de la caricatura y la pintura, dense un beso con ternura”.



## LA MEMORIA VIVA

Aquí convergen los destinos de hombres y mujeres consecuentes que, abanderados por la fraternidad, han resistido, algunos por 50 años, los embates de un golpe de Estado, ausencias, mudanzas de país, de vida, de empezar de nuevo, cada vez, porque siempre estamos cambiando, de trabajo, de día, constantemente, mientras la vida ocurre a toda velocidad y tan despacio, y envejecen los recuerdos, así como los rostros. Qué son las biografías, qué son los testimonios. Aquí termina esta historia, aquí recomienza...

*Zandra Reyes:*

Yo siento que es un alivio, que al final pude contarle al mundo lo que me pasa, lo que uno ha vivido y vive en el diferente aspecto de la vida; ahora lo voy a poder hablar más libremente. Decirle al mundo lo que pasa; que todo esto partió cuando dije que no quería hablar ni dar esta entrevista para contar mi historia. Entonces fueron mi hijo Elías y mi nuera Sofía quienes me dijeron que no correspondía que yo no quisiera hablar, porque yo en el fondo tenía una obligación de contar lo que había pasado para que esto no se repita. En ese momento entendí que no podía seguir en silencio, por eso di la entrevista y quise mostrarles a ustedes lo que uno vive, porque no se puede volver a repetir la historia. Sí, sentí que había que hacerlo, porque cuando uno se empieza a cerrar no alcanzas a percibir esto. Uno tiene una obligación porque yo hoy día tengo nietos, y los nietos tienen que saber qué es lo que pasó; ya que mis hijos no supieron toda la realidad sino hasta muy crecidos, mis nietos sí tienen que saber lo vivido por sus abuelos y por su padre y por su tío.

*José Palomo:*

[...] Un viejo y cazurro exiliado, con colmillo largo, me soltó: ‘a la hora de las certidumbres identitarias, de donde es uno, uno es del país donde nacieron sus hijos’. Hay una verdad que siento que nos obliga a Zandra y a mí y es que Matías y Elías nacieron en México, el problema es que nuestra identidad, pienso, no es optar por uno u otro sitio, uno es de donde nació y también es de donde nacieron los hijos. Es una identidad compartida o complementaria. La actitud, creo, es la que nos ha depa-  
rado Cronos con los años de vida en tierra mexicana, y asumir que también, contrariando a nuestro querido Facundo Cabral, nosotros somos de aquí y también somos de allá. Recuerdo que al salir de la Escuela Experimental de Educación Primaria un profe me dijo: ‘no debes temer a nada, y si algo te asusta, y da miedo, infórmate y estudia sobre lo que temes. El saber es lo que espanta todos los miedos’. Santo remedio. Sin querer queriendo, somos del charquicán, el pastel de choclo, el vino tinto y las empanadas y también del pozole, el tequila, la cochinita pibil, el guacamole y los chiles rellenos.

*Matías Palomo:*

Es interesante ver cómo las distintas generaciones fueron tocadas por la decisión de una persona respecto a las libertades de otros. Una decisión de una persona que orquestó un golpe de Estado afectó a miles de familias y no por un día, dos, tres días, somos generaciones que seguimos afectados. Seguimos siendo disgregados. Cuando llegué a Chile era el foráneo y no tenía ni documentación chilena, entonces por la decisión de unas personas son generaciones que van a quedar marcadas. Y yo obviamente a mis hijos les voy a traspasar mi nacionalidad mexicana porque para mí tienen que tenerla [...] A mí no me gustaría que ellos pasaran la experiencia de mis papás, que te saquen por la fuerza de tu lugar natural, aunque mi hijo mayor, Benjamín, de ocho años, ya vivió cinco años en Brasil, habla portugués, tiene memorias brasileñas, y probablemente muchos de sus recuerdos van a ser platos brasileños; mi hijo Luciano, de cuatro años, nació en Brasil y hoy vive en Chile. Pero una cosa es que ellos tomen la decisión de viajar o de vivir en otro lugar, a que sean obligados a perder sus derechos fundamentales de vivir y crecer con su familia, como les pasó a mis papás. Ellos no pudieron venir a despedirse de mi abuelo que se murió, del hermano desaparecido, o que el resto de la familia tuvo que irse a Venezuela. Eso no me gustaría que les pasara a mis hijos. Ojalá a nadie le pasara, destruye todo. Es muy difícil hablar de estos temas. Hay gente en Chile que dice que los exiliados eran privilegiados, que llegaban a otros países y les iba bien.

*Patricio Palomo:*

Para mí México siempre estará en mis recuerdos. A México [fuimos] en el 2019, y dos veces antes. Mi hijo mayor estuvo un tiempo ahí estudiando. En 2019 nos encontramos con mi hermana María Inés y con su marido Antonio y viajamos juntos, justo antes del Covid-19. Fuimos a celebrar los 40 años de vida común. Con Brigitte nos conocimos en el 79. Tres años antes de que llegara mi hermano Nelson a México.

[Es importante rescatar las historias del exilio] Porque es parte de la memoria. La dictadura se dedicó a borrar la historia de Chile, y las generaciones de jóvenes no conocen lo que pasó antes del 73 e incluso lo que representó la dictadura. Aquí en Francia, también participamos en la recolección de testimonios. Un colectivo de chilenos se dedicó a grabar los testimonios de los chilenos que están en Francia y esas grabaciones están en el Museo de la Memoria de Santiago, en Chile.

*Brigitte Calame:*

En verdad no viví el exilio. Mi exilio a lo mejor fue cuando estuve en Chile, viviendo bajo esa dictadura. Me fui a meter a la boca del lobo. Fueron años muy, muy difíciles, pero vivir bajo dictadura de alguna manera me permitió crecer personalmente y estar atenta a la situación de otros pueblos, de otra gente que a diario vive esa situación. Los sirios, afganos, los sudaneses, millones de gentes que están viviendo peor que eso, en campos de retención, en situaciones horribles.

Yo creo que es importante, más allá de Chile, que la gente tome conciencia de lo que puede representar el tener que salir de un país por razones políticas o por otras razones. Tomé conciencia del desarraigo. En México, Patricio no tuvo problemas con el idioma, habla español, tenía un oficio. Pero los que llegaron a Europa, para ellos fue mucho más difícil porque tuvieron que cambiar de idioma, de cultura. De alguna manera, México está en Latinoamérica. Bueno, obviamente que hay diferencias culturales, pero igual había cosas en las que los chilenos se podían reconocer. Eso fue mucho más difícil en otros países: el idioma era diferente, el clima, etcétera. México en un principio se portó muy bien con los chilenos, no así con los guatemaltecos, los salvadoreños, con otros pueblos que también vivían situaciones muy difíciles, o sea hay que tomar en cuenta todo eso.

*María Inés Palomo:*

Para mí México ha sido mi otro país porque albergó a mi familia, donde los vi seguros, pero no teníamos la comunicación que tenemos hoy, y es terrible. Lo que vivieron mis papás fue doloroso. Quizá nos tocó, diría,

suave, comparado con lo que vivieron otros. Pero nunca había hablado yo de lo que recordaba. Esto no lo he hecho nunca. Hasta yo misma estoy sorprendida de no poder hablar, porque, quizá... como yo le di la palabra a Antonio, porque él tenía más que decir, pero yo nunca me había enfrentado a tener que hablar lo que yo había sentido, ni siquiera me acuerdo.

[...] Para mí México siempre ha sido un agradecer que haya acogido a mis hermanos. Los siento muy cerca. Creo que lo que han hablado los demás va a ser importante para mí, porque sí he leído muchos libros, al igual que ustedes, pero no me había leído a mí misma, no me había dado el tiempo de leerme a mí misma. Sé que cada 11 de septiembre para mí era dolorosísimo, me causaba un dolor enorme porque se rompió mi núcleo, se rompieron esos brazos que me acogían, se rompió con quienes yo contaba. Yo creo que eso fue. Yo soy la única mujer, por lo tanto cada abrazo de ellos era para mí importante. Los más pequeños me necesitaban a mí, y yo los necesitaba a los grandes. Mis padres me necesitaban a mí, así que yo tuve que trabajar. Para ese entonces yo tenía 22 años.

*Antonio Castillo:*

[La micro] Me dejó cerca de la casa, hacia el oriente, subiendo hacia la cordillera, y me fui hacia Chaca; ahí me estaba esperando mi ex mujer, que la habían soltado el día después, el 12. Lo primero que hice fue cambiarme de ropa, ducharme, lavarme el pelo, afeitarme. Recuerdo que al otro día salí a la calle, pero andaba como zombi. Sin saber mucho qué hacer, sin rumbo. Un día fui al centro porque tenía que hacer una diligencia, días después, y me pasó el mismo fenómeno, no recuerdo si era la calle Huérfanos o Moneda, de poniente a oriente, y caminando me dije: “estoy en una cárcel más grande”, porque en cualquier momento podían venir y llevarme preso. Ya había estado preso, por qué no una segunda vez. Después supe, cuando partí a Francia, me entregaron un papel que decía: “que uno era libre hasta que no le encontraran otro delito más’, o sea yo estaba en libertad provisoria. Ésa fue mi historia personal de lo que fue el golpe.

Al año siguiente me fui a Francia. Volví a la universidad [...]. A Gaby sí la expulsaron con una acusación de “instructora de guerrillas”. A mí no me expulsaron, yo había estado preso. Mis compañeros de derecha que yo tenía me dijeron “tú no estás en la lista que hicimos”. Ellos habían hecho una lista de las personas que iban a expulsar. [...] En realidad, por el sólo hecho de pertenecer a un partido político o caerles mal, uno estaba en la lista, cosa que uno de ellos dijo que él se arrepent-

tía de haber participado en la elaboración de la lista en la cual se expulsó a los estudiantes de la Universidad Técnica, que fueron muchos.

*Nelson Palomo:*

[...] No viví el exilio externo, yo viví en encierro, las negaciones, no puedes hablar, no puedes comer más de dos panes, tienes que dormir a ciertas horas, hacer esto otro, tienes que andar impecable, tu camisa debe estar almidonada, sin ninguna arruga. Es un secuestro en el mismo lugar, en tu propia casa. Fue un secuestro nacional. [..., México fue] una oportunidad con mucha libertad, de poder hablar, de poder decir, de hacer esto mismo, esto no podríamos hacerlo en Chile, si querías escuchar música folclórica chilena, Inti-Illimani, tenía que ser en un sótano, con audífonos.

[Es importante compartir este testimonio] Porque generalmente siempre lo he platicado con ciertas personas, pero aquí, que va a ser masivo, yo encantado, que se sepa. Es que es para mí una manera de expresar lo que una vez estuvo reprimido, encerrado, enclaustrado, sin posibilidades, y México me brindó esa parte de apertura al diálogo. Incluso de las pocas veces que he ido a manifestaciones, yo me siento admirado de la masa de gente que apoya a una sociedad en general, para todos. Entonces, eso hace que yo quiera compartir mi manera de ver las cosas, de ese momento a la fecha. Con la mejor amplitud. Que lo sepan, porque yo sé que muchos podrán ver de otra manera lo que yo pueda decir, pero nunca me van a decir que no es así.

*Thelma Flores:*

[¿Por qué quisiste participar en este proyecto?] Contemplar esto a 50 años, eso fue, que no pasara en blanco tanta cosa tan fuerte y cercana para mí. [...] que todos hagamos algo para que no pase, no vuelva a pasar. [...] No debe ocurrir porque no creo que nadie merezca pasar por una situación como ésta. No debe ocurrir porque líderes que hacen el bien por sus pueblos no pueden terminar de esa manera. [...] siempre hay la posibilidad de la democracia, del diálogo, porque debemos hacer todo lo posible para que no ocurra.

*Elías Palomo:*

Creo que es bueno que quede un registro de que los hijos de exiliados somos también algo importante. Lo que les pasó a mis papás es terrible. Pero lo que nos pasó a nosotros también. [...] porque a los ocho años que yo me fui a Chile no tenía la posibilidad de decir yo me quedo con mi tío [...].

Ojalá las cosas cambiaran. Creo que en Chile sigue estando muy presente, a pesar de que se van a cumplir 50 años, sigue estando presente la huella de la dictadura, y van a pasar unas cuatro generaciones más hasta que se olvide este *shock* que fue la dictadura, porque sigue afectando a muchas personas. [...] En Chile una gran mayoría de familias fueron afectadas ya sea por familiares presos, desaparecidos, torturados y familiares en el exilio, familias destruidas por la separación de sus integrantes en diferentes lugares del mundo y, por último, porque otros tuvieron que salir a un exilio económico por falta de trabajo.

*Sofía Fernández:*

En esa palabra [exilio] estamos englobando un montón de cosas: derechos humanos, desaparición forzada, es un aparato represor. Todo eso se dice en seis letras, pero cuando tú hablas de ello para que quede esta memoria es para que eventualmente la gente que lo vea sepa reconocer las alertas, porque no debe suceder nunca más, en ningún país, [...] Elías es mexicano, nació aquí, su cultura, sus raíces están aquí. Él fue a la primaria aquí. Lo primero que escuchó, como nacional, que nos inculcan de niños, no en nuestros hogares, fue de México, no de Chile; el Himno Nacional Mexicano fue el primero que cantó. Mis suegros y Elías desde la mañana están viendo noticieros chilenos; hay un vínculo que no van a cortar nunca. [...] Elías pertenece a México.

# FINALES

Estamos marcados por la historia. Eso es un poco lo que me ha pasado. En el fondo ha sido triste, pero soy feliz porque estoy en un lugar que quiero y con gente que quiero.

Zandra Reyes.

**D**esde aquí nos orientamos hacia donde coinciden las lejanías. Tenemos tantas maneras de asombrarnos, de mirar con otros colores. Es una suavidad que tiene que ver con el detenimiento, donde somos humanísimos. Hemos mezclado el día, se ha alterado el giro del mundo. Vamos a recordar envueltos con el mejor cariño...

Cariño con alma de todo: lluvia, cielo, palabras, aviones, vuelos, esperas, todo eso. De pronto las palabras, un asalto de voces para despertar, para aprender que de este lado existe el más vasto espacio. Darnos cuenta de que se pueden marcar los arreboles para releerlos una tarde mientras se espera, para ordenar el tiempo que habremos dismantelado. Haremos calendario nuevo. Renombraremos los días con sus noches para abrazarnos profundo, como ahora.

La familia Palomo Reyes gravitó nuevamente hacia México, este país que no pudo salir de su corazón. Rodeados de gente que quieren y que los quiere, hoy en México se abraza en un solo latido a la familia agrandada, para lo bueno y para lo malo: la inolvidable Rafaela Martínez<sup>1</sup> y su clan (Mayra y Maylo, y sus hijos Santiago y Mariana; Rigoberto y sus hijos Diego y Camila); los primos (Emiliano, Camilo, Elías, Sarah, Mario Alonso, Mario Jesús, Alejandro, Daniel, Rodrigo, Sofía); los tíos

<sup>1</sup> Falleció los primeros días del año 2023, después de un largo “no vernos” por la pandemia.

(Rebeca y Eduardo, Thelma y Nelson, Mario y Clarisa, José Luis y Alejandra, Blanquita); y los amigos que al paso del tiempo y del cariño se han vuelto imprescindibles. El amor lo abarca todo.

Y ahora aquí están, buscando la raíz, completando los árboles genealógicos, haciéndole un guiño de la vida.

Los ausentes, eso sí, no faltarán cada año en la ofrenda de Día de Muertos. Don Arturo Reyes, doña Yolanda Dihmes y Doris, su hermana, fallecieron en Venezuela, sin que Zandra pudiera acompañarlos para decirles adiós, y la mayoría de sus tíos maternos murieron durante su exilio. Pepe y Nelson pudieron pasar los últimos días con su madre, la Chabela. Durante la pandemia del Covid-19 falleció Memito (hijo de Guillermo Palomo). También en este lapso de preparar, de buscar, de entrevistar... se han marchado de este mundo Guillermo Palomo Fuentes<sup>2</sup> y Andrés Letelier,<sup>3</sup> dejando una enorme tristeza en los suyos.

¿Cuánto sabemos del otro? ¿Cuándo pensamos realmente en el prójimo? Mientras esta historia se cierra en este país de los asombros, crece el rumor del día y caemos en la cuenta de que seguimos vivos, y hasta sonreímos mientras nos dolemos y soportamos lejanías, distancias, despedidas. Y llegar y quedarse y adecuarse y echar de menos las calles, el aire, las esquinas. Y empezar a coleccionar papeles, cartas, amigos nuevos, nuevas maneras, palabras, explicaciones, donde tal vez otros mundos broten y no aplasten gente; inventar más sitios de esperanza, donde todo sea en proporción inversa a las nostalgias, a esta vida entre ambos mundos.

Muchas gracias familia Palomo por su confianza, por su comprensión, por su enorme apoyo. Gracias por la voz y el cariño, que han sido fuerza de un planeta con poderosa gravedad con la que los abrazaremos siempre.

Llegará la tranquilidad algún día,  
las flores darán más perfume,  
los árboles darán mejores frutos  
cuando todos nuestros compañeros estén donde les corresponde,  
su país,  
todo será felicidad para padre, hermanos, hijos,  
en fin, ser libre de tanto en nuestro país.

["Volver", poema escrito por Isabel Fuentes Quitral, madre de los Palomo].

2 Guillermo Palomo Fuentes falleció el 23 de junio de 2023 en Santiago de Chile.

3 Andrés Letelier falleció el 19 de mayo de 2023 en Santiago de Chile.



# TESTIMONIOS



Zandra Reyes Dihmes.

Colección particular de Z. Reyes Dihmes, Santiago de Chile, s/f.

# Zandra Reyes Dihmes

## Primera parte\*

Nací hace 73 años en Santiago de Chile. Vengo de una familia de migrantes palestinos. Mis abuelos maternos llegaron a Chile en 1916. Mi abuela nació en 1900 y a los 16 años salió de Palestina, junto a mi abuelo. Fueron a Alemania, donde vivieron dos años, y desde allí viajaron a Chile. Más tarde fueron llegando los hermanos y se fue conformando la familia en el país sudamericano.

La comunidad palestina chilena es la más grande del mundo y se ha integrado plenamente a dicha sociedad. Sus miembros han ocupado, y ocupan, importantes cargos en el Estado, la política, la empresa, la industria, la cultura, etcétera. Asimilados al quehacer chileno, no dejan de participar en el movimiento mundial por una Palestina libre.

Mi padre era de ascendencia española. De ahí vengo yo, de padre hijo de español y de madre hija de palestinos. Mi familia directa la conformaron mis padres y cinco hermanos, además de mí: fuimos cinco mujeres y un hombre (Verónica, Pamela, Marisol, Doris y Patricio Arturo). Familia que hoy día está dispersa por todo el mundo. Tengo dos hermanas que viven en España, una en Tenerife (Islas Canarias) y otra en Jerez de la Frontera (Andalucía), otra hermana más está en Caracas (Venezuela), mi hermano en Valencia (Venezuela), Doris, la menor de

\* Entrevista a Zandra Reyes Dihmes. Entrevistador: Alejandro González Franco. Gestión: Ivonne Charles y Rebeca Flores, 7 de abril de 2023. Lugar: Librería Octavio Paz del Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

mis hermanas, falleció hace nueve años. Ella vivía con mi mamá y mi hermano en Valencia.

Aunque mi familia es de derecha, había conciencia social y, particularmente mi madre me impulsó desde chica a participar en obras sociales y a ayudar a la gente. Yo me sentía culpable de tener todo lo que tenía y ver a personas a mi alrededor que no tenían nada. Me sentía culpable por tener la posibilidad de estudiar, tener una casa y acceso a muchos privilegios en la vida. Siempre pensé en aquellos que no tenían nada y no podían demostrar cuán capaces eran.

Estudí durante 12 años en un colegio privado, de monjas, porque en mi casa no concebían mandarnos a una escuela pública. Según ellos, la educación pública no era buena, aunque Chile tenía reconocimiento mundial por contar con una educación pública de calidad y gratuita, con acceso universal. “La caridad cristiana” era parte de la formación de una escuela religiosa y como mi papá era el presidente del Centro de Padres del colegio, le correspondía organizar las salidas a las comunidades cercanas. Los sábados y domingos íbamos a hacer trabajo social a las poblaciones más necesitadas de los alrededores. Ahora lo veo como un acto paternalista para aliviar la conciencia, pero entonces para mí era la forma de dar salida a mis deseos de ayudar a la gente.

*¿Cómo desarrollaste tu conciencia social?*

A mi mamá no le gustaba que la gente sufriera, no le gustaba ver gente pobre. Ella siempre decía “vamos a ayudar...” Nos fue metiendo en obras sociales y de ayuda a la comunidad. Mi papá, en cambio, era muy clasista y no nos dejaba juntar con la “gente del pueblo”. A mí eso me dolía mucho, era difícil de enfrentar.

Bueno, así fue mi vida. La contradicción generó en mí una gran rebeldía, particularmente contra mi padre. Como una manera de retarlo decidí que quería trabajar. Por esos días (1962) salió una convocatoria en el periódico *El Mercurio* para quien estuviera interesado en trabajar en la televisión. Eran los inicios de la televisión y las concesiones fueron entregadas a la Universidad de Chile y a la Universidad Católica. Aunque sólo tenía 13 años me arreglé para aparentar más edad y me presenté a la convocatoria. Se trataba de dar un examen básico de cultura general y actualidad; no pedirían ningún documento sino hasta pasado el examen, para la contratación correspondiente. Fue fácil para mí pasar el examen pues era una buena lectora y en mi casa se leía diariamente el periódico y se comentaba el acontecer noticioso, además de charlar siempre sobre diferentes temas. En cuanto a las preguntas específicas sobre televisión tampoco hubo problema puesto que no había

televisión en Chile y los que se presentaron al examen venían de distintas vertientes —teatro, radio, publicidad, colegios, etc.—, pero ninguno con conocimientos de televisión.

A los que sacamos los primeros puntajes en el examen nos seleccionaron para aprender y conocer lo que era la televisión por dentro. Durante mes y medio nos prepararon para un segundo examen, y yo salí primera en esta prueba. Era tanto lo que me emocionaba, lo que había aprendido, que me lo sabía todo: las luces, las cámaras, las escenografías, la gente actuando, el teatro dentro de la televisión, todo eso me apasionó. Entonces me quedé y como en mi casa no sabían nada de la aventura que había emprendido, fui a contarle a mi mamá: “fíjate que fui a dar un examen a la televisión y quedé. Y voy a entrar a trabajar”. Y ella me respondió alarmada: “Estás loca; tu papá no te va a autorizar”. (Mi papá, como buen macho, concebía su papel como abastecedor de la familia, el que la mandaba, el que tenía la última palabra.) Y le repliqué: “no sé; yo voy a trabajar”.

Pero vencer la oposición paterna no fue el único problema que enfrenté. Aprobados los exámenes el director administrativo me llamó a su oficina y me dijo que no me podían contratar por ser menor de edad. Era tal mi frustración que le respondí: “no, yo esto me lo gané y lo voy a pelear”. Fui a hablar con el presidente del sindicato, Antonio (Toño) Freire, para explicar mi situación. Y también hablé con el director general del canal, Mario Planet, prestigioso periodista y por entonces director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Recibí de él una cariñosa bienvenida, y me preguntó en qué me podía ayudar. “Mire, yo en el examen me gané el puesto para trabajar en el canal y me quieren echar porque soy menor de edad, y eso a mí no me parece”. Él me preguntó si tenía permiso de mis padres para trabajar. Le respondo que “sí y no, de mi mamá sí, pero de mi papá no”. Y me dijo que él lo iba a arreglar. Llamó al director administrativo, al que me había dicho que me tenía que ir, y le pidió que buscara una solución porque yo me iba a quedar a trabajar ahí. Y él le contestó: “bueno, le podemos pagar como actriz infantil, pero ello implica que la tenemos que ir a buscar y dejar a su casa, y puede trabajar solamente hasta las ocho de la noche, sólo así se puede quedar”.

Me fui feliz a casa para comunicar la noticia. Le dije a mi papá: “oye papá, voy a entrar a trabajar”, y él me respondió: “¿que qué?, donde esos depravados, donde esa gente de malvivir, esa gente no te corresponde, porque esos se separan y se vuelven a casar...”, y no sé cuántas cosas más. Bueno, todos esos principios ridículos y absurdos. Mi respuesta fue: “ni modo, yo voy a trabajar”. Furioso me retó: “no te voy a

dar el permiso para que ingreses a ese trabajo. Yo te doy una mensualidad mayor al sueldo que ganarás en el canal; si quieres te doblo la mesada”; y yo insistí: “Voy a trabajar; al principio tú me puedes ir a dejar, me puedes ir a buscar, me puedes controlar”. Mi papá a veces no me dejaba ir a trabajar y me cerraba la puerta, y yo salía por una ventana. Todo un drama, pero a pesar de la negativa de mi padre logré lo que quería. Trabajé para la televisión chilena por 18 años.

En esa época estaban separados el Departamento de Prensa y el de Producción de lo que eran las instalaciones para la salida al aire. Me pusieron en Prensa. Yo tenía que armar el archivo fotográfico de prensa del canal, por lo que iba a las embajadas a solicitar películas y material visual que más tarde era editado y archivado por el editor de Prensa. Por las tardes tenía que tomar la información que me pasaban desde el Departamento de Prensa en la oficina central a los estudios para preparar los noticieros que se transmitían cada hora. Pasé por distintos departamentos del canal, pero ése fue mi primer trabajo.

En el canal empecé a conocer a distintas personas: políticos, intelectuales y artistas que llegaban a la televisión, porque a mí me tocaba coordinar principalmente los programas de discusión política y de literatura. Conocí a mucha gente que fue moldeando mi forma de ser y de pensar.

*¿Tu padre fue cambiando?*

No, nunca. Años después entré a la universidad, donde terminé de reafirmar lo que yo pensaba y quería. Fue un largo camino de lucha y peleas en mi casa, pero lo logré.

Hice muchos trabajos solidarios, pero el que más me marcó fue uno que realicé con mis compañeros de la universidad y el canal de televisión. Esto fue a principios del gobierno de Salvador Allende, donde se hacía mucho trabajo voluntario en distintas áreas. Fuimos a una toma de terrenos denominada Inés Matte. Era un grupo de personas muy pobres a los que ayudaríamos a construir sus casas. En realidad, eran paneles prearmados de tres por cuatro que conformaban una “casa”. Hacíamos unos hoyos de metro y medio por lado para insertar los paneles y unirlos con clavos. A mi grupo le indicaron ayudar a una señora “que está cerca del cerro”. Era gente que vivía en una pobreza que nunca antes había visto, paupérrima, no tenían nada de nada.

Entonces fuimos cargando los paneles como siete cuadras hasta llegar a donde nos habían indicado. Nos recibió una señora que tenía casi 80 años y vivía en un espacio de dos metros por uno, donde sólo cabía una cama y una cocineta. Cuando vi esto se me encogió el cora-

zón. Yo vivía en un sector alto de la ciudad donde la gente pobre de esa zona no llegaba a este nivel de necesidades, pero las personas que llegamos a ayudar vivían en condiciones infrahumanas. La casa de la señora que nos asignaron no tenía nada. Como a la una de la tarde nos dio té en una lata porque no tenía tazas, y nos puso unos pancitos en una caja de madera. Mi hermana estaba horrorizada con esto porque tampoco había conocido esos niveles de pobreza, y dijo que ella no comería nada. Yo le dije “tú vas a comer, así nos vayamos después al hospital, pero tú vas a comer, no puedes despreciar lo que te da la señora”. Nos comimos el pancito con mantequilla, que le convidó un vecino.

Como a las seis de la tarde terminamos de hacer esa casa y la señora nos abrazó y nos dijo: “yo nunca pensé que antes de morirme iba a tener mi casa”, y lo único que nosotros habíamos hecho era una casa de 4 x 3 metros, con un techo precario y suelo de tierra, que apisonamos para que cuando lloviera el agua y el barro no llegaran hasta su cama. Ella nos abrazaba porque antes de morirse iba a tener una casa. Una casa que no tenía baño, pero era más amplia de la que tenía antes. Eso fue un impacto para mí. Tengo en mi memoria la imagen de la señora, nunca se me ha olvidado.

*Estabas en la universidad, en la televisión y en el gobierno iniciando la transformación social de Chile.*

Yo, hasta el día en el que eligieron a Allende, no participaba en nada, no militaba ni nada de nada, sólo participaba de conversaciones. Sí leía, pero nada más. Traía todo el bagaje de mi casa, un mundo totalmente diferente y esta nueva vivencia del país no la entendía mucho.

*¿Qué te atrajo de Salvador Allende?*

Lo más importante para mí fue ver el cambio que se produjo en la sociedad. Yo veía que la gente estaba eufórica, tenía ganas de trabajar, de hacer cosas, porque iba a venir un cambio, y eso fue lo que más me llegó, la alegría de la gente, porque se hicieron muchas cosas en beneficio de los más necesitados. Un Chile antes, un Chile después. Chile antes no era tan diametralmente opuesto a como es hoy.

Ya desde el Canal 9 de Televisión de la Universidad de Chile comenzamos a hacer programas culturales dirigidos a las poblaciones. Fuimos a hacer programas a las industrias, hablamos con los trabajadores, conocimos de su experiencia de vida en este nuevo gobierno. Todo eso cerró mi ciclo y me dije que yo era de aquí, y no del otro lado (derecha).

*¿El gobierno de Allende niveló las oportunidades sociales de Chile?*

No se nivelan las oportunidades de un día para otro, pero sí se ampliaron.

¿Y qué me atraía de Allende? Me atraía que yo le creía lo que decía. Es muy importante cuando tú a un político le crees, porque no estaba distanciada su teoría con la práctica. Entonces yo le creía; me parecía que tenía una forma convincente de decir las cosas. Yo hice un programa para la televisión en México, en Canal 11, que se llamaba “Chile y México unidos a través de la historia”; para eso tuve que revisar muchos materiales. Revisé, por ejemplo, los discursos de Guadalajara y de Naciones Unidas. Son discursos que demuestran no sólo que Allende era un orador espléndido, excepcional, sino que sus contenidos prevalecen en el tiempo. Eso lo valoré mucho más cuando ya estaba en el exilio, y haciendo este programa. Sus últimas palabras, por ejemplo, fueron nebulosas cuando las escuché por primera vez y no sabía qué estaba pasando. Sabía que era importante lo que dijo, pero con el correr de los años siento que eso fue un discurso de adiós, como si hubiera preparado su muerte, aun cuando fue una absoluta improvisación. Es un discurso que llega al alma. El discurso de Guadalajara pronunciado ante los estudiantes es una pieza de oratoria con un contenido de vigencia universal; y el que dio en Naciones Unidas, donde denunció a la derecha de Chile aliada con el imperialismo que buscaban desestabilizar al gobierno para dar un golpe de Estado.

Una minoría en Chile comenzó a desestabilizar, guardaron los productos de primera necesidad para provocar desabastecimiento, carestía, escasez; los periódicos de derecha criticaban al gobierno. La derecha en unión con Estados Unidos. La derecha difundió que el gobierno de Allende iba a expropiar sus propiedades, sus bienes, sus recursos, que iban a llegar los tanques rusos hasta La Moneda. El gobierno, en tanto, estaba preocupado por proteger los derechos de los sectores populares, especialmente en salud, educación, trabajo, cultura. Se decretó la entrega de medio litro de leche diario para los niños, lo que se les daba en los colegios; se ampliaron los cupos para que las universidades –particularmente la Universidad Técnica del Estado (hoy Universidad de Santiago)– recibieran con horarios y programas especiales al sector trabajador; se creó la editorial Quimantú, donde se editaron libros a bajo costo para que todos pudieran acceder al placer de la literatura; se construyeron balnearios populares para que pudieran vacacionar los sectores de bajos recursos.

La gente empezó a tomar conciencia de todo lo que nunca tuvo, y eso a la derecha ya no le gustó. Comenzaron una campaña de desestabilización basada en mentiras. Los diarios y las radios, en un 80% propie-



dad de la oligarquía, difundían dichas mentiras, pero la gran masa seguía apoyando a Allende: en la última elección que hubo en democracia –la parlamentaria de 1973– la Unidad Popular obtuvo 42% de la votación. Hubo entonces un multitudinario desfile de trabajadores al palacio de La Moneda. Los manifestantes cantaban: “este gobierno es mío y me lo quieren quitar / aunque me cague de hambre, no me lo quitarán...”

La gente no quería que le quitaran lo que con este gobierno habían adquirido; por ejemplo, gente que jamás había ido a ver una obra de teatro, o que nunca tuvo acceso al Teatro Municipal lo lograron con programas culturales especiales. En Chile, donde siempre ha existido un espíritu clasista, ver a un trabajador y a un oligarca confundidos en el público era un logro para unos y una afrenta para otros.

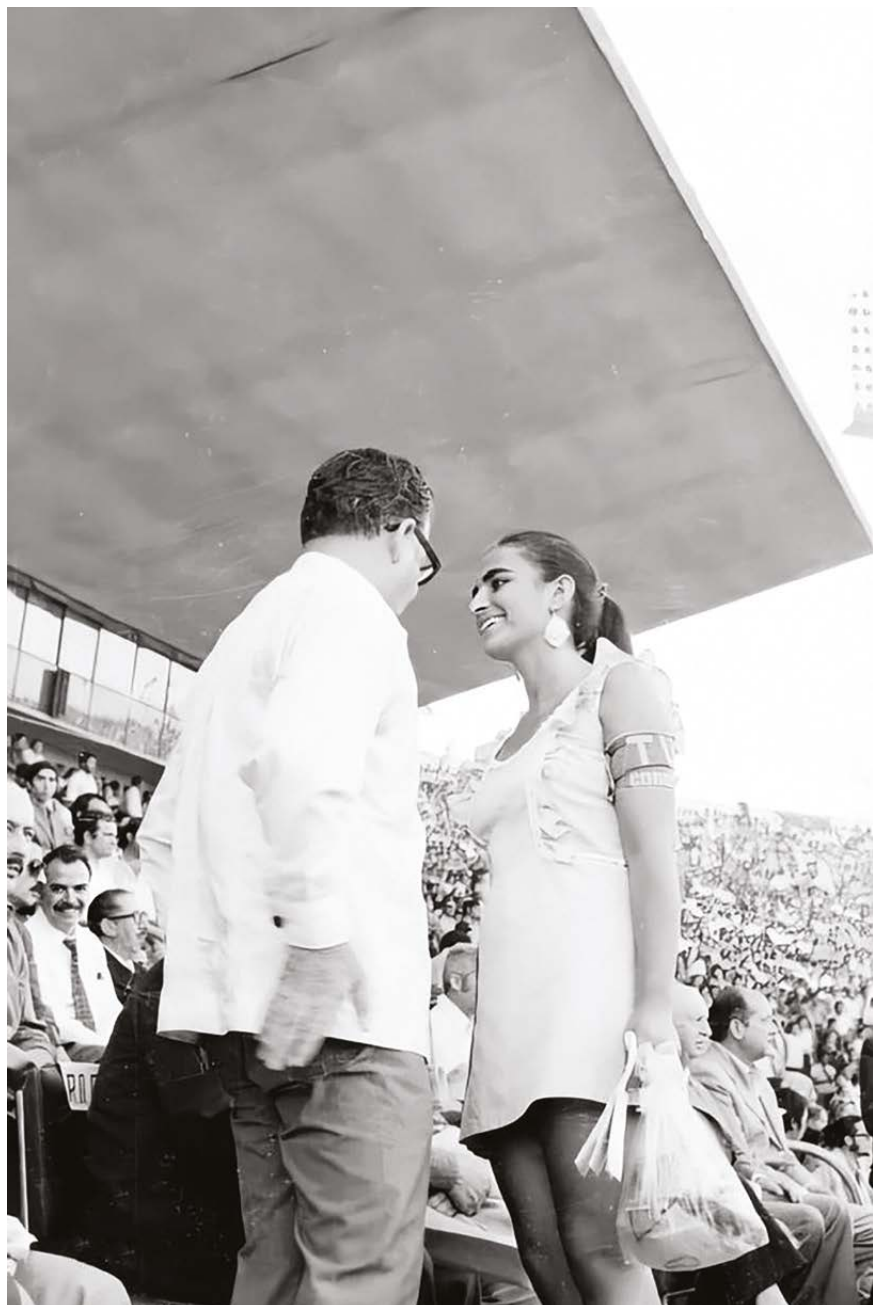
Sí, en Chile existe una marcada división de clases sociales; en Santiago, por ejemplo, la burguesía, la clase alta, la “gente bien”, vive mayoritariamente en el sector oriente de la capital, el Barrio Alto le llaman, porque las calles van ascendiendo hacia la cordillera. La ciudad tiene como hito divisorio la Plaza Italia. Desde ahí hacia el poniente van descendiendo las clases sociales. Los del poniente van al oriente a prestar servicios, pero no a vivir. Durante el gobierno de Allende se quiso romper esta situación y la entonces CORMU (Corporación de Mejoramiento Urbano) proyectó y construyó conjuntos habitacionales de interés social en sectores del oriente capitalino, en donde aún había grandes extensiones despobladas y sitios eriazos.

El arquitecto Miguel Lawner Steiman hizo muchos proyectos con la gente de esos lugares, pequeños campesinos, parceleros que construyeron allí sus casas. Pero la urbanización agregó valor a dichas tierras que, después del golpe militar, se convirtieron en las más caras de la ciudad, y de la cual sus habitantes originales fueron expulsados, trasladados a la periferia, para que pudieran construirse viviendas para la oligarquía. Prácticamente todas las empresas transnacionales levantaron sus edificios corporativos sobre el suelo que Allende había destinado a los trabajadores. Hasta el día de hoy, el arquitecto Lawner encabeza una lucha para que uno de los edificios de la población San Luis, que todavía permanece, sea declarado monumento y se convierta en memorial de una obra social arrasada por la Junta Militar.

*11 de septiembre de 1973. ¿Cómo viviste el golpe?*

*¿Trabajabas para la televisión?*

El país estaba polarizado. Por un lado, los partidarios de la Unidad Popular, por otro la derecha, que buscaba alianza con gremios e instituciones capaces de paralizar al país.



Zandra Reyes Dihmes con Salvador Allende en el Estadio Nacional.  
Colección particular de la familia Palomo Reyes, Santiago de Chile, 1973.

La Universidad de Chile, concesionaria del canal de televisión que hasta entonces operaba con la señal 9, se alineó con la derecha y como la mayoría de los trabajadores del canal no aceptaron unirse a la desestabilización, el rector, el demócratacristiano, Edgardo Böeninger Kausel (1969-1973), despidió a todo el personal y consiguió seguir las transmisiones a través de una nueva señal, la frecuencia 6. Como este enfrentamiento había comenzado meses antes y las amenazas de despido flotaban en el enrarecido aire previo al golpe, los trabajadores habíamos tomado el canal y resistíamos ahí ayudados por gran parte de la ciudadanía: defendíamos nuestra postura de hacer una programación de cultura popular, pero no teníamos ni un recurso. Ciudadanos e instituciones que apoyaban nuestra causa enviaban lo que podían: alimentos, cobijas, dinero. Pero la situación se hacía insostenible. Salíamos a solicitar recursos. Incluso hay una foto en la que estoy conversando con Allende explicándole nuestra situación. Finalmente, poco antes del golpe, el rector logró desalojarnos de las instalaciones del Canal 9 haciendo uso de la fuerza pública.

*¿Un mes antes del golpe?*

No, una o dos semanas antes del golpe nos desalojó la policía. El director nos aconsejaba que entregáramos el canal. Yo no lo podía creer y en medio de la rabia le gritaba que era un traidor, un desleal, un traidor. Es que hay que entender que la gran mayoría llegamos ahí hacía poco más de una década: éramos jóvenes y habíamos entregado toda nuestra energía, toda nuestra creatividad. Era nuestro canal, nuestro ideal, lo que transmitíamos a través de la señal. Era muy doloroso que te sacaran del proyecto en el que habías comprometido gran parte de tu vida.

*¿Creías que ocurriría un golpe de Estado en Chile?*

Sí. El ambiente estaba bien tenso. Todos hablaban de eso. Se empezaron a dividir las familias. La división y el antagonismo de clases se agudizaron. Ya no se podía hablar con nadie porque todo mundo te agredía si no compartías su pensamiento; era una situación muy complicada. Había una desestabilización del gobierno, un mercado negro, falta de productos y toda una campaña para sacar a Allende. La derecha cuestionaba su legitimidad, aunque el Congreso había ratificado su elección y le habían hecho firmar un estatuto de garantías constitucionales. Y pese a toda esta campaña, el presidente contaba con un fuerte apoyo popular y la derecha seguía conspirando y buscando aliados. Lograron convencer a la Democracia Cristiana, partido de oposición, pero no de ultraderecha, cuyo proyecto era que los militares dieran el golpe y luego lo transfiriese-

ran a su líder, el ex presidente Eduardo Frei Montalva. También obtuvieron el apoyo del gremio de los camioneros, actividad fundamental en Chile para el abastecimiento de su largo territorio. Mucho después supimos que el Departamento de Estado de Estados Unidos mantuvo la paralización de los camioneros suministrando un dólar diario a cada transportista. Intuíamos que el golpe venía, pero no sabíamos cuándo.

Cuando se vive en democracia es difícil imaginar un golpe de Estado. En Chile, nuestros abuelos vivieron en 1927 una situación política subversiva, cuando el general Carlos Ibáñez del Campo tomó el poder, pero, aunque inconstitucional, ese episodio no fue ni remotamente parecido al derrocamiento de Allende. Habíamos visto golpes de Estado en Argentina, en Perú, en Uruguay, en Brasil, pero ¿en Chile?, ¿no podíamos imaginarlo!

### *¿Cómo viviste el día del golpe de Estado?*

Estábamos en la casa con mi esposo y un amigo, el cantautor Gonzalo Payo Grondona. Él salió de nuestra casa a las dos de la madrugada y muy poco después nos llama por teléfono y nos dice: “qué raro, veo en la gasolinera unos tanques, ¿vienen a cargar gasolina en la madrugada...?” A las ocho de la mañana habla otro amigo, Hugo Guzmán, y nos dijo: “levántense porque hay golpe de Estado”. Nos levantamos y pusimos la televisión. El gobierno llamaba a los trabajadores a presentarse en sus lugares de trabajo. Fui a dejar a Pepe [1] a la oficina, porque su trabajo estable era en el Departamento de Prevención de Riesgos de la Universidad Técnica, muy cerca de La Moneda. El resto de los trabajos los hacía en casa para los periódicos y revistas de circulación nacional, por entrega. Con el correr de las horas los militares tomaron algunas radios y empezaron a pedir al presidente que abandonara La Moneda. Los carabineros o policías que habían permanecido leales a Allende se retiraron de La Moneda y se unieron a los generales golpistas. Empezaron a salir los militares a las calles, tomaron los cordones industriales, que eran organizaciones de los trabajadores de diferentes sectores laborales de la ciudad.

Cuando regresé a casa tuve que pasar frente a La Moneda. Había aún una cantidad de policías custodiando el palacio presidencial en defensa del gobernante constitucional de Chile. Un muchacho me pidió un aventón y le dije que sí, porque no había locomoción pública. En cuanto sube me dijo: “¡Al fin vamos a matar a este desgraciado, infeliz [en referencia a Allende]... hoy vamos a brindar por la libertad de Chile!” Yo me quedé muda, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Unas cuadras más adelante le recordé que yo debía doblar en la esquina y lo

tenía que dejar allí. El tipo se bajó y me dijo: “millón de gracias, y ahora tenemos que brindar por la libertad”. Seguí mi camino a mi casa pensando en qué iba a pasar con mis compañeros del Canal 9. Entonces fui a casa de varios de ellos para decirles que había un golpe de Estado, y de ahí regresé a mi hogar. Recibí una llamada de Pepe para decirme que la situación estaba muy complicada: “tú no salgas de casa hasta que yo llegue y nos juntemos”. Mi casa estaba en un lugar muy central adonde siempre llegaban los amigos. Primero llegaron dos de ellos, con los que éramos inseparables; después llegaron otros amigos y los amigos de los amigos, gente que ya no conocía. Llegamos a ser como 40 personas. Nos preguntamos: “¿alguien sabe qué pasa?” Nadie sabía nada. Encendimos la tele. Pepe me llamaba a cada rato, y estando en una de las llamadas, mi amigo Alberto me dice que está muy nervioso, “hay mucha gente en la casa, mejor nos vamos”, y Pepe me dice que no, que mejor me espere un poco. Había en mi casa un ambiente muy raro. Entonces llamo a Pepe y le digo “nos vamos a ir; cualquier cosa nos vemos en casa de tu mamá cuando se pueda; yo me voy a casa de mis tíos”. A casa de mis padres no podía ir porque esa dirección estaba registrada en mi contrato y si los militares querían arrestar a alguien de los que habíamos resistido en el canal, podrían ubicarme allí.

La situación se fue poniendo cada vez más complicada ese día. Allende tenía claro que no contaba con los generales y estaba decidido a permanecer en el lugar en el que el pueblo lo había puesto: de La Moneda no lo sacarían vivo. Hacia el mediodía los militares prácticamente se habían apoderado de todas las radioemisoras del país y desde allí conminaban al presidente a abandonar la casa presidencial; si no lo hacía iban a bombardear La Moneda. Es en ese momento, que decide aprovechar las ondas de Radio Magallanes, la única emisora popular que permanecía en el aire, para enviar su último mensaje.

En el momento en que los aviones de la Fuerza Aérea iniciaron el bombardeo, numerosas casas de partidarios de la Unidad Popular fueron allanadas. Entre ellas, mi hogar, el que afortunadamente había abandonado minutos antes y al que nunca regresé. Quedé sin hogar pocas horas después del golpe y sin contacto con mi esposo (no era época de celulares). Pepe se refugió en la casa de un compañero y yo me fui a la casa de unos señores de la Iglesia Pentecostal, que eran los abuelos de uno de mis amigos, y ahí estuvimos, comimos, la señora tocaba balalaika; era una casa protegida por Dios, y nadie iba a entrar allí. Eso nos daba tranquilidad. Yo creo que fue muy importante la labor de los viejitos porque nunca hablaron de política, y la balalaika, que era la primera vez que la escuchaba así en vivo, era como un relajamiento para el alma.

Decretaron toque de queda y ahí permanecemos hasta el tercer día, cuando pude dirigirme con mis dos amigos a casa de mi suegra. Cuando íbamos llegando se desató una balacera horrible. Tuvimos que buscar refugio en una casa que resultó ser de un policía. Al vernos, su mujer gritaba pidiendo que nos echaran porque éramos “extremistas”. En medio de la balacera yo trataba de explicarle que era nuera de la señora Isabel y don Bartolomé, sus vecinos de enfrente; pero la señora insistía: “no, son unos extremistas, ustedes tienen que irse, ustedes tienen que morirse todos”. Cuando terminó la balacera corrimos a la casa de mi suegra, y me encontré con Pepe. Estuvimos ahí un tiempo, mientras discutíamos qué hacer para no arriesgar nuestra seguridad. Finalmente decidimos ir a casa de nuestro amigo Andrés, quien años más tarde fue el padrino de nuestro hijo Elías.

Nuestro queridísimo amigo estaba allí, junto a Olguita, su madre, su hermana Verónica y su cuñado Camilo, de nacionalidad mexicana, marido de Verónica. Como la embajada de México había hecho contacto con sus connacionales para ofrecerles protección y sacarlos de Chile con sus familias, Camilo le propuso a Pepe integrarse a su grupo para ingresar a la embajada. Aunque Pepe se negaba a esta opción, finalmente lo convencimos de que era lo mejor para su seguridad: “ándate, porque eres el que corre peligro”, le dije. Por entonces Pepe publicaba sus caricaturas y tiras cómicas en muchos periódicos del país y su humor era marcadamente crítico a la derecha. Además, era imposible seguir en Chile: ya no teníamos trabajo ni casa.

Supimos que nuestra casa fue allanada porque unos vecinos nos denunciaron como extremistas. No podíamos creerlo, porque era un matrimonio judío que había estado en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial y, además, eran los abuelos de un cineasta amigo nuestro. A la denuncia se había unido otro vecino de Patria y Libertad, movimiento de ultraderecha de la época. Nuestro único pecado era ser jóvenes, oír música, tocar guitarra y compartir con los amigos de nuestra edad y ser partidarios del gobierno de la Unidad Popular, eso bastaba para que nos vieran como comunistas y extremistas.

Los militares decretaron toque de queda; no se podía salir a la calle. Empezaron a llamar a la gente por los bandos militares, a través de los medios de comunicación, para que se presentaran en la Escuela Militar, y como la gente no había hecho nada y tenía su conciencia tranquila, se presentaron para saber por qué los estaban llamando. Todos los ministros, diputados, senadores, directores de empresas del Estado, directivos de los sindicatos, miembros de los partidos políticos, entre mucha gente más, se presentaron para saber por qué estaban siendo lla-

mados, y ahí los tomaron presos. En su mayoría fueron enviados a la isla Dawson y a Chacabuco. Tenemos amigos que llevaron a esos lados. De hecho, Miguel Lawner estuvo en Dawson e hizo toda una campaña de preparación; los presos se organizaron para estudiar, aprender idiomas, y a los que no sabían leer y escribir los alfabetizaron, tomaron clases de filosofía e historia, en fin, se organizaron muy bien en el aprendizaje. Las clases eran impartidas por ellos mismos, según su profesión era su aporte a la entrega del conocimiento a los demás presos. Algunos de ellos fueron liberados, otros fueron torturados y desaparecidos y otros muchos salieron al exilio.

*¿En tu casa qué pasaba, Zandra?*

Mi padre como militante del Partido Nacional sabía que se iba a dar el golpe, incluso nos advirtió: “quiero que tú y Pepe se cuiden porque va a venir un golpe de Estado, va a haber una desestabilización, va a ser muy fuerte”; le dije: “papá, no puedo creer que tú estés avalando esto; no tenemos de qué cuidarnos, nosotros somos gente de trabajo y de estudio y no por pensar diferente o vernos diferentes por ser jóvenes nos puede pasar algo”. Él creía que el golpe era lo mejor para la estabilidad de Chile.

*La embajada mexicana.*

La familia Moreno Letelier, amigos nuestros, lograron que Pepe ingresara en la embajada de México. Yo intenté varias veces entrar, pero fue imposible porque estaba vigilada por policías desde las casas de enfrente y cada vez que alguien venía a pedir asilo, ellos salían y los retenían. Entonces, fuimos por primera vez a hablar con Gómez, que era el segundo cónsul de la embajada, y en el momento en el que nos iba a atender salieron los policías con metralletas y nos preguntaron a qué veníamos. Andrés les dijo: “venimos a hablar con el licenciado Gómez, que nos tiene que entregar los documentos del carro”. En ese momento salió Gómez y le dijo a Andrés “oye, lo pasamos muy bien en la cena de anoche y aquí están las llaves del carro”. Los policías verificaron la información y nos fuimos en el auto que era del cuñado de Andrés, y esa vez no pude entrar al consulado.

Después fuimos otro día en horario de trabajo y se suponía que había un bando que prohibía andar en la calle en horarios de trabajo y de escuela. Vinieron los tipos de la metralleta, y nos preguntaron qué estábamos haciendo ahí. Yo le dije que por qué preguntaban tantas cosas y me contestó: “O se calla, o me la llevo al Estadio Nacional”. Andrés dijo: “mejor nos callamos y nos vamos”. Entonces nuevamente se hizo imposible entrar a la embajada.

A diario nos juntábamos con nuestro amigo Andrés Letelier, que trabajaba en la Caja Bancaria de Pensiones, comíamos juntos y platicábamos de lo que estaba sucediendo. Un día no llegó a la cita. Pasaron varias horas y Andrés no llegó. Y dije: “¿Cómo? Si todos los días nos juntamos, qué le habrá pasado.” Llamé a casa de su mamá y le pregunté si Andrés estaba allí, y me respondió que no porque se había ido al Estadio. En ese momento no asimilé que estábamos en golpe de Estado, que no había partido, y que además a Andrés no le gustaba el fútbol, y lo que me quiso decir su mamá era que estaba preso en el Estadio Nacional. En su oficina hicieron una denuncia de que había extremistas allí, allanaron las instalaciones de la Caja Bancaria y detuvieron a varios empleados, entre ellos a Andrés; esto sin ser militante ni participar en nada, sólo por pensar diferente. Estuvo preso cuatro meses en el Estadio Nacional.

Me fui para su casa y cuando llegué Olguita, su mamá, estaba hablando por teléfono con Pepe y me dijo: “habla con Pepe que te está llamando porque va a salir en el próximo vuelo desde la embajada”. Fue así: “Sí, Pepe, que te vaya bien, ya vemos cómo nos encontramos. Yo quedé de juntarme con Andrés, pero no llegó”, y Olguita me dijo “espérate que ahora te voy a explicar: Andrés está preso”; y se lo conté a Pepe: “Andrés está preso en el Estadio Nacional”, y él dijo sorprendido: “¿Qué?, ¿cómo?”, y me explica que él no se quiere ir pero que ya el embajador le había dicho que tenía que partir en ese vuelo. Y así nos despedimos, sin saber cuándo y dónde nos volveríamos a ver y con la angustia de que Andrés estaba preso.

Salí de casa de Andrés con dirección a casa de mi tío, que vivía en la Dehesa, un barrio de la parte alta de la ciudad donde era todo de derecha, y donde no había mucha posibilidad de que te pasara algo. Era como estar en el Edén, en el Paraíso. En la noche cuando llegué mi tío estaba con dos miembros de la Junta Militar platicando, y entré a la sala a verlo; uno de ellos me conocía, porque era amigo de mi tío desde antes. Entonces me saludaron, que cómo estaba; les respondí que venía de casa de mi mamá, y lo que estaba pasando, y que todo tranquilo. ¿Qué otra cosa les dices?

“Tómame un tecito con nosotros.” Yo les pregunté a qué habían ido. “Bueno, vinimos a pedirle plata a tu tío para darle de comer a la gente en la Escuela Militar”, y yo les dije, “¿no tienen dinero ustedes?, ¿cómo les daban de comer antes?” Ellos respondieron: “no, es que llegó más gente”. No me dijeron que estaban los presos. Entonces los dejé que siguieran platicando y me retiré a cenar algo. Más tarde, cuando ya se habían ido, le dije a mi tío “¡no les des dinero! ¿Por qué te tienen que venir a pedir?” Mi tío contestó que sí les iba a dar “pero un poco”.



En mi exilio se me murieron todos mis tíos. Toda la generación de mi mamá ya no está; este año pasamos a primera línea. Mis tíos se portaron maravillosos, mi papá también. Mi papá me daba dinero todos los días, y yo ese dinero se los daba a mis amigos, y me quedaba con el mínimo, porque ellos tenían casa e hijos, yo no necesitaba tanto, aparte de comer, qué otra cosa. Le iba a comprar ropa a Pepe y todas las cosas que necesitara, porque como no teníamos casa había que comprar en las tiendas las cosas que se necesitaban. Una vez que Pepe se fue a México, yo permanecí unos meses en Chile y luego mi papá me dio dinero para que saliera a Argentina, porque allá tenía a otros tíos. Ellos me querían mucho; les llamamos para decirle que yo iba a Argentina y por supuesto que estaban muy contentos de recibirme. Mis papás y mis hermanos me fueron a dejar al aeropuerto.

Me dejaron con los militares, quienes te trasladaban en un bus militar hasta la terminal, para embarcarte. Estaba cerrado el aeropuerto dos kilómetros antes de la terminal y a partir de ese momento quedabas en mano de los militares. Me quedé con la imagen de mi papá, mis hermanos y mi mamá diciéndome adiós con la mano desde la distancia. La espera en la terminal fue horrible. Íbamos mis dos amigos del canal, y ahí nos encontramos con una periodista y dos actrices que también eran del canal, y nos sentamos en unas sillas de hilera; ahí nos tenían esperando. Los militares mantenían a la gente en tensión, se paseaban, llamaban a algunos a “presentarse en la oficina”. Pensé en qué momento nos llaman a uno de nosotros. Ellos sabían muy bien que ninguno de los que estábamos allí saldríamos por turismo, sino porque no pudimos salir por embajada. Nos favorecía que no teníamos antecedentes de ningún tipo y que contábamos con la posibilidad de salir por aeropuerto. Yo tengo una característica, que frente al peligro me pongo fría y reacciono bien, pero no era el caso del resto de las personas que esperaban en la terminal, que estaban muy nerviosas, y no podíamos ni siquiera ir al baño porque no sabíamos si nos seguían, o en el baño nos tomaban presos. El avión, además, venía con retraso.

Por fin partimos con rumbo a Buenos Aires. Fue como un pequeño descanso dentro de tanta angustia. Aterrizamos en la tarde-noche, y ya para salir, yo buscaba a mi tía, pero no la encontré; en su lugar apareció Oski [Óscar Conti], un dibujante argentino muy conocido, amigo de mi esposo y mío, que se enteró de que yo llegaba a Buenos Aires y fue por mí al aeropuerto, junto con su pareja y nuestro amigo Alfonso Alcalde, y me dijo: “te vamos a llevar a la casa”.

Mi tía me había ido a buscar, pero yo nunca la vi. Y me fui con ellos. Llegamos a su casa, y nos tenían preparada una cena de bienvenida. Es-

taba León Ferrari, un escultor importante, argentino también, Alfonso Alcalde, el Oski, mucha gente muy linda que eran nuestros amigos, que se portaron muy bien, y me preguntaban por Pepe. Yo les contaba que él había salido por embajada. Me preguntaban si nos habíamos separado, a lo que yo les respondí: “No, lo que pasa es que él tuvo que entrar a la embajada y yo no pude entrar, una manera de salvarme un poco era saliendo a Argentina”. La cuestión fue que ahí estuvimos, luego nos fuimos a vivir a la casa de León Ferrari, y de ahí dije, “yo tengo que ubicar a mi tía”. La llamé por teléfono y del otro lado, en lugar de escuchar un saludo, se escuchaban unos gritos destemplados de mi tía preguntando dónde estaba. “Te hemos buscado con la policía, te hemos buscado en los registros”; le digo, “no, tía, no te preocupes, estamos bien; estamos en la casa de un amigo, pero ahora voy para su casa”. Llego a casa de mi tía. Ella se puso muy contenta y se desvivió por cuidarme y atenderme. Mi tía María Luisa (Huicha, como le decían), era una mujer increíble; mi tío Dagoberto era otra gran persona. Allí compartí con mis primos Elisabeth, Juan Carlos y Rosa, éramos todos más o menos de la misma edad.

Un día recibo una llamada de Pepe, porque a todo esto habíamos perdido comunicación, no sabíamos nada de nada el uno del otro. Yo casi me desmayo cuando recibí su llamada. “¿Cómo te enteraste de que estaba acá?”, le digo, y él me cuenta: “Fíjate que iba caminando por la calle Reforma y me encontré a Fernanda Navarro, que había sido secretaria de la Tencha (Hortensia Bussi de Allende), y le dije que no sabía nada de ti, que sólo sabía que estabas en Argentina en casa de Oski, y le pregunté si tenía su teléfono”. Pepe llamó a Oski y él le dio el teléfono de mi tía. Alguien había enviado un telegrama a Pepe diciéndole que yo estaba en casa de Oski en Argentina y hasta el día de hoy no hemos podido saber quién envió ese telegrama.

Entré en contacto con Pepe. Pasaron los días, las semanas y los meses y no me llegaba la visa para entrar a México. Entonces decidí trabajar. Me contacté con los organismos que ayudaban a la gente que llegaba a Buenos Aires y les daban trabajo. El primer trabajo fue de acomodadora y repartidora de volantes en Luna Park. Ahí me tocó ver a la Juliette Gréco, a Santana, y todos los grandes espectáculos que se presentaban. Después me dijeron “hay la posibilidad de que te vayas a trabajar a la Galería Kraf”, que era una sala de cine de arte que había en la calle Florida. Primero recortaba los boletos para que la gente entrara y las acomodaba; y como vieron que era eficiente, me pusieron a cargo del cine. Este trabajo empezaba a las dos de la tarde y terminaba a las 12 de la noche, de domingo a domingo.

Mis tíos, que eran chapadísimos a la antigua, me cuidaban como si yo tuviera cinco años, me iban a buscar todos los días al trabajo, me llevaban la cena y me acompañaban hasta el cierre del cine. No me dejaban salir con nadie ni menos sola, esto a pesar de que yo ya estaba casada.

La visa tardaba y tardaba, iba día por medio para hablar con el cónsul de México, Luis Yunes, un tipo encantador. Se portó muy bien. Me decía: “las cosas están un poco tardadas, pero ya van a salir”. En febrero del 74 salió mi visa y el 12 de ese mes me despedí de mis tíos y primos en Argentina, les di las gracias y me embarqué rumbo a México. Luego volví con mis hijos y mi esposo a Buenos Aires y ésa fue la última vez que vi a mis tíos. Ambos fallecieron cuando me encontraba en México. Viajé desde México para acompañar a mi tía hasta su última morada, que era lo menos que podía hacer por ella después de todo lo que hizo por mí y del gran amor que me brindó. Hoy descansan sus restos en el Cementerio de Los Andes, Chile.

## Segunda parte\*

*¿Cómo fue el viaje de Buenos Aires a México?*

Salí de Buenos Aires y fue muy triste la despedida con mis tíos y primos. Salí del aeropuerto de Ezeiza rumbo a México. Llegué a las siete de la noche de un 12 de febrero de 1974. La llegada de noche fue maravillosa, porque ves la ciudad iluminada; es como una fantasía, un sueño y unas dimensiones de ciudad inimaginables.

Llegué a la terminal, pasé por la aduana y empiezo a ver un mundo muy diferente al que yo había vivido hasta ese momento, un gran despliegue de colores, hombres que andaban vestidos con trajes verdes, camisas rosadas, mujeres de trajes de gran colorido, muy maquilladas. Yo venía de un país que en esa época era gris. Uno siempre se vestía de gris, de café, de negro, y a veces se ponía un pañuelito de otro color, pero por lo general era todo gris. Eso lo dijo mi suegro cuando vino a México: “¿cómo los mexicanos no van a llevar el color si está en la naturaleza? Nosotros cómo, si tenemos la Cordillera de los Andes, que son siete meses del año de nieve –eso era antes, ahora ya no hay tanta nieve–, y todos los árboles sin hojas, y todo gris, ¿cómo vas a pintar con color?,

\* Lugar: Librería Octavio Paz del Fondo de Cultura Económica. Viernes, 5 de mayo de 2023.

pero mira, aquí los pajaritos son color turquesa con amarillo, rosados, naranjas, mira las flores”. Ahí empiezas a ver la diferencia.

En la aduana me dijeron que a la visa le faltaba un timbre y me quitaron el pasaporte; debía ir al día siguiente a Gobernación. Entonces salgo, y en medio de la muchedumbre trataba de ver dónde estaba Pepe, porque me sentía en la orfandad total, y de repente aparece con un amigo, quien me traía de regalo de bienvenida un hermoso ramo de flores, y este amigo me dijo: “que tengas una feliz estadía en este país, que sea para siempre”. Ese caballero era Enrique Mañón; todavía lo tenemos de amigo.

Recién llegada me costó integrarme a la sociedad mexicana porque era muy diferente a la realidad de mi país, y con los años fui aprendiendo de su historia, de su gente, de sus costumbres y llegué a enamorarme y a amar a México. Lo que me llamó mucho la atención era la amabilidad de las personas, cuestión muy importante para un extranjero porque te hacen sentir como en casa. Esta amabilidad y solidaridad me permitieron poder desplazarme por la ciudad sola y hacer todos los trámites necesarios, ya que Pepe tenía un horario de trabajo completo. Fue así que también fui conociendo al pueblo de México en mi relación con ellos en las calles, en el camión y en el mercado y en todo mi acontecer de la vida diaria.

Había una reglamentación en México para los exiliados e inmigrantes de que solamente podía trabajar una persona de cada familia. En este caso, como Pepe ya estaba trabajando, yo me dediqué a trabajar en el diario *Solidaridad con Chile* y en las actividades de la Casa de Chile. Con las mujeres formamos el Frente de Mujeres. Había muchos problemas por resolver con los niños de padres exiliados y con los que venían de campos de concentración. Juntamos a todos los exiliados que eran maestros de matemáticas, historia, arte, español, y a algunos mexicanos que nos ayudaron para insertar a estos niños en la sociedad. Los sábados, a las 10 de la mañana, empezaban los cursos. Venían los niños a clase, donde se les enseñaba la manera de aplicar las fórmulas de la suma, la resta, la división, porque en México estas operaciones matemáticas se hacían de manera distinta a Chile. También fueron importantes los cursos de historia de México como una manera de insertarlos a la educación del país.

Había que explicarles y enseñarles, pues los niños no entendían la realidad que estaban viviendo; no tenían a su familia, no estaba su abuela, sus tías, sus primos y en algunos casos eran hijos de padres desaparecidos. Éste fue un gran trabajo realizado por las mujeres en Casa de Chile para ayudar en la inserción de los niños al nuevo país. Fue muy

difícil tratar de que la gente se fuera insertando, pero se logró. Los niños terminaron estudiando, trabajando, casándose en México.

Si bien nosotros tuvimos nuestros hijos en México, ellos también pasaron por un proceso donde tampoco tenían familia extendida aquí. Un día, por ejemplo, mi hijo Matías me preguntó si él tenía abuelas, tías, primos, como tenían sus compañeros del colegio, porque hasta ese momento ellos sólo conocían a sus tíos Andrés y Nelson. Y sabía de su abuela porque le hablaba por teléfono; en ese tiempo no existían video-llamadas. Ésa era la vivencia también de los niños de padres chilenos que nacieron en México. Cuando fuimos la primera vez con mis hijos a Chile conocieron a su familia.

Bueno, nosotros seguimos haciendo las tareas de denuncia contra las atrocidades que estaba cometiendo la dictadura militar; hacíamos un periódico en México para informar al pueblo de este país de lo que estaba ocurriendo; mandábamos información a Chile, entre otras muchas cosas. Apoyamos al gobierno de México en la organización interna del Tribunal de Helsinki, realizado en el Hotel del Prado [2] que ya no existe. Nosotros formamos el equipo de comunicación del Tribunal, junto con Ximena González Bosque, donde preparamos los boletines de prensa para entregar a los medios de comunicación nacionales. Fue muy interesante porque vino gente que había sido torturada por la dictadura, o que habían estado presos, a dar sus testimonios. A mí el testimonio que más me impresionó fue el de una monja norteamericana que contó toda la historia de cómo la toman presa, la violan y la torturan; se salvó de milagro. Pero me impresionó porque la vi una mujer entera; a pesar de todo lo que había pasado estaba dispuesta a seguir luchando. Ése fue un gran testimonio. En este tribunal se infiltraron miembros de la policía chilena, quienes amedrentaron a los testigos y participantes, nos sacaban fotos y nos miraban desafiantes. Pero la verdad es que no nos daba miedo su actitud, sobre todo después de escuchar los relatos de los participantes en el tribunal, que estaban mucho más complicados que lo que puedes estar tú, porque tú estás en libertad.

Durante los primeros años de estadía en México me dediqué a dar apoyo a Pepe en su trabajo, me transformé en su representante, y además hice trabajo de difusión sobre lo que se estaba viviendo en mi país. Para esto, realicé programas de radio, de televisión, y colaboré en revistas y periódicos.

Yo había empezado la carrera en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile cuando vino el golpe, y tuve que salir del país. Después de un tiempo pude entrar en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), a Ciencias Políticas [3] para cursar la carrera de cien-

cias de la comunicación. Para mí este fue un importante periodo porque tuve excelentes maestros mexicanos y latinoamericanos. Fueron mis maestros Miguel Ángel Granados Chapa, Froylán López Narváez, Jorge Calvimonte, un boliviano periodista y poeta; Luis Lorenzano, argentino. También tuve muy buenos compañeros de curso que hasta el día de hoy son mis amigos y que me enseñaron muchas cosas de las vivencias en México y esto me ayudó aún más en la integración a este país.

Con mis amigos conocí lo que eran las celebraciones del Día de Muertos en México. Nosotros vivimos con mi hermana Marisol un importante momento al convivir con ellos en la ceremonia de esa festividad; era muy impresionante ver a la gente cantar y celebrar a sus muertos. Era tan lindo entrar en el cementerio, ver las flores de cempasúchil, las velas, las personas que conversaban con sus seres queridos. Era impactante. Yo estaba alucinada, no podía creer que eso existiera, era un realismo mágico. Éste fue otro aprendizaje y otra manera de entender a México.

Realmente, para mí vivir en México ha sido maravilloso. Yo pasé de este proceso del odio al amor. Empecé odiando los tacos, la comida en la calle, el olor a aceite, el colorido usado por la gente. Pero eso tiene una razón de ser. Cuando tienes que salir de tu país obligado es muy diferente a cuando decides salir por turismo. Pero cuando es por obligación, ya fuera México, París o Rusia el rechazo y el odio es el mismo; esto por el desapego y por la pérdida. Me demoré como cuatro o cinco años en integrarme; hice todo el proceso del odio al amor. Pasando por la universidad, por los trabajos, conociendo gente, conociendo la realidad, conociendo el país, estudiando su historia me fui enamorando, y ahora soy una enamorada total de México y no me puedo ir de aquí.

Respecto a mis hijos, ellos tienen otra visión porque son mexicanos. Ellos no entendían la realidad de sus papás, ellos no comprendían por qué uno se entristecía o lloraba al ver películas o videos del golpe de Estado porque no conocían de la historia y de lo que pasó en Chile. Era muy difícil explicarles esto porque eran muy chicos. Cuando regresamos a Chile en el 90 entendieron mejor lo que sucedía. En ese periodo los militares intentaron un conato de golpe de Estado, situación que nos trajo malos recuerdos y terror por todo lo vivido en el 73, y por supuesto, los hijos entendieron lo que había sucedido, y el porqué del comportamiento de sus padres. A ellos, les dio miedo y angustia pensar que se pudiera repetir nuevamente la situación del 73. Imagínate la angustia de toda la población al saber que podría repetirse el golpe militar. En la casa estaban de visita nuestros amigos mexicanos Carlos y Niobe Michel, quienes también entraron en pánico porque nunca habían pasado por una situación de este tipo, de ver a los militares en las calles.

El peligro estaba latente y con el paso de los años siempre ronda en tu pensamiento que se puede repetir la historia. Es lo que uno piensa hoy en día cuando ve la situación que se vive en Chile, la derecha va tomando el poder y quieren desestabilizar al gobierno; tú dices: “¡qué horror, se va a repetir la historia!” O sea, hoy día no hay mucha posibilidad de que haya un golpe como el del 73, que destruyó la institucionalidad. El bombardear La Moneda es la institucionalidad del país, y si tú estás rompiendo con eso, estás rompiendo con la institucionalidad. Hoy día, los golpes se dan de otra manera, a través de la derecha económica, que también le quita los derechos al pueblo, mientras ellos tienen todo. El poder económico es el que manda. A través del Congreso hacen todas las movidas, como lo que hicieron en Chile el 7 de mayo de este año. [4] La gente salió a votar porque quería una nueva constitución; se ganó con un 82% la conformación de la Convención Constitucional. La derecha hizo una campaña contra la Convención y como había que hacer un plebiscito de salida dirigieron esta campaña a través de sus medios de comunicación y ese plebiscito se perdió con 62% de rechazo. Esto les permitió de inmediato proponer un nuevo sistema para hacer la nueva constitución, pero esta vez emanada del Congreso Nacional, entidad que tiene un 3% de aprobación ciudadana y que la gente no quería que ellos fueran los encargados de hacer la nueva constitución. Pero cuando se tiene el poder, el dinero y los medios de comunicación se distorsiona la realidad y se desconoce el mandato de la gente y ahora la nueva constitución se hará por los mismos que han mantenido el poder económico y que apoyaron la constitución de Pinochet. Ahora hay que esperar a ver qué es lo que decide el pueblo en el nuevo plebiscito de salida, que se realizará en diciembre de este año.

*¿Tuviste alguna actividad en lo de la constitución que se propuso?*

Lo que pasa es que cuando vino el gobierno de Michelle Bachelet se formaron cabildos para discutir lo que sería la nueva constitución; para esto se organizaron grupos de trabajo, y en sí, yo participé en un grupo en la zona donde vive mi cuñada María Inés y mi conuño Antonio. Nos juntábamos todos los sábados; eso estaba muy bien organizado. De eso sí tengo los materiales, las fotos, porque además para saber quiénes eran los que habían opinado nos tomaban fotografías, nos pedían los nombres, dónde vivíamos y qué era lo que estábamos proponiendo. Fue bien interesante ese proyecto. Y la derecha se opuso; eso fue en la parte final del gobierno de Bachelet. Fue muy importante el trabajo que se hizo ahí porque se integraron los estudiantes, las amas de casa, los trabajadores, todos se juntaron y decían cómo debería ser la nueva constitución, qué

es lo que debería tener, cuáles eran los derechos que tenía la gente en esta nueva constitución. Hasta algunas personas de derecha se unían a los cabildos para participar. Pero la derecha más extrema se opuso a la aprobación de este proyecto de constitución. Ahora están arrepentidos de que esa constitución no se hubiera aprobado.

La Constitución que nos rige ahora en Chile fue redactada por diez personas y no fue consultada con el pueblo; ésta es la llamada Ley Ortúzar, que se hizo bajo el gobierno de Pinochet, o la dictadura de Pinochet. Con este nuevo proyecto de constitución no estoy de acuerdo. Es un proyecto de constitución que está siendo hecha por los mismos de siempre, sin tomar el parecer de la gente del pueblo. Sólo resta esperar qué resultará de todo esto, y si no se está de acuerdo con el texto final, se votará el rechazo en el plebiscito de salida de diciembre.

*¿Cómo fue tu inserción en México?*

Para mí fue importante la inserción en este país. Conocí personas de todos los estratos sociales, de todos los niveles culturales y económicos, y con eso se compone el aprendizaje que tengo de México y el que transmito, porque creo que la gente tiene que conocerlo. De hecho, normalmente en las redes sociales hablo de la historia de México, de sus comidas, de su gente, de sus costumbres, entre muchas otras cosas interesantes y bellas de este país.

A pesar de estar integrada en México, el exilio te desarraiga porque en México eres extranjero por no haber nacido aquí y en Chile eres como extranjero, porque nada de lo que dejaste existe, todo cambió. Como dijo mi hijo Matías: “no eres nada”. “Eres de la Tierra de Nadie”, y eso vamos a ser por siempre, eso no se borra, es una marca que vamos a llevar hasta el fin de nuestros días. Cuando le hicieron la entrevista a mi hijo Matías empecé a pensar en que vengo de una familia de inmigrantes. Mis abuelos salieron de Palestina, fueron a Alemania, luego a Chile; después continuamos nosotros, de Chile a México, y después mis hijos de México a Chile. Luego, al cabo de los años, Elías regresó a México y Matías partió de Chile al mundo, pues ha vivido en muchos países. Mi nieto Benjamín tiene ocho años; él salió de Chile a Brasil a los dos años, y regresó a Chile a los siete; mi nieto Luciano nació en Brasil y hoy que tiene cuatro años vive en Chile desde hace un año. Se va repitiendo la historia de migración. Ustedes vieron el video de mi nieto Benjamín cuando habla de lo que son los inmigrantes, y cuando él hizo el video tenía siete años. Entonces ya en él hay una cosa de la migración, y tan pequeño ya conocía tres países. Estamos marcados por la historia. Eso



es un poco lo que me ha pasado. En el fondo ha sido triste, pero soy feliz porque estoy en un lugar que quiero y con gente que quiero.

*¿Cuál sería la visión del exilio en la transformación de tu familia?*

Yo diría que de dolor y triunfo. Dolor por las pérdidas de la familia, de los amigos, del país. Pero también de triunfo porque logramos insertarnos, entender nuestra nueva historia y hacer familia, en un país que nos dio la posibilidad de soñar.

El exilio es horrible, es lo peor que le puede pasar a un ser humano, es el desarraigo, la pérdida de identidad, la pérdida de la familia, de tu entorno, de todo. Por otra parte, es el intercambio de culturas, historia de dos mundos que se encuentran y esto enriquece a los países.

*¿Por qué hablar ahora del exilio?*

No habíamos hablado porque lo que se vivió fue muy triste, muy terrible. Lo de nosotros fue exilio; hay gente que fue torturada, otros desaparecidos, otros que no han visto a sus seres queridos hasta el día de hoy. Entonces, lo que uno quiere es no traspasarles a las personas que te rodean la tristeza y el dolor que llevas dentro, y sobre todo no transmitir estos sentimientos a los hijos. En mi casa, me dediqué a proteger a mis hijos, no quería que sufrieran ni pasaran por situaciones difíciles. El hecho que no tuvieran familia, al igual que sus amigos, ya era algo complicado. Nosotros les entregamos todas las herramientas a nuestros hijos para que fueran hombres de bien y tuvieran todos los elementos en la vida y, como deseo especial, no quisiéramos –como lo dijo mi hijo Matías– que nuestros hijos y nietos pasaran jamás por lo que nosotros tuvimos que vivir.

Mi vida es triste y llevo un gran dolor en mi alma. Yo tengo familia en todas partes, tengo una hermana y dos sobrinas en Tenerife, otra en Jerez, España, dos hermanos en Venezuela, sobrinos en Costa Rica, en Estados Unidos, un hijo en Chile, el otro hijo en México, mis nietos en Chile; se me murió toda la familia de parte de mi mamá sin que yo pudiera ir a verlos, entonces nunca más nos vamos a juntar ni reunir como familia.

Ustedes, por ejemplo, pueden compartir, verse, celebrar en familia; yo no he tenido ni voy a tener esa posibilidad. Para empezar, mi familia, mis tíos, mi padre, mi mamá, ya no están; me quedan mis primas, que también andan por todos lados, mis sobrinos, mis hermanas, estamos todos dispersos y eso por el golpe. Tienes una pérdida tremenda, porque no tienes una vida normal. Es por eso que uno no quiere contar, no quiere hablar, porque te arruinaron la vida.

Para los efectos de no preocupar a las familias, siempre contamos las cosas bonitas de nuestro exilio, que salimos de paseo, que disfrutamos de un asado con amigos, que estudiamos, que viajamos por la república mexicana y conocimos lugares hermosos, entre otras cosas; todo esto ha dejado una sensación en Chile de que tuvimos un exilio dorado, pero uno no contó nunca la soledad, la tristeza que nos ha embargado. Nunca contaste que quisieras abrazar a tu hermana, a tu familia, porque además en el exilio los amigos más queridos son tu familia, son los que te acompañan a la clínica cuando tus hijos están enfermos, cuando tienes alguna necesidad. Yo sí tengo amigos que pasaron a ser parte de mi familia; ellos fueron Andrés, la Ximena, son mis hermanos. También Marcia y Felipe, Pacho y Carmen, Carlos y Niobe integraron este grupo de amigos-familia que conformamos en el exilio. Ésa es nuestra familia.

Cuando llegué a Chile después de tanto tiempo, mis tíos, a pesar de todo lo que los quería, los veía como extraños, porque no había vivido con ellos durante tantos años; ¿cómo voy a compartir con alguien que no había visto por tantos años? Con los amigos-familia compartimos lo bueno, lo malo, y todo. Entonces eso es lo que te produce el silencio, la tristeza que uno lleva en el alma, pero que no la quieres transmitir hacia afuera. Uno piensa que contar su historia es una molestia para la gente. Un dolor que uno lleva hasta la muerte y adentro, por eso no hablábamos. Por eso, a mí se me hacía muy difícil el hablar, después de tantos años, tener que abrir de nuevo esta página y sacarme esta careta que yo me había puesto, de no hablar, de no decir. También descubrí que Pepe se evadió de hablar durante todos estos años por el dolor que esto le producía, incluso su dolor es aún mayor porque él tiene su hermano Manuel que fue asesinado por la dictadura. Él me ha comentado lo que le ha costado enfrentar la entrevista porque él nunca había hablado. Porque sí, son cosas muy difíciles de hablar.

*¿Qué te han dejado estas entrevistas donde también tu familia ha participado?*

Yo siento que es un alivio, que al final pude contarle al mundo lo que me pasa, lo que uno ha vivido y vive en el diferente aspecto de la vida; ahora lo voy a poder hablar más libremente. Decirle al mundo lo que pasa; que todo esto partió cuando dije que no quería hablar ni dar esta entrevista para contar mi historia. Entonces fueron mi hijo Elías y mi nuera Sofía quienes me dijeron que no correspondía que yo no quisiera hablar, porque yo en el fondo tenía una obligación de contar lo que había pasado para que esto no se repita. En ese momento entendí que no podía seguir en silencio, por eso di la entrevista y quise mostrarles a ustedes lo que

uno vive, porque no se puede volver a repetir la historia. Sí, sentí que había que hacerlo, porque cuando uno se empieza a cerrar no alcanzas a percibir esto. Uno tiene una obligación porque yo hoy tengo nietos, y ellos tienen que saber qué es lo que pasó; ya que mis hijos no supieron toda la realidad sino hasta muy crecidos, mis nietos sí tienen que saber lo vivido por sus abuelos y por su padre y por su tío.

*¿Qué es lo que sientes?*

Yo creo que me quité un peso de encima, y ahora puedo decir las cosas. Y tengo que decirlas. Que mi lucha la tengo que llevar hasta el final, pero tengo que contarla con base en mi realidad, a lo que me tocó vivir, porque ésa es mi verdad. Y con mi verdad, yo puedo decirlas a las nuevas generaciones lo vivido, lo que puede hacerse y lo que no.

*¿Qué es lo que quieres dejar a la posteridad?*

Yo diría que luchen por la democracia y que aprendan a dialogar, porque eso es lo que engrandece a la gente y a los pueblos. Vengo de una familia de derecha; yo nunca pensé que podría ser de izquierda. Y siento, y creo firmemente, que la gente puede cambiar a través de las palabras, a través de ejemplos, a través de las vivencias. La vida te enseña, y las enseñanzas que te da las tienes que aplicar a tu día a día y con las personas que te rodean. Para mí la democracia es esencial, y el diálogo y la comunicación también. Porque así se hace democracia y los países salen adelante. Ojalá nunca se vuelva a repetir lo que nosotros vivimos en Chile, porque la destrucción de la democracia te lleva a la ruina, a la destrucción de las personas, de las familias, del país.

[1] José Palomo Fuentes.

[2] El Hotel del Prado se encontraba en la Avenida Juárez, y durante el sismo de 85 quedó muy dañado, por lo que años después fue demolido. En la actualidad se encuentra en su lugar el Hotel Hilton-Reforma.

[3] Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

[4] Las elecciones mencionadas por Zandra Reyes fueron las del pasado 7 de mayo de 2023.



Thelma Flores.  
Colección particular de T. Flores, Ciudad de México, 2021.

# Thelma Flores\*

## *Presentación.*

Soy Thelma Flores, esposa de Nelson Palomo. Él salió de Chile voluntariamente. Tenía 11 años cuando ocurrió el golpe. Entonces le tocó quedarse y vivir esa otra parte que también me parece muy grave; le tocó quedarse sin su familia integrada, con 11 años, perdido, y cuando pudo salir, que fue como nueve o 10 años después, ya había pasado todo lo que tenía que pasar. Nosotros regresamos a Chile 10 años después de que él salió: fuimos con Emiliano y, a la semana de haber llegado (teníamos planeado estar un mes), regresó un día en la tarde después de hacer los recorridos que hacía, y me dijo que ya se quería regresar, que no había encontrado a sus amigos, que muchos habían muerto, y que a la maestra que a él le ayudó a salir de la escuela también la habían matado. Yo estaba muy contenta por conocer a la familia. Fue muy fuerte el que él haya regresado y se haya enfrentado de nuevo a esa realidad y encontrarse con todas las ausencias. Entonces salió de allá, solo, aunque llegó con sus hermanos, pero igual sin sus amistades, sin su mamá, empezó de cero, y acá intentó una especie de olvido; él no se reunía con los grupos de chilenos que había acá, decía que quería estar lejos de eso.

Yo ya conocía la Casa de Chile, sus reuniones. Conocía la situación que tenían con su hermano, su cuñada y tal. Y yo, pues sí tenía todo el antecedente de Chile, profundicé mucho porque pertenecía a un grupo cultural en el que se hablaba de esos temas. Tenía 15 años, entonces

\* Entrevista a Thelma Flores. Entrevistadores: Alejandro González Franco, Rebeca Flores e Ivonne Charles. 25 de abril de 2023. Lugar: Cafebrería El Péndulo, Col. Juárez, Ciudad de México.

estaba muy conectada con eso. Después, esas casualidades, nos conocimos con Nelson. Conocía a Pepe Palomo por la tira, por *La Jornada*, lo admiraba y lo reconocía, a veces nada más veía la tira y ya no buscaba mucho más. Cuando nos conocimos con Nelson, lo último que asocié es que fuera hermano de Pepe. Con Nelson nos conocimos en el trabajo. Él llegó a una cita de trabajo.

*¿En qué año lo conociste?*

En 1988. Trabajaba en el INCO (Instituto Nacional del Consumidor). Él iba a hacer diseño gráfico ahí, y yo llegué ese día muy temprano porque había dejado descompuesta la computadora el día anterior. Llegué antes de mi hora a conectarla y a moverle; y él tocó el escritorio, como tocando una puerta, y me dijo: “Me citaron a primera hora con la licenciada Silvina, ¿la puedo ver?” “Es que son las ocho de la mañana, no la puede ver porque ella llega a las 10, como todos”, le avisé. Me contestó que entonces yo qué hacía allí y me preguntó si ya había desayunado. Le respondí que no, y me invitó: “¿Desayunamos?” “Claro, ¡desayunamos!” Así nos conocimos.

Un día me invitó a casa de su hermano Pepe, y después me dijo que le sorprendió mucho que él hubiera platicado tanto tiempo conmigo, y le respondí que era muy ameno; entonces ahí ya sabía que era mi admiradísimo José Palomo.

Pronto Nelson y yo decidimos vivir juntos, dos años después tuvimos a nuestro primer hijo, y a los pocos meses fuimos a Chile.

*¿Ése fue tu encuentro con el exilio chileno?*

Ese grupo al que te digo que pertencí se llamaba el Picamosco, y en él se hablaba de problemas sociales de todo el mundo. Había reuniones con integrantes del PCM (Partido Comunista Mexicano) y jornadas culturales, estamos hablando de 1975-1980.

*¿Qué tan involucrados estuvieron en esa coyuntura?*

Nelson, cuando recién llegó a México, se integró un poco a eso, después decidió que no era lo que quería, la visión de estos grupos de chilenos era lo que él había salido a buscar. Antes iba a algunos de los eventos de la Casa de Chile, hacíamos colectas, presentamos obras de teatro, colaboramos y cooperamos de alguna manera, para esa y otras causas. Siempre apoyando, y con Nelson fuimos a un par de cosas juntos. Estamos bien por acá de este lado. Y ahora que yo supe de esto y que he estado rememorando cosas, pienso que a Nelson le tocó una parte muy

fuerte, y que también el hecho de estar aquí y allá no era conveniente para él. Por eso se aisló un poco.

*Para ti, antes de Nelson, ¿cómo era la Casa de Chile?*

Nada. Era un grupo comprometido, valiente, seguían hablando de las mismas cosas, los mismos temas, pues sí, Salvador Allende y Hortensia Bussi, y los esfuerzos que había que hacer, porque estaban padeciendo el gobierno de Pinochet, y todo lo que sonara a eso era también motivo para nosotros trabajar.

Siento que no fue casual este tema de encontrarlo, porque fue una forma de seguir conociendo más, y de más adentro. En una reunión en casa de Pepe y Zandra, yo estaba asoleándome y llegó una señora y se sentó conmigo: “ah, mira, la Tencha”, me dijeron. La Tencha era nada menos que Hortensia Bussi; platicamos como dos horas, asoleándonos, nos llevaron agüita, nos llevaron cositas, el pan con aguacate, tecito. “¡Ya me voy, mi niña; vienes a jugar cartas en la tarde!”, se despidió. Cuando entré a la casa, les comenté lo agradable que era la señora Tencha. Yo casi me infartaba, no podía creerlo; Hortensia Bussi estuvo ahí conmigo. Yo no sabía y platicamos de muchas cosas, y sí hablamos un poquito de política, pero fue muy poco, pero qué maravilla. Era ella.

Así se me fueron presentando, como ésta, otras experiencias, pero ya después, cuando ya me sentía parte muy integral de ese grupo. Nelson padeció cosas: vino, se trató de integrar y estudió y tuvo gente solidaria cerca, pero empezó su proceso laboral, entonces junto con nuestra relación, ya teníamos dos o tres añitos que había empezado a trabajar. Trabajaba en *La Jornada*, y después en el INCO, pero Nelson tenía clarísimo que si había recorte de personal el que iba a salir primero era él. Pues sí, por eso tuvo tantas chambas en ese momento, tantos trabajos, y claro, se sentía inseguro. También el tema de los trámites. Yo siempre me quejo de que Nelson tendría que hacer sus trámites, y a él no le gusta enfrentar ese tema, o tener que ir a una secretaría, siento que es parte de lo mismo. Aunque ahora él es un mexicano, más mexicano que nada. Ya a Chile lo vemos con sus procesos. Seguimos viendo cómo avanza con sus procesos. Tiene una familia con la que se comunica constantemente, y bueno, somos muy bien recibidos allá. Vamos cada que podemos. Y yo sigo pisando las calles de La Moneda y me emociona siempre, y escucho en mi cabeza la canción de Pablo Milanés, y digo aquí estamos pisando las calles nuevamente, muy bonito. Ahí estamos.

*Tu interpretación del golpe de Estado.*

Me parece infinitamente doloroso. A mí me parece que ningún niño de esa edad tiene que vivir esas cosas. Ya que estamos los dos con 60 años encima, y tenemos amigos y vecinos que tienen niños de esa edad, y yo no me puedo imaginar cómo de un día para otro él pudo vivir algo así; además amaba su escuela, él siempre habla de su escuela, y que le daban clases de no sé qué, que los atendían de todo a todo, del gobierno de Allende, todas las cosas buenas que recibieron de ese gobierno, y bueno, nosotros sabíamos de todas esas cosas, y de repente pasa el golpe y no sólo dejas de tener esas cuestiones que tienes que recibir, que son derechos humanos, además ya vives con miedo.

Yo creo que no se le quitó el miedo, no se le va a quitar nunca. Sí es una huella, pero siento que sí se siente arropado, fortalecido, porque soy como una mamá potencial, y con él, creo que eso fue lo que nos unió. Tenemos muchas cosas en común. Ya al cabo del tiempo, la pérdida de los padres, la pérdida de un hermano, ser los más chicos de la familia, un montón de cosas que nos hemos encontrado en común. Bueno, ahí mi amor y respeto por los movimientos sociales, como era en ese momento el de Chile, y que me toca estar con él. Hemos vivido esa situación nunca de tan lejos, él está con mucho contacto con su familia chilena. Diario habla con uno, con el otro, con los sobrinos. Y estamos al tiempo con las noticias. Viviendo la otra parte.

*Tú acogiste a Chile a través de Nelson, de los Palomo, ¿crees que Chile acoge a los chilenos que están aquí en México?*

No va a poder ser lo mismo. Simplemente es otro tiempo. Ellos ya se hicieron tanto a México. Para Nelson esos fueron años muy duros, llegó acá joven, acá hizo su vida, aquí terminó de estudiar, se casó, tuvimos a nuestros hijos, Emiliano y Camilo, llevamos una familia bien, tenemos 31 años de casados. Siento que a él le sería muy difícil regresar a Chile, ni siquiera es un plan. En algún momento tuvimos la intención, que fue cuando estaban chiquitos los niños, fue ese mes que fuimos a Chile como para tantear las probabilidades y a la semana Nelson ya se quería regresar, así que no era por aquí.

*En estos 31 años has convivido con el exilio chileno, el Chile de antes del golpe, con la comunidad latinoamericana que tiene la formación que ustedes han recibido, con visión social.*

La convivencia sigue siendo con gente que piensa como nosotros. Y mucha gente, algunas de mis mejores amigas, como Laura Liffshits, argentina, Gloria Tobón, de Colombia. A través de Pepe y Zandra sí convi-



vimos con ellos, mucha, mucha gente, exiliados, y Nelson, sin estar tan integrado, está de esta manera integrado, pero tampoco tiene tantos amigos extranjeros, tiene montones de amigos mexicanos que lo adoran, y él también. Logró armarse de esa parte, y sí, hemos seguido en contacto con la gente de izquierda, con la música de izquierda, tratamos de seguir dentro de eso, y bueno, ahora, felices de nuestro actual presidente.

*¿Cómo crees que te ven a ti?*

Creo que me ven como Thelma, pero sí, yo hago todo para que me vean como mexicana, cuando salgo, sobre todo. O cuando me visita gente. Esto que dice Pepe de que los mexicanos, no sé si todos, pero nosotros sí, tenemos un amor muy fuerte por nuestra patria, es así. Eso le he infundido a Nelson, y eso le da mucha seguridad, y a mí también.

*¿Cuando intentaron vivir en Chile, tú te sentías extranjera allá?*

Pues su familia en especial siente un amor grande por los mexicanos, por la música mexicana, por los personajes mexicanos. Por ejemplo, hablaba yo en un lugar público, y hasta personas que no estaban ahí en nuestra mesa me decían: “¿Puedes hablar un poquito más?, porque nos gusta escuchar el acento mexicano, la claridad con la que hablan los mexicanos, porque aquí en Chile no nos entendemos una wuea”. En todos lados se dieron cuenta que era mexicana. Y sí, sí me he sentido muy acogida, muy arropada; en Chile me siento parte de lo mismo, y aquí en México me siento en mí.

*¿Cómo es esa relación con el exilio latinoamericano?*

Son relaciones que no sé si te buscan, no sé si te encuentran, de repente te ves rodeada, como estas amigas que te cuento. Tenemos otra amiga, Silvina, por la que nos conocimos Nelson y yo. Silvina Elgarte, ella era argentina, y pertenecía a los grupos de izquierda, perseguida política, estaba ahí. En la privada donde vivimos también vivió Silvina, abajo vivía una cubana, pero ella se salió por gusto, finalmente, y no padeció ningún tipo de problema, pero sí ha sido muy cercano, no sé si yo los busco, ellos me buscan, la cuestión es que nos encontramos, y siempre ha sido de mucha empatía.

Es básico el tema de la empatía, porque Nelson es mi compañero de vida, y me toca ver que a veces no todos los mexicanos somos de brazos abiertos, no todos, entonces estos grupos me han permitido, que no es él, que no tiene que ver con un grupo en específico, sino es con problemas políticos y sociales que no se terminan de embonar, y que

seguimos viéndonos con esas distancias. Sin pensar que, bueno, un día vienen por ti.

*¿Por qué quisiste participar en este proyecto?*

Contemplar esto a 50 años, eso fue, que no pasara en blanco tanta cosa tan fuerte y cercana para mí. Además, creo que este documento, este repositorio de Memórica, se está difundiendo mucho, quiero que la gente sepa que hay estas historias y que todos hagamos algo para que no pase, no vuelva a pasar.

*¿Qué les dirías a los chilenos y a los mexicanos sobre por qué no debe volver a ocurrir esta situación?*

No debe ocurrir porque no creo que nadie merezca pasar por una situación como ésta. No debe ocurrir porque líderes que hacen el bien por sus pueblos no pueden terminar de esa manera. No debe ocurrir porque somos más los buenos, y el exilio se da por 80 factores, pero en este caso que fue un golpe de Estado, eso es lo que no debe ocurrir. La situación de porque no hay trabajo, todos los factores posteriores, que algunas poblaciones sin golpes [de Estado] se muevan, pero por otras razones, no por cuestiones políticas, siempre hay opciones, siempre hay la posibilidad de la democracia, del diálogo, porque debemos hacer todo lo posible para que no ocurra, que tenemos que hacer todo lo posible, todos, para que no ocurra, y que los que estamos fuera de eso no cerremos nuestras puertas y nuestros brazos a las gentes que salen por esos motivos.

# Sofía Rebeca Fernández Flores\*

## *Presentación y tu encuentro con el exilio chileno.*

Soy Sofía Rebeca Fernández Flores, esposa de Elías Palomo y sobrina de Nelson Palomo. Yo sí me voy a regresar un poquito, porque a pesar de que de niña no entiendes muchas cosas, mi tía Thelma alguna vez fue a Chile y me trajo un chalequito amarillo y me dijo: “Yo te voy a llevar a Chile”, y ahí se quedó la promesa. Y yo siempre que veía mi chalequito pensaba: “Voy a ir a Chile”. Y me tocó conocer a todos los primos de Elías que llegaban de visita, o sus tíos, incluso a él desde que éramos niños. Mi libro favorito de la infancia es el libro infantil que hizo Pepe [*Palomo*]. Evidentemente yo no sabía quién era él, hasta que con el tiempo llegaba un personaje a las fiestas de cumpleaños de mis primos, primos que comparto con Elías, Camilo y Emiliano, con bolsas llenas de libros: “es el de *Matías y el pastel de fresas*”. Yo en ese momento no sabía quién era Elías, quién era Matías, ni por qué era mi libro favorito, de pasta dura, verde; se perdió en alguna mudanza y fue un drama terrible para mí.

Mi encuentro con todo esto es muy familiar y cercano, y creo que algo que comparto con Elías es este círculo en el que él creció: un ambiente enriquecido, muy intelectual, de mucho respeto y de libertad, como se habrán dado cuenta. Fuimos hijos de personas que nos dejaron ser, encontrar nuestras ambiciones, seguir nuestras curiosidades y demás. Y gracias a eso, yo siempre tuve claro que debía encontrar a alguien con quién ver las noticias en la mañana y poder platicar las cosas

\* Entrevista a Sofía Rebeca Fernández Flores. Entrevistadores: Alejandro González Franco, Rebeca Flores e Ivonne Charles, 28 de abril de 2023. Lugar: Restaurante Sanborns, Plaza Pabellón Cuauhtémoc, Col. Roma Norte, Ciudad de México.



Sofía Fernández Flores.

Colección particular de S. Fernández, Ciudad de México, 2023.

# MATÍAS

## y el pastel de fresas



PALOMO

edilin

SEP  
CULTURA

PROGRAMA  
PARA NIÑOS  
CULTURAL  
ESTADAL  
MEXICANOS

*Matías y el pastel de fresas.*

*Palomo, Colección particular de J. Palomo Fuentes, Ciudad de México, 1984.*

interesantes, o a quien le gustara leer los periódicos. Ver las noticias tres veces al día fue algo que se vivió en mi casa. Tres noticieros, mínimo. Entonces como que en mis inquietudes yo sí tenía muy presente que en pareja hay muchas cosas que puedes compartir, o te pueden gustar mucho, pero las cosas básicas, donde requieres entendimiento, y me re-

fiero no sólo a llevarte bien con una persona sino el que pueda haber diálogo, no necesariamente que sea del mismo bando que tú, pero que pudiera existir ese enriquecimiento, era vital.

Conforme fui creciendo, evidentemente, me leí libros de marxismo. Yo también tenía esa inquietud de saber por qué tiramos, al menos en mi familia, de este lado, aunque no toda, porque la familia de mi papá no es muy de izquierda ni nada. Pero, porque me interesaban estas cosas, porque las reuniones familiares eran más tipo tertulias, y no un cumpleaños cualquiera; entonces cuando voy interiorizando en eso, voy entendiendo quién es mi tío Nelson y por qué está aquí.

Quiero decir que es como un dolor compartido el tema de la familia. Cuando ves una película y algo te llena, o un comercial de pan y lloras porque el abuelito está con el niño, te comparten algo bonito, melancólico, te mueven fibras; cada uno tiene unas fibras particulares de acuerdo a cómo le tocó en la vida. Para mí la familia lo es todo. Entonces, entender que alguien no está con su familia, para mí esa parte fue como ¡qué duro! Aunque no hayas ahondado mucho en el tema, que te digan “me fui a Suiza, y allá vivo porque allá trabajo”, o porque “era mi sueño”, pero lo duro es que aunque tengas amigos y te cases allá, dejas una parte aquí y es estar solo.

Eso siempre me movió mucho de mi tío Nelson, y ahí es cuando voy resignificando por qué mi tío decide venirse para acá; aparte que es de mis tíos favoritos, me ama, yo lo adoro. Ha sido un cómplice de abrazo cariñoso. Ese tío es como Peter Pan, que todo mundo quiere, con el que juegas; a él lo tengo ahí, cercano. En tus clases de historia está lo que dicen los libros, pero el impacto que tiene en una persona sólo desde una perspectiva de quienes vivieron los hechos puede uno entender el panorama completo (en este caso, el exilio); aunque mi tío no salió como tal por el exilio, él viene por otros medios, pero por qué decide quedarse aquí. Pues ése es el primer punto que siempre ha estado ahí, el tema de la familia, como resonando en mi cabeza.

Voy a contar mi historia de amor. Yo a los nueve años veía a Elías cuando venía a visitar a Pepe en sus vacaciones y se quedaba con mis tíos, y ahí convivimos con mis primos. Yo lo veía con su pelo largo, rojo, todo *rockero*, y me encantaba; yo era muy chiquita, y evidentemente, a esa edad se nota la diferencia. Pero cuando ya fuimos mayores tuvimos oportunidad de entablar otro tipo de conversaciones. Compartimos la misma familia y sabemos cuáles son las dinámicas familiares, el tipo de conversaciones que estamos dispuestos a tener, aun cuando sea por escandalizar, o por tocar temas que sé que son difíciles de poner en la mesa, sé que de este lado no son difíciles. Entonces cuando nos hicimos

novios pues todo fue muy fácil. Evidentemente, comencé a ver todo esto que me preguntan, qué significa no sólo andar con Elías, sino qué significa el exilio y cuál ha sido mi acercamiento con el tema.

Ya al estar con Elías, me acerco al exilio desde varios puntos de vista. Desde su familia, que sus padres son exiliados, que él es hijo del exilio, y que su identidad queda en un limbo, para mí ha sido un constante aprender y rascar un poco, no la herida, sino quién es Elías. Porque la verdad, a mi parecer, Elías no lo tiene a veces muy claro. Al menos, no esos elementos que generan o componen la identidad de una persona desde la parte cultural, desde el seno familiar. La identidad de una persona es también qué te cocinaba tu abuela, todo, todo lo que te rodeaba de niño, y yo evidentemente no lo entiendo porque no me tocó vivir lo mismo que él.

Incluso hoy, si le preguntas cuál es su comida favorita te responde: “tacos”, y no todos aquí comemos tacos todos los días, no de los que a él le gustan, que son los de pastor; sí comemos tortillas en casa, y mi platillo favorito son las rajitas con crema, y mi mamá me las prepara delicioso, pero evidentemente su mamá no le puede cocinar comida mexicana, tampoco chilena porque es más como comida árabe la que ella prepara. Entonces hay elementos de la identidad que componen a Elías que es lo que me empezó a dar curiosidad de entender un poco, no el exilio *per se*, sino quién era Elías, porque aquí no es mexicano, allá no es chileno, pero él aquí se siente completo.

Hace poco vino un amigo y le pregunté a Elías: “¿no los extrañas?”, y me dijo: “los extraño muchísimo, pero yo soy feliz en México”, y eso es algo que yo necesitaba escuchar, sobre todo cuando él se viene para acá y decide venir a vivir a México, pensé: “uf, ahora soy la razón, o una parte de las razones por las que él deja todo, su negocio, su escuela, su familia, sus comodidades, su mamá y su forma de vivir allá”. Y fue cuando empecé a tener esta otra visión, porque cuando yo iba en la universidad, él es cuando empieza a trabajar de cerca con la Asociación Salvador Allende Gossens (ASAG), y me invita a las *fondas*, a las declamaciones del último *speech* —hacían como réplicas, o no sé cómo llamarlas, del último discurso que dio Salvador Allende en la Universidad de Guadalajara—, porque llegaban ciertas fechas, y te queda claro que no es sólo lo que vives y lees en un libro, le pones cara y dices “¡ah, ok, por aquí va!”

Pero nunca habíamos podido profundizar en estos temas, pero ser hijo del exilio es lo que veo como una identidad en el limbo, de incompreensión respecto al resto de la sociedad. Y algo de lo que Elías tiene mucho, que ahora entiendo, es esta cautela con la que se acerca a la gente. Es un cuate muy genuino, pero siempre tiene reserva de decir

ciertas cosas. Sí le gusta censar por dónde van las cosas, pero con muchísimo tiento, y tiene que ver con algo que no muchos hemos vivido. No solamente sus papás fueron perseguidos, sus papás corrieron peligro de muerte por una figura que al día de hoy existe, que es el carabinero, el militar, y si yo veo a un militar en la calle, sé que Elías va a estar sacado de onda, porque eso es algo que él absorbe, inconscientemente, y ya luego le da un significado en sí, pero yo nunca lo voy a entender, o de la manera en que yo pueda dimensionarlo, no es lo mismo a “mis papás tuvieron que dejarlo todo”. Y yo creo que él es un hombre que ha tenido la posibilidad de desarrollar un criterio, un análisis de las cosas que me encanta escuchar, pero también es por eso, creo que es una necesidad constante de Zandra, de Pepe, de Elías, de mi tío Nelson no tanto, como estar pendiente de las noticias, o de Chile, porque el tipo de lazo es diferente y la manera en la que ellos lo toman es diferente, pero acá es como un lazo, un ciclo que todavía no termina, que al final lo traen muy adentro, y por ejemplo, mi tío prefiere dejarlo ahí, porque puede ser muy duro, muy doloroso, por muchas razones.

Elías ha tenido la posibilidad de entrevistar a mucha gente sobre el tema, que yo sí sé dónde están muchos de esos casetes que él grabó con las charlas de sus tíos y conocidos exiliados, con familiares, sé dónde están guardados porque tuve esa curiosidad mucho con él, y luego te das cuenta que el autor de tu libro favorito es tu suegro, y que tienes a personas, no quiero decir que las personas que ya conozco, que me rodean, no lo sean, pero que han tenido que vivir algo así tan duro, y que han sido tan valientes en enfrentarlo, incluso de guardárselo, o decidir, como el día de hoy, hablarlo. Eso es muy valiente. Para mí el exilio es eso, mucha valentía, también mucha incompreensión por parte de muchos porque a pesar de que puede haber empatía es difícil ponerse en los zapatos de alguien que le tocó vivir la dictadura o alguien que tuvo que salir de su país por ella, pero creo que además de ser valientes tienen mucha relevancia porque son testimonios que ayudan a que no vuelva a pasar.

*¿Cómo es la integración familiar en el exilio? Desde tu perspectiva, ¿cómo se teje la base familiar del exilio?*

El tejido que se generó cuando llegan los exiliados fue entre ellos. Esos eran los tíos, esos eran los abuelos, así como yo tengo tíos que no son de sangre, pero acá era un vínculo más robusto, porque era lo único que podía haber, porque eran personas que habían vivido lo mismo que tú.

Elías se siente mucho más vinculado con este otro tejido que se dio aquí en México. Primero, porque son sus raíces, raíces mezcladísimas, porque tienen mil cosas, pero son sus raíces. Entonces, lo que



rescato es la calidad de las personas que forman nuestra red de apoyo, nuestra red familiar, porque siempre han sido muy solidarios, y al ellos entenderse tan bien, cuando Elías y yo empezamos a andar, y luego a hacer una familia, no costó trabajo porque todo es lo mismo. Entonces cuando Elías regresa y va a una escuela de retornados, es un lugar familiar, es un lugar que conoces, es un lugar seguro. Y algo similar me pasa a mí. Yo me siento feliz y en paz de hacer y deshacer cuando estoy con mi familia, que no es lo mismo allá afuera, porque la vida no es así, la gente no es así, te puedes encontrar de todo. Pero éste es nuestro ambiente seguro. Mis tíos a su manera, mis papás a su manera, y mis suegros a su manera se comprenden, se solidarizan muchísimo, pero al final somos la misma familia, y eso es lo que a nosotros, creo que a Elías, a Zandra, a Pepe y a mi tío Nelson, les permite sentirse más que seguros, que pertenecen, en un país donde no nacieron, aquí se les ha dado todo, aquí nacieron sus hijos, aquí fueron a la universidad, su vida profesional, qué sé yo. Entonces, el sentido de pertenencia, creo yo, es lo unificador de la familia de lo que Elías consideró en la infancia como tal, eso era pertenecer a algo, que era una comunidad de chilenos que tenían empatía, que regresaron de ciertas situaciones, y que al día de hoy, como que se replica el sistema. Estamos en un lugar con un ambiente enriquecido, solidario, pero al final pertenecemos, porque nos reconocemos entre la gente que está ahí; ése sería el elemento: la pertenencia.

*¿Encontraste muchos beneficios del exilio chileno?*

Te voy a contar que en nuestra boda nos escribimos unos textos, él al final no pudo hablar, no pudo decir ni una palabra. Nos casamos el 14 de septiembre de 2013. Una boda muy *hippie*, como parte de lo que nosotros estamos acostumbrados. Elegimos ese mes por ser el de las fiestas patrias, y de Chile su gente podría venir a la boda. Pero esas fiestas patrias son el 18 de septiembre. Nosotros tenemos nuestro puente patrio el 15, pero también está el 11 de septiembre; en el momento de la ceremonia, de hecho hago alusión a que nuestra historia se escribió muchos, muchos años antes, porque Pepe se metió a la embajada de México, y mi tío decidió venir, ellos regresar, etc. Al final, no es que yo le veo beneficios, sino que definitivamente la suma de decisiones y de hechos es lo que hoy me permite estar con alguien muy centrado, crítico, y que además nos queremos mucho y tenemos una dinámica padrísima de pareja, pero, yo diría que todo el contexto nos ha enriquecido mucho. La primera vez que salí del país fue a Chile; esto de conocer otras culturas, otros países sí te abre nuevas posibilidades. En mi boda hice alusión a eso, y de hecho había mucha gente del exilio ahí, muchos de los tíos chi-

lenos de Elías que viven aquí, pues. Nada más creo que pudo venir uno o dos amigos suyos de allá, además de Matías y su mamá. Sí hice alusión por que es real. Si no hubiera pasado eso...

*¿Qué te gustaría que pasara con esta entrevista?*

Quedan las memorias. Eventualmente, esas memorias quedarán no sólo para mis sobrinos que están en Chile, y se van a enfrentar a una sociedad que omite esto por completo, una sociedad muy polarizada y diferente a la mexicana, y, por ejemplo, cuando hablamos por videollamadas les mostramos: “mira, esto es una tortillería”, y suena el ruidito de la máquina y todo eso, porque al final ellos son mexicanos, su papá les va a dar la nacionalidad cuando sean un poco mayores. Entonces esta parte de la memoria y de su historia es una pieza del rompecabezas que me da gusto que se quede para la posteridad, con el trabajo que hacen en Memórica.

*¿Cuál es la diferencia de aprender del golpe militar en Chile por la familia respecto a la escuela?*

Yo fui a una escuela de exiliados, al Colegio Madrid, que es de exiliados españoles. No recuerdo que nos dieran una cátedra del exilio chileno, pero sí del exilio latinoamericano. Se hablaba del exilio en general, del exilio español, de Lázaro Cárdenas, que fue el que promovió muchísimo la acogida de muchas familias con esos brazos tan abiertos, y de cómo se ha enriquecido México por políticos, arquitectos, escritores, porque traen cosas muy valiosas; es como si nosotros vamos a otro lado, a pasear o lo que sea, vamos a enriquecer con nuestra cultura, con lo que nosotros sabemos.

En el Colegio Madrid tienen la verbena, que es un evento que se hace año con año, y que nació justamente por el exilio chileno, no el argentino, no el español. Cuando viene el exilio chileno, evidentemente el Colegio Madrid abre las puertas, y para pagar los gastos de las familias, más colegiaturas, se organiza la verbena, y todos los fondos que se recolectaban eran para las familias del exilio chileno. Además, Elías no había nacido, pero muchos de los que vinieron con niños chicos la mayoría de ellos fueron al Colegio Madrid porque tenían esa puerta abierta. La verbena se sigue haciendo, aunque ahora es para apoyar la campaña de alfabetización que tiene el Colegio, y para apoyar al Comité de Becas. Yo creo que, por ese lado, sí hubo un flujo de información para que generáramos nuestro propio criterio. Se nos habló mucho más del exilio español en ese sentido, porque cantábamos el himno republicano, entendíamos esas diferencias, pero además que los amigos de mi escuela, la mayoría

eran nietos de exiliados españoles, entonces era normal que alguien viniera y te dijera: “mi abuelo es catalán, y vino porque no sé qué”. En ese sentido, creo que estuve expuesta al exilio. En casa por las noticias, los documentales, los libros, porque nos gusta mucho leer, como que se nutrió esa parte, y la diferencia acá es que es de viva voz, la experiencia de Pepe, la curiosidad que yo he tenido de preguntarle a Elías. También él tiene esa necesidad y esa hambre de mostrarlo, y entonces me invita cada que puede a ver un documental. A él le gusta, a mí me llama la atención, y hago preguntas, y uno piezas del rompecabezas general que no sólo tengan que ver con su familia, porque estuve expuesta.

En mi generación no recuerdo que hubiera chilenos de nacionalidad. Eso sí, los padres de mi mejor amigo de esa etapa eran chilenos y vinieron con el exilio. Hubo personas chilenas muy pocas generaciones arriba de la mía, que al final son primos, amigos cercanos de Elías; incluso una de ellas da clases de Artes Plásticas en el Madrid, Carolina Arias, también hija del exilio chileno. Cuando fue lo de Ayotzinapa los chavitos organizaron una muestra plástica al respecto. Imagínate un niño de secundaria teniendo esa exposición a la información y el criterio; Carolina siendo Carolina; es ahí donde en ese tipo de cosas va enriqueciendo el exilio. Creo que eso puede pasar en una escuela como la que tuve, pero al final si yo no hubiera estado en ese colegio, el tipo de núcleo crítico con el que yo crecí tal vez me hubiera permitido estar expuesta, pero de otra manera, a este tipo de cosas.

*¿Cómo son los chilenos respecto a hablar del exilio?*

Yo creo que vuelvo a lo mismo. Era un lugar seguro, porque estás en una escuela con cierta tendencia, con cierta ideología, con cierta historia, con cierto *background* de toda la gente que está ahí; no todos son nietos, pero al final es la tónica, es un lugar seguro.

Al exilio le vas dando significado después. Con cosas que dicen, con comentarios, vas uniéndolos; como mis suegros, no es que se sienten y lo platicuen, no es un capítulo que ellos digan vamos a sentarnos a platicar porque hoy tengo ganas. Es duro, es doloroso, no es solamente generacional el tipo de herencia transversal, horizontal, que pueda haber ahí sobre tu historia, sino que además convergen muchas cosas.

*¿Cuál es la importancia de hablar del exilio chileno?*

Fui a un congreso de educación hace unos años, y vino un argentino a hablar de los nazis. Me quedó muy grabado algo que dijo: “las alarmas no sonaron”. Todo eso que hizo Hitler no fue de un día para otro, fueron un montón de cosas que debieron haber sonado y levantado las *red flags*,

muchísimas cosas que terminaron en eso; es decir, hablar de la historia, no sólo del exilio, sino de otras cosas, no sé, de las bombas atómicas, de Hiroshima, hablar de las cosas ayuda a que detectemos esas pequeñas alertas, esas pequeñas cosas que no están bien, ese exceso de la fuerza, ese atropellar los derechos humanos, todo eso que fue el golpe y el exilio.

En esa palabra estamos englobando un montón de cosas: derechos humanos, desaparición forzada, un aparato represor, todo eso se dice en seis letras, pero cuando hablas de ello para que quede esta memoria es para que eventualmente la gente que lo vea sepa reconocer las alertas, porque no debe suceder nunca más, en ningún país, algo así, sólo porque se piensa diferente, sólo porque se busca el bien de una persona; en el caso concreto de la sociedad chilena antes del golpe, se trataba del bienestar social, es lo que se buscaba, por más ideologías comunistas o no, son ideologías, y eso bastó para todo lo que se desencadenó en el golpe. Si lo piensas, en toda la discriminación y racismo que hay en Estados Unidos, ahí están las banderitas, y si no las sabemos reconocer y ponerles alto, pues...

*¿Cómo podría contribuir la memoria del exilio?, ¿qué puede hacer la sociedad?*

Como mexicanos, sentirnos orgullosos de la política de relaciones exteriores que siempre ha apoyado y ha abierto los brazos no sólo a los chilenos sino a muchas naciones cuando esto se trata de unidad.

Esta memoria es importante porque no todos han leído o han escuchado, o han tenido cercanía con esta información en particular; el hecho de reconocer que en la parte de relaciones exteriores siempre ha habido mucha congruencia, muchos personajes, el impacto que tuvieron ellos al llegar a la cultura mexicana, enriquecer, ser parte de comunidades de investigación, etc. Si eso ya trascendió ahí, lo que ustedes están haciendo es perpetuarlo, es decirle a la gente: “todas esas personas son valiosas, no vienen a quitarte un puesto”, cosas que existen en un discurso de odio. Es la gente que llega por muchas razones.

Hay que dar a todo su justa medida; el impacto que tuvo el exilio en México, en su cultura, en su prosperidad, en la investigación, las artes, eso es enriquecer. Uno de los premios Nobel que tuvo México tuvo que ver con un tratado de paz entre las naciones, que es el Tratado de Tlatelolco, y decir no a las armas nucleares. México es un país que le abre las puertas a todos, sin importar la ideología política, es más humano, estamos recibiendo a una persona no a una nacionalidad. Todas las naciones deberían voltear a México como ejemplo.

Elías es mexicano, nació aquí, su cultura, sus raíces están aquí. Él fue a la primaria aquí. Lo primero que escuchó, como nacional, que nos inculcan de niños, no en nuestros hogares, fue de México, no de Chile; el Himno Nacional Mexicano fue el primero que cantó. Mis suegros y Elías desde la mañana están viendo noticieros chilenos; hay un vínculo que no van a cortar nunca. Aunque mi cuñado regrese, nunca se va a cortar ese vínculo porque es parte de la pertenencia. Elías pertenece a México.



Patricio Palomo dibujando en Francia, 2019.  
Colección particular de P. Palomo Fuentes, Francia, 2019.

# Patricio Palomo Fuentes y Brigitte Calame\*

*El golpe militar del 11 de septiembre de 1973, y la salida de Chile.*

En la época del golpe yo trabajaba como diagramador en *El Siglo*, que era el periódico del Partido Comunista (PC). Recuerdo que en esos días estaba todo paralizado en el país y no había cómo movilizarse. Entonces en el diario, cuando terminábamos tarde, nos llevaban en auto a la casa. El lunes 10 terminé después de medianoche, y antes de salir del diario, en una especie de clóset donde guardaba mis cosas, vi que estaba mi carnet de militante del PC y pensé “lo dejo acá”. Lo dejé. Me llevaron a casa.

El 11 por la mañana, mi padre entró a la pieza y me dijo: “parece que están bombardeando el centro de Santiago”. Como había llegado tarde, no me desperté temprano. Me levanté, no sabía lo que pasaba. No teníamos teléfono en la casa. Había que ir a un negocio a llamar, y tampoco se podía porque estaba todo cortado. La radio emitía bandos militares. Entonces decidí ir a buscar a Nelson, mi hermano menor, que estaba en la escuela primaria que quedaba a unos 10 kilómetros de la casa. Me fui a pie, no había locomoción. Atravesé la Quinta Normal, donde estaba la Universidad Técnica, que estaba tomada por los estudiantes. Llegué a la escuela Salvador Sanfuentes y el director, que estaba esperando el allanamiento, me dijo que los alumnos se habían ido a las casas de los profesores y me dio la dirección de la maestra de mi hermano. Fui a buscar a Nelson, que tenía 12 años. Me sentía desorientado. Pasamos por el antiguo taller de mi padre donde en ese momento

\* Entrevista a Patricio Palomo Fuentes y Brigitte Calame. Entrevistador: Alejandro González Franco, 21 de mayo de 2023. Nota: realizada a través de Zoom, Francia-México.

trabajaba un zapatero comunista, amigo de la familia. Nadie entendía realmente lo que estaba pasando. Con Nelson nos fuimos de vuelta a casa. Supimos al llegar que había estado de sitio. Estuvimos como tres días encerrados, no se podía salir, y lo único que podíamos hacer era quemar libros y revistas.

Me acuerdo que mi padre en las noches quemaba revistas de a poco, y las tiraba en el baño, pero había tal cantidad que era difícil. La posibilidad de que te encontraran con esas revistas podía terminar en fusilamiento. Bueno, así estaba la cosa. Estuvimos encerrados, no recuerdo bien, pero parece que fueron tres días. Me acuerdo que mi madre encontró una caja de balas que a mi padre le habían dado como regalo. Mi hermano Manuel, militante de las Juventudes Comunistas, quería llevársela, y yo le dije que no, que si nos agarraban con esa caja era fusilamiento directo. Entonces mi padre se metió las balas en el bolsillo y fue a las vías de tren, que iba hacia el sur, a tirarlas, como el Pulgarcito. Las dejaba caer mientras caminaba, para no llamar la atención. Ahí se encontró con pistolas y balas, y cosas así, que la gente iba a botar para deshacerse de ellas.

Luego, durante un tiempo, mi hermano Manuel, que tenía 17 años, no se apareció por la casa. Mis padres estaban preocupados. Los militares allanaron la mayoría de la población, pero no la cuadra donde vivíamos porque estábamos en un sector donde había muchos “pacos” y “milicos” jubilados y eso nos salvó del allanamiento. Nadie nos delató.

Uno se siente totalmente descontrolado porque no hay contacto con nadie, con nadie en quien uno podía contar. Yo me fui a la casa de unos tíos, un poco para prevenir; unos tíos que viven no muy lejos, y ahí estuve esperando. No podía salir, nadie podía verme porque si los vecinos de ese barrio se daban cuenta de que no era de ahí había la posibilidad de que me denunciaran. Después estuve dando vueltas. De repente salía hacia el centro para ver si me encontraba a alguien de confianza por las calles. No era pertinente ir a la casa de amigos porque también te podían agarrar. Recuerdo que en casa de los tíos estuve más de un mes. Un día llegó la tía Aurora, que tenía la Casa de Cristal, un prostíbulo en Rancagua, cerca de la zona minera. Llegó con dos chiquillas y me propuso que fuera a “fondearme” en su casa porque allá, según ella “no pasaba nada”. O sea que no iban a allanar su casa porque ella tenía buenas relaciones con los milicos, ya que muchos de ellos eran sus clientes habituales. Obviamente que yo no podía aceptar esa oferta que, sin duda, hubiese cambiado mi vida (ja, ja, ja).

Luego llegó Navidad y Año Nuevo. La Navidad más triste de mi vida, pero estaba Guillermo con su esposa Pastora que se habían entera-





En la redacción del diario *El Siglo*. Navidad, Pancho Cataldo, detrás, periodista, Pedro Callejas, diagramador con pistola y otros.  
Colección particular de P. Palomo Fuentes, Santiago de Chile, 1972.

do del golpe de Estado cuando estaban viajando por Europa después de haber trabajado tres años en Australia.

En febrero de 1974, en pleno verano, recuerdo que mi madre estaba con Nelson y mi hermana en Cartagena, un balneario popular, al que siempre íbamos. Me fui a despedir de ellos, porque yo había decidido irme a Buenos Aires. De Mendoza a Buenos Aires para prevenir, porque mi idea era volver rápidamente a Chile, pensando que la cosa iba a durar poco. Entonces me fui a despedir de ellos, después me fui a despedir de mi padre. Mi padre se quedó llorando.

Poco antes, en el centro de Santiago me encontré con Ulín, un fotógrafo del diario. Me encontré con él, y le conté que me iba a Mendoza y él me dijo: “pero vámonos juntos”. Él tenía una amiga chilena casada con un gendarme argentino de Mendoza. Así que nos fuimos el 12 de febrero en autobús, que era lo más barato. Yo tenía algunos ahorros y recuperé las cotizaciones de los Fondos de previsión de los empleados públicos, renunciando a mi futura jubilación. Con Ulín, por razones de seguridad, habíamos quedado que cada quien viajaba solo y que no nos conocíamos. Pasamos primero la aduana chilena y policía internacional sin problemas. Luego, cuando nos tocó entrar a Argentina, yo pasé mis papeles, sin problemas, y me subí al bus, pero el bus no arrancaba. Al cabo de un rato un pasajero me dice: “parece que han detenido a alguien”. Entonces bajé a ver lo que pasaba y al entrar al edificio escuché que me estaban llamando por los parlantes. Ahí nos trataron como delincuentes, porque el gendarme nos decía que nosotros íbamos a robar en Argentina. Nos pidió que le mostráramos los brazos. Quería averiguar si teníamos cicatrices, si teníamos marcas en los brazos. Al final, el jefe nos dice: “¡van de vuelta a Santiago! ¡Los dos!” Eso significaba que si nos íbamos de vuelta nos agarraban directo. Entonces Ulín le dice: “es que yo voy a casa de un gendarme que está casado con una amiga chilena”; el jefe de la aduana y de la policía le contesta: “que llamen, si es cierto, pasan, si no, van de vuelta a Chile”.

Obviamente atendió la chilena, que explotó: “¿que qué pasa?” Lo subió y lo bajó, así que al final nos dejaron pasar. Pero, hacía dos horas que el bus ya se había ido. En ese momento, le dije al gendarme que tenía que solucionarnos el problema: “usted nos dejó acá y ahora tiene que buscar a alguien que nos lleve a Mendoza”. Ahí nos metieron en una camioneta. Una camioneta abierta, así que nos morimos de frío. Llegamos a medianoche a Mendoza; por suerte era verano. Ahí estuvimos unos días, porque la idea era llegar a Buenos Aires donde teníamos contacto con una tía de Zandra, la esposa de mi hermano mayor, Pepe. Rápidamente encontré trabajo en un taller de mueblería. Yo había estu-

diado mueblería en el liceo industrial. La empresa era de un chileno que se había escapado al llegar Allende al poder. La empresa se había deslocalizado por temor a la llegada de los comunistas. En aquel entonces, la gente que se había creído la campaña de terror, los mejores artesanos, se habían ido a Buenos Aires. Al final encontré trabajo ahí, y después poco a poco empecé a tener contacto, a través de la gente del Partido, con periodistas argentinos que había conocido en el diario *El Siglo* y con exiliados chilenos.

Al cabo de cinco meses, en el taller tuve un accidente con una máquina y casi quedo sin dedo. Ahí decidí volver a lo que yo sabía hacer. Entonces conseguí trabajo en *La Calle*, un diario a través de estos amigos del PC argentino. Estábamos en la última época de Perón, una época bien jodida, había mucha represión y asesinatos. Ese diario duró tres meses, lo clausuraron cuando murió Juan Domingo Perón, y que asumió su esposa Isabel con la triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Empezó un ambiente de persecución. Además, después supimos que existía el famoso Plan Cóndor, en el que todas las policías del Cono Sur estaban organizadas para reprimir, asesinar, eliminar a la gente de izquierda.

Yo conocí a una argentina. Andábamos siempre juntos, la idea era cuidarse y no andar solo porque uno podía desaparecer sin dejar rastro. Tenía el teléfono de un abogado argentino, por si acaso. Los chilenos trataban de no juntarse en los lugares públicos. Dejé de ir a los cafés en el centro de Buenos Aires porque ahí se juntaban los exiliados y nos podían agarrar. Ahí, yo estaba sin trabajo y decidí que había que salir de Argentina. Ya sabía que no podía volver a Chile porque estaba fichado. Conseguí nuevamente un trabajo. Durante un mes fui cartógrafo del diario *La Opinión* de Buenos Aires.

Mi hermano Pepe me mandó un contrato de trabajo de México, del diario *El Día*, y un pasaje. Para poder entrar a México tenía que tener un contrato. El día que traté de salir de Buenos Aires, en el aeropuerto otra vez me dejaron abajo del vuelo, no sé por qué. Al otro día fui al centro, a la gendarmería de Buenos Aires; fui acompañado, por supuesto. El tipo que me recibió en la gendarmería me dijo: “¿por qué lo dejaron abajo?” Le respondí: “No sé, yo tengo los papeles, todo al día”. El tipo llamó al aeropuerto, bajó y subió al funcionario que me dejó abajo, y ahí pude tomar el vuelo hacia México. Entretanto, mi hermano Pepe, como las condiciones en Buenos Aires eran de vida o muerte, pensaba que me habían desaparecido. Traté de comunicarme para avisarle que no viajaba, pero no pude hablar con él y prevenirlo del cambio de vuelo.

*¿Tenías contacto con tus familiares en Santiago?*

La verdad es que había que tener mucho cuidado. Mi hermana viajó de Santiago y nos vimos en Buenos Aires. Pero en esa época el contacto era difícil; por teléfono era complicado. Teníamos contacto a través del correo, pero tampoco era fácil, había que estar preocupado de la censura. Podían abrir las cartas. Eso sucedió cuando le mandé, desde México, una carta a mi madre con la radiografía de mi dentadura. Como chiste le escribí que era para que me conociera por dentro. Esa carta llegó abierta y con el sello de la censura.

*¿La visa para México era de trabajo o de asilado político?*

No, era de trabajo. El FM2 que duraba un año y que había que renovarlo todos los años, pero yo tenía derecho a trabajar porque tenía un contrato con un diario. Al salir de Chile, yo no tenía programado llegar hasta México, aunque mi hermano Pepe y su esposa ya estaban instalados en el DF.

*¿Tú buscabas regresar a Chile?*

Mi idea era regresar a Chile, pensando que Pinocho no iba a durar mucho, pero las cosas se fueron transformando.

*¿Cuando decides viajar a México, ya te estabas convenciendo de que la dictadura duraría mucho tiempo?*

Uno siempre está con ganas de regresar, pero bueno, a raíz de todas las relaciones del Plan Cóndor que todas las policías estaban organizadas para agarrar gente, entendí que no era posible regresar. Además, uno entraba a formar parte de una lista negra, la lista con la que ya no podías volver a entrar a Chile. Incluso Pinochet, a algunos exiliados importantes les quitó la nacionalidad, o sea, fueron apátridas.

*¿Tienes conocimiento de la existencia de estas listas negras?*

Recuerdo que un amigo en París me contaba que había chilenos que te tomaban preso, eran en un principio de la DINA [Dirección Nacional de Inteligencia]. Los agentes secretos que se desplazaban por todas partes, te agarraban y te desaparecían. En Brasil fue muy terrible eso, hubo una masacre de chilenos.

*¿Te sentías inseguro en México?*

Como trabajaba en diarios... Yo trabajé en el *unomásuno*, tenía cierta protección respecto a Chile, pero, al mismo tiempo, como extranjero no podías participar en cosas de nivel nacional en México. No podías

estar en partidos políticos mexicanos. Así que, por ese lado había que cuidarse, pero en ningún caso yo sentí una represión directa por ser extranjero.

Como yo trabajaba en un diario, me sentía de alguna manera protegido. Yo me acuerdo una vez que en Gobernación tenían todos los papeles míos y los de Pepe, mi hermano mayor, revueltos. Había una confusión porque él se llama José Patricio y yo Patricio Bartolomé Palomo, y trabajábamos en el mismo diario. Me acuerdo que fueron dos agentes a mi casa y me pidieron el FM2; se los mostré y uno de ellos me dijo: “¡ah está bien!, si no hubiese tenido que acompañarnos”.

*¿Qué tipo de notas realizabas en la prensa?*

Yo era grafista, trabajaba como diagramador y hacía afiches. Yo recuerdo que en *El Día* recuperaba todos los télex sobre Chile. Recuperaba todo lo que las agencias de noticias publicaban sobre Chile, todo lo que no ocupaban, y se lo pasaba al comité de la Casa de Chile, entonces era una forma de ayudar y tener una información más amplia. Por otra parte, hacía afiches, portadas de libros, y al final, me acuerdo que empecé a escribir notas en el diario *unomásuno*. Iba a los conciertos de Ángel Parra, Patricio Manns, y les hacía las notas; yo lo hacía sin ninguna intención de cobrar. Trabajé siete años en el *unomásuno*, que para mí fue un proyecto fantástico.

En *El Día* tuve problemas laborales porque llegué a ese periódico con un sueldo superior al de la gente que estaba ahí. Me contrataron para cambiar el diseño del diario, y como llegaba de afuera y ganaba más, hubo tensiones con los mexicanos que me hicieron sentir que era extranjero. Por suerte tenía el respaldo del subdirector, que era el hijo del director, de Ramírez y Ramírez. Él llamaba al grupo que no estaba contento conmigo, lo retaba y lo chingaba, pero para mí no era agradable trabajar en ese ambiente. Por suerte apareció ese proyecto del *unomásuno*. Un periodista argentino me dijo que estaban recibiendo gente y me fui a presentar al subdirector, que era Carlos Payán. Él conocía a Pepe Palomo, pero no sabía que tenía a un hermano diagramador. Payán me conectó con Pablo Rulfo, el hijo de Juan Rulfo, que era el diagramador y que fue quien creó el logotipo de *unomásuno*; era encargado de la parte gráfica. Rápidamente hicimos conexión. Pablo había recibido una beca para ir a París, entonces estaba desesperado buscando a alguien que pudiera remplazarlo. Ahí me subieron el sueldo, y participé en ese proyecto nuevo.

En el *unomásuno* participé en el sindicato. Era una forma de estar presente. Poco a poco comencé, como se decía, a abrir las maletas, a

instalarme en México. Porque muchos chilenos seguían con todas las imágenes nostálgicas de Chile, la cordillera, las empanadas, el clima privilegiado, en fin, con clichés, con esas cosas chauvinistas. Yo me dije: “¡Viva México! Voy a aprovechar para conocer México, a los mexicanos, a viajar”, y empecé a interesarme por ese país que me acogía. Además, siempre estuve agradecido con el recibimiento de México. Realmente con nosotros se sacaron un 10. Yo empecé a tener contacto con mexicanos, con gente que me interesaba. Ahí conocí a mi esposa [Brigitte Calame] y nuestro hijo mayor nació en México, en 1983.

En esa época, periodistas chilenos volvieron a Chile porque había una política de “retorno”. Era la época en que había muchas protestas en Santiago, había un ambiente en el que te daban ganas de volver. Pensé: “¿Qué hacemos en México? Estamos bien, con buen sueldo, pero acá uno no puede participar en la vida sociopolítica del país”. Al principio mi compañera no estaba muy entusiasmada con la idea y de a poco la convencí.

ACNUR [Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados] ofrecía pasajes gratis en aquel entonces a los chilenos que querían regresar a Chile. Entonces un amigo que era periodista, Mario Gómez López, que se había vuelto a Santiago, se encargó de averiguar si yo estaba en las listas negras de Pinochet y me dijo: “ya no estás en las listas, no hay problema, vente”. Y bueno, traté de organizarme con mi esposa. Yo creo que fue un poco difícil para ella llegar a un país en dictadura, además en condiciones económicas no muy agradables.

Había gente que estaba en la lista pero que igual trataba de volver. Militantes tomaban el avión, para presionar, y al llegar a Santiago los volvían a echar. Pero era una forma de estar presente en los medios de comunicación internacionales. En nuestro viaje de retorno, en agosto de 1984, hicimos escala en Bogotá porque viajamos con la compañía Avianca, una línea colombiana. Había tres exiliados del PC que trataban por tercera vez de ingresar a Chile; eran periodistas, gente de radio, y yo los conocía. Entonces recuerdo que en el avión, donde todavía se fumaba, se me acercaron y me dijeron: “tenemos un comunicado de prensa”. Me entregaron un escrito. Sabían que llegando a Chile los agarrarían, los expulsarían o los relegarían. La idea era que no pudieran desaparecerlos.

El comandante del avión recibió en pleno vuelo un llamado de la policía chilena con orden de no aterrizar con esa gente en Santiago. Él contestó que el que mandaba en su avión era él y que iba a aterrizar y que nadie podía allanar su avión. Nos comunicó a todos los pasajeros lo que había negociado: aterrizaríamos en Pudahuel, pero en una

parte alejada de la llegada principal, y que los tres pasajeros indeseados saldrían primero del avión. Nos despedimos de ellos con preocupación porque no sabíamos lo que les iban a hacer. Por la ventanilla vimos que metieron a dos de ellos en un pequeño avión y al tercero en otro. Supimos después que los habían relegado hacia el norte y el sur del país. Era como estar preso, porque eran regiones donde no se podía escapar, era en el desierto o en islas del fin del mundo.

Recuerdo que bajando del avión había manifestaciones. Era un día frío y gris. Todo estaba inundado. Estábamos en pleno invierno. El aeropuerto estaba lleno de milicos y había manifestantes y sobre todo periodistas. Entonces me acerqué a Patricia Verdugo, que trabajaba en la revista *Hoy*, y le dije “aquí está el comunicado de la gente que relegaron”.

La cosa estaba muy movida en esa época. Llegamos primero a instalarnos en casa de mi mamá, un barrio muy proleta, popular, y ahí tratamos de encontrar trabajo, aunque era difícil, porque hacía 10 años que yo trabajaba en el extranjero, y después de 10 años la gente te olvida. Como dicen en México: cuando uno se mueve, no sale en la foto. Hay que estar ahí siempre.

Brigitte tenía una corresponsalía. Como su padre era suizo, tenía unos familiares que trabajaban en la radio y televisión suizas y le consiguieron una corresponsalía. Con eso podíamos un poco “parar la olla”, porque yo realmente a nivel de contrato tenía que empezar de nuevo, tenía que conseguir trabajo. Pero rápidamente, gracias a Mario Gómez me dieron trabajo en *Cauce*, la primera revista de oposición a la dictadura. Se había levantado un poco la censura contra la prensa. Después, amparados muchas veces por la iglesia, periodistas empezaron a sacar libros que denunciaban las violaciones a los derechos humanos.

En *Cauce* trabajé de fines de agosto a octubre porque Pinochet volvió a establecer el Estado de sitio y la censura total. Durante ocho meses trabajé en forma clandestina, sacando la revista, fotocopiándola y distribuyéndola a suscriptores que nos apoyaban económicamente. Obviamente no había sueldo. Además, pasábamos yendo al cementerio a enterrar colegas muertos, represión, degollados, quemados. Así funcionamos en medio de protestas, de esperanzas y de temor. Tratando de adaptarnos a la situación, que no era nada fácil, pero igual tuvimos dos hijos más en Chile.

*¿Cuánto tiempo permaneces en Chile?*

Ocho años. Hasta que llegó “la alegría”, la transición a la democracia negociada con el Departamento de Estado norteamericano y el Vaticano. La gente que regresaba era considerada como extranjera. Algunos nos

envidiaban. Había resentimiento por parte de los que no habían salido y que tenían la sensación de que nuestro exilio había sido dorado, como si en el exilio todo hubiese sido maravilloso. Cuando en realidad, cuando te arrancan de tu país te obligan a vivir lejos de él, es algo muy doloroso. Hay un sufrimiento que se traduce de diferentes maneras: muchas parejas se separaron, muchos cayeron en el alcohol, algunos se suicidaron.

Pero, en todos esos años de dictadura, el país había cambiado mucho. Mucha gente que retornó a Chile se volvió a su país de exilio porque no soportó el nuevo Chile, que no correspondía al Chile que habían dejado, algunos 17 años antes.

En Santiago nos quedamos ocho años. Los últimos años trabajé en un nuevo diario que se llamaba *La Época*, que era de los demócratacristianos. La DC había participado en el golpe y estaban tratando de limpiar su imagen y recuperar el poder. Entonces ahí también yo me metí al sindicato. Me peleé con el gerente; el tipo no nos pagaba los sueldos. So pretexto de que luchábamos por la democracia, nos explotaban. Así que no soporté y me fui sin siquiera despedirme.

Llegó “la alegría” cuando Pinocho se fue, pero para nosotros que asistíamos a los “arreglines” entre los políticos, el país se había transformado en algo que no nos gustaba. Brigitte ya estaba cansada del ultraliberalismo y no soportaba la idea de que nuestros hijos crecieran en ese país que Pinochet había logrado transformar totalmente.

*La salida a Francia fue decidida por ustedes, no es una salida obligada.*

Salimos con la idea de que volveríamos. Queríamos respirar un poco. ¡El sistema económico en Chile era sálvese quien pueda! Como sigue siendo ahora, con la privatización de la educación, de la salud, con los fondos de pensiones...

Pensábamos estar un par de años acá [en Francia] y volver a Chile, pero cuando uno tiene tres niños, el ir y venir se vuelve más complicado.

*La segunda salida de Chile fue a Francia.*

Sí, porque acá está la familia de ella. Yo cambié de vida, porque al llegar acá yo no manejaba el francés, y además no queríamos irnos a una ciudad grande. Aquí vivimos en ciudades chicas en el sur, y un poco para que los niños tuvieran el colegio cerca, estar más cerca de ellos. En Chile teníamos una nana. Así que a los niños los veíamos en la mañana temprano, y en la noche, no podíamos disfrutar de ellos. Nosotros trabajábamos, andábamos corriendo todo el día.

Yo cambié de vida. Ciudades grandes ya no. Nosotros vivimos en el sur, cerca de Aviñón.





Patricio Palomo, Dibujos sobre el estallido, 2019.  
Colección particular de P. Palomo Fuentes, Francia, 2019.

*¿Han regresado a México?*

Para mí México siempre estará en mis recuerdos. A México fuimos en 2019, y dos veces antes. Mi hijo mayor estuvo un tiempo ahí estudiando. En 2019 nos encontramos con mi hermana María Inés y con su marido Antonio y viajamos juntos, justo antes del Covid-19. Fuimos a celebrar los 40 años de vida común. Con Brigitte nos conocimos en el 79. Tres años antes de que llegara mi hermano Nelson a México.

*¿Por qué creen que es importante rescatar las historias del exilio?*

Porque es parte de la memoria. La dictadura se dedicó a borrar la historia de Chile, y las generaciones de jóvenes no conocen lo que pasó antes del 73 e incluso lo que representó la dictadura. Aquí en Francia, también participamos en la recolección de testimonios. Un colectivo de chilenos



Patricio Palomo.  
Colección particular de P. Palomo Fuentes, Francia.

se dedicó a grabar los testimonios de los chilenos que están en Francia y esas grabaciones están en el Museo de la Memoria de Santiago, en Chile.

*Brigitte Calame:*

Más allá de la historia de Chile, lo importante es que la gente tome conciencia de lo que significa el exilio. En el mundo hay tanta gente que tiene que huir, desplazarse, por motivos de guerra, de hambruna, de dictadura, etcétera, que es importante que la gente sepa que cuando tú sales así, es una rasgadura, algo doloroso. Te cuesta muchos años aceptar tu nueva situación, el país en el cual estás.

Yo en verdad no viví el exilio. Mi exilio a lo mejor fue cuando estuve en Chile, viviendo bajo esa dictadura. Me fui a meter a la boca del lobo. Fueron años muy, muy difíciles, pero vivir bajo dictadura de alguna manera me permitió crecer personalmente y estar atenta a la situación de otros pueblos, de otra gente que a diario vive esa situación.



Brigitte Calame y Patricio Palomo.  
Colección particular de P. Palomo Fuentes, Francia.

Los sirios, afganos, los sudaneses, millones de gentes que están viviendo peor que eso, en campos de retención, en situaciones horribles.

Yo creo que es importante, más allá de Chile, que la gente tome conciencia de lo que puede representar el tener que salir de un país por razones políticas o por otras razones. Tomé conciencia del desarraigo. En México, Patricio no tuvo problemas con el idioma, habla español, tenía un oficio. Pero los que llegaron a Europa, para ellos fue mucho más difícil porque tuvieron que cambiar de idioma, de cultura. De alguna manera, México está en Latinoamérica. Bueno, obviamente que hay diferencias culturales, pero igual había cosas en las que los chilenos se podían reconocer. Eso fue mucho más difícil en otros países: el idioma era diferente, el clima, etcétera. México en un principio se portó muy bien con los chilenos, no así con los guatemaltecos, los salvadoreños, con otros pueblos que también vivían situaciones muy difíciles, o sea hay que tomar en cuenta todo eso.

Aquí en Francia quieren escoger a los que entran. A los que el país, el sistema, necesita.



# Nelson Feliciano Francisco Palomo Fuentes\*

## *Presentación.*

Soy Nelson Feliciano Francisco Palomo Fuentes, chileno de nacimiento; me encuentro en México gracias a mi tercer hermano mayor, Patricio, que tuvo la oportunidad de sacarme de Chile. Entonces, empezando, a los 12 años, antes de que fuera el golpe...

## *¿Tu edad?*

Ahorita, 61 años. Antes del golpe de Estado teníamos muchas condiciones, como la educación en la escuela básica, experimental, que yo llevaba, y teníamos acceso gratis, transporte, desayuno, dentista, deportes, música, salidas, y en el momento de que se cierra, o cae el golpe, nosotros estábamos más o menos a 24 cuadras del Palacio de La Moneda, porque era la misma calle que desembocaba al Palacio, veíamos que pasaban aviones, todo se estremecía, nadie sabía qué pasaba; se paraba la escuela, las maestras nos llevaban por aquí, por allá, veíamos camiones militares, no sabíamos qué ocurría entonces.

## *¿Era un día normal?*

Normal. A las 11 de la mañana.

\* Entrevista a Nelson Feliciano Francisco Palomo Fuentes. Entrevistadores: Alejandro González Franco, Rebeca Flores e Ivonne Charles, 25 de abril de 2023. Lugar: Hotel Stanza, Col. Roma, Ciudad de México.



Nelson Palomo. Fotógrafo: Damián Hernández Medina, 2023.

*¿Qué edad tenías en ese momento?*

Once, doce años. Yo vivía más retirado, lo que se llamaba en ese entonces Lo Valledor Norte, a espaldas del aeropuerto Cerrillos, y ahí hubo mucho desacato. Donde vivíamos, eran todos carabineros jubilados, pues ahí... a esconderse.

*¿Cómo fue ese día en la escuela?*

Yo iba solo prácticamente, una sola micro nos llevaba ahí; a veces tomábamos tren y caminábamos un par de cuadras, pero en ese entonces iba con mi hermano Manuel. Él ya había salido del Liceo; él estaba en la parte más reaccionaria.

*¿Cómo era la educación en Chile?*

La educación era laica y gratuita.

*¿Tú percibiste esta situación?*

Ese día llegamos normal. Yo fui a la escuela, saludamos, nos formamos y cada quien a su salón, así transcurrió. A las 11 hacen el “Plan Daisy”, que le llaman allá, que tocan una campanada para reunirnos en el patio, todos bajo la terraza, no sabíamos por qué y empiezan ¡zoom!, ¡zoom!, los aviones, los Hawker Hunters. Entonces, los papás que vivían cerca fueron por sus hijos; en mi caso una maestra, la maestra Marta, me llevó a su casa, a mí nada más. Mi familia ya sabía que yo estaba ahí con ella, entonces, cuando pasan las horas, como a las dos de la tarde, Patricio me va a buscar y nos vamos caminando. Cuando vamos caminando, saliendo del sitio donde estábamos, llega un camión militar y bajan y sacan a la maestra.

*¿Y qué hacen ustedes?*

No, pues calladitos y vámonos caminando, pero escondiéndonos. Recorrimos un buen tramo, la Quinta Normal, pasamos por la Universidad Técnica del Estado; ahí nos ocultamos un poco porque había balaceras, pero no sabíamos quiénes contra quiénes, y de ahí a caminar otra vez, caminar hasta llegar a la casa. Es largo el trayecto. Llegamos como a las siete de la tarde. Para ese sector estaba mucho más tranquilo, pero todo lo que era el centro, las tanquetas... no sabías ni qué.

*¿Cuál fue tu impresión al ver a los carabineros o militares sacando a la maestra que te resguardó en su casa?*

Ése fue el parteaguas porque te das cuenta que cuando niño uno quiere ser militar y hacer todo ese rollo, cuidar a la patria. Todo lo que es en

contra y va en contra de uno eso es aniquilación, porque no creas que era venga por acá, sino a culatazos, patadas, a como van.

*No era algo que pudieras imaginar a los 11 años.*

Y se cae todo, y como a las siete de la tarde comienzan a anunciar los bandos por televisión, y los bandos son las prohibiciones; se prohibía a las mujeres usar minifalda, a los hombres el pelo largo y la barba, que no podían andar con ciertas cosas, ¿qué será?, con un radio portátil, cosas simples; pero como la radio también estaba agarrada porque había mucha apertura, entonces todas las radios fueron tomadas poco a poco. Era muy triste.

*En el tránsito de la casa de la maestra a tu casa, ¿cómo te sentías?*

Ibas sin saber, nada más como agarrado de la mano, “¡agáchate!”, pero ahora la gente que salía despavorida, los que estaban en la tienda, a comprar, o que estaba comprando en ese momento, los negocios comenzaban a cerrar. Nadie sabía qué pasaba.

*¿Y tu hermano qué te transmitía?*

Lo que pasa es que Patricio trabajaba en un periódico de izquierda. Bueno, todos, menos el segundo mayor, Guillermo, porque él tuvo la oportunidad, en 1970, de casarse e irse a Australia, regresando después del golpe, otra historia diferente. También totalmente cambiado, pero en el caso de Pepe [José] y Pato [Patricio], ellos sí estaban. Porque Pepe había ayudado a Pato a colocarlo, a trabajar; ellos sí huyeron porque estaban perseguidos por el hecho de hacer un trabajo como diseñadores en un periódico.

*La escuela.*

Mira, esta escuela nace en 1926. Ahí estudió mi padre, Bartolomé Palomo. Primero fue una escuela de puros hombres. Se llamaba Escuela Experimental Salvador Sanfuentes. Los alcances que teníamos como estudiantes eran muchos; por ejemplo, mi hermana María Inés, que estaba en la Universidad Católica, me metió al Conservatorio de Música, por parte de la Universidad Técnica del Estado yo iba a hacer deportes, gratis. ¡Hasta desayuno teníamos! Después de nuestras labores de escuela ya teníamos música o ciertos días de entrenamiento; yo hacía atletismo en esa época. Fuimos a varias partes, a recorrer el exterior de Santiago, a participar en competencias, pero todo eso te lo quitaron, ya no hay nada que hacer. La misma escuela a raíz de eso cambió los parámetros, entonces después de 1973 teníamos que cantar el himno nacional y el



himno americano, porque fue padrino... Protegieron en cierta parte, los americanos, esa escuela. Muchos maestros que nos dieron clase, que sabíamos que eran de izquierda, se fueron dispersando. Y otros se fueron callando. Después se gestaron los partidos políticos de los estudiantes, los “momios”, los de derecha, los de izquierda, había discusiones, peleas, peleas de barro; era tremendo; se fueron volviendo más estrictos.

*¿En tu casa, los hermanos que pudieron llegar cómo estaban, qué decían?*

Bueno. Mi papá estaba muy molesto. Mi mamá peleándose, y decía: “¡Bueno! ¡Pues aquí se acaba la familia!” Se acaba la familia porque las reuniones que hacían mis padres con la familia misma, independientemente de que tuvieran otro pensamiento político distinto, pues se fueron dispersando. Y dentro de las otras familias, de los vecinos, había denuncias, que el sobrino denunció al tío, y así. Parece que fuera por dinero, pero no, era por una conciencia, no porque me caes mal y punto.

*¿Cuántos años te lleva Pepe?*

19 años. A partir de ese cambio, en 1962, Pepe ya vivía solo. Patricio tenía 28 años y yo 12. Pepe andaba escondido porque al momento que estalla eso lo van a buscar a su casa. Yo supe de eso tres años después. Por teléfono, nos desconectamos. Había un primo, Manuel Morales, era el único que nos daba conexiones, así como la tía Violeta, que vivía en Rancagua, tenía la famosa Casa de Cristal, guardaba y protegía a ciertos del mismo gobierno de Pinochet. Protegió a mucha gente también. Había contacto de muchos lados, pero de la única manera que podíamos saber era por teléfono a través de mi primo, o alguna carta que llegara a otro lado.

*¿Cuál fue la reacción de tus padres cuando llegaste a casa?*

Pues se alegraron: “¡Qué bueno que estás en casa!” Ahí les comento: “¡vi esto...!” Y ellos me dijeron que no se podía hacer nada, que no había de otra.

*¿Cómo reaccionó tu hermano Patricio?*

De inmediato empezó a organizar lo que se iba a hacer, lo que se podía hacer, empezó a investigar.

*¿Patricio tenía noción de lo que estaba pasando?*

Bueno, también mi papá. Ahí se acabó todo. No había escuela. Una película podría durar hasta siete horas, por los bandos; eran puras prohibiciones. Y la racionalización de la leche, del pan, hacer filas, largas filas,

como si fuera una especie de canasta básica, pero ni siquiera llegaba a la canasta básica. Tenías racionadas 12 piezas para tantos, “cuántos son en tu familia, quiénes son”, “somos cinco, tres”. Por eso iba yo. Sabían que era de la familia Palomo. A mí no me decían nada, por eso iba yo. Pero había militares, había culatazos si te salías de la formación de la fila, otros que se peleaban y de ahí se los llevaban a encerrar.

*¿Así como tú, había varios niños que iban por alimentos?*

Sí, pero todos con caras de asustados.

*¿Ustedes perdieron trabajo, o cómo regresaron a la normalidad?*

Más bien dicho nos tuvimos que adaptar. Optar un poco por el silencio. Independientemente que en el sector donde vivíamos, mi papá ponía guirnaldas con los colores patrios, con la cara del Che Guevara, la hoz y el martillo, era una forma de demostrar “aquí estamos”; pero todo eso lo quitó, se quemó.

Muchas cosas, muy dolido, porque no se necesitaba tanto dinero, porque sabías que tenías para comer, tenías esto, tenías educación gratuita, había trabajo, no en abundancia, pero había trabajo. Mi papá tenía que ingeniárselas porque era plomero. Entonces él arreglaba una llave y descomponía otra para que lo volvieran a llamar, era una manera de poder sobrevivir y traer dinero.

*Tu familia es de izquierda, pero tu padre no militaba en ningún partido, ¿tu padre no representaba una amenaza para el régimen? ¿Hacía trabajos a los vecinos que eran carabineros?*

Sí. Lo llamaban. Eran vecinos viejos, entonces: “don Bartolo, se rompió la cañería”, y al rato iba a reparar. Pero sabían de las conexiones nuestras. Siendo de derecha optaron por la parte humana, por llamarlo así, se respetan las opiniones, porque si no pudieron delatarnos, decir que ahí estábamos. Ahí nunca entraron los militares porque era un sector de carabineros jubilados. O sea, todos pertenecían.

*¿Tus hermanos se quedaron sin trabajo?*

Pepe, obvio, Pato, obvio. En el caso de Manuel, él sí participaba en la Brigada Ramona Parra. Hacían pintas en las paredes clandestinamente, escuchaban música. Tenían su grupo de folclor, estilo Inti-Illimani, cosas así. Él sí militaba, era de hueso colorado. En el caso de mi hermana, pues ella prácticamente estaba terminando su carrera en la Universidad Católica. Después, a los años, Pinochet borró esas carreras. Borraron muchas carreras.

*¿Qué estudiaba tu hermana?*

Ciencias naturales y biología. Todas esas, como arquitectura, quedaron eliminadas. Cuando yo iba a postular a la universidad dije, “qué voy a postular”. Yo había estudiado construcción civil, que le llaman allá. En una escuela vocacional industrial que era lo más apto para como estaban las cosas. Porque si entrabas en la Universidad sabías que tenías que pagar 40 mil dólares al término, quieras o no, lo tienes que pagar al Estado. En el anterior régimen, con Allende, no había ningún problema. Podías estudiar, ibas a pagar, pero iba a ser la mitad o algo así, pero ahora ya no.

Actualmente, la hija de una amiga creo que debe 20 mil dólares, y hace cuatro o cinco años que salió de la universidad. La Universidad Técnica del Estado era gratis. En aquel momento nada crecía, nada se podía ejercer. Los que tuvieron oportunidad de salir, tuvieron un respiro más.

*Tu hermano Patricio tuvo que salir.*

Patricio salió a Argentina. Salió en 1974 de Chile a Argentina; y de Argentina salió para México al año siguiente. Él ahora vive en Francia.

*¿Cómo fueron esos días inmediatos al golpe?*

No puedes hacer nada y crearte algo que jamás va a suceder porque no sabes quién está en tu sombra. Es absurdo. Yo digo que fue como un secuestro nacional, porque todo cayó. Las noticias, los periódicos. Hasta 1986 seguían las persecuciones. Yo terminé en 81; y el 10 de abril de 1982 salgo para México. Porque Patricio habló con mi papá esa posibilidad, después me comentaron a mí, y mi mamá me dijo: “te vas para México”.

*¿Cómo es esa transformación? Tú en el golpe estabas muy joven.*

Mi madre, María Isabel Fuentes Quitral, de ascendencia mapuche, independientemente de que fue castrante, gracias a su rigidez había opciones de hacer cosas, que ahora cualquier joven de esa edad está con la tele: allá había que lavar los vidrios, sacar las cortinas, lavar las cortinas, lavar todo a mano, el piso, sacudir, arreglar las herramientas, todos los días esa actividad para yo tener ciertas horas libres, y en la medida en la que iban pasando los tiempos, con las restricciones, se fue ampliando un poco el rango. Obviamente fui creciendo, madurando un poco más. Por ejemplo, si había una fiesta, una tardeada, que empezaba a las 6 y terminaba a las 10, yo era el que le pedía permiso a los papás para que las hijas fueran a la fiesta, y después yo las traía de regreso y luego regresaba a mi casa; nunca disfruté de las fiestas porque me la pasaba dejando a las

vecinas. Hice mucho deporte, era una de las opciones que podía hacer, y ya estando estudiando empecé a hacer prácticas. Estuve trabajando en una compañía de bomberos para poder ejercer lo que había estudiado. Entonces termina eso, y ya me vengo para México.

*¿Por qué decides ir a México?*

En Chile, primero, no había dinero para salir; segundo, México fue una opción. Llegando aquí veo que no necesitan un arquitecto más, o sea, no hay manera. Ahí opté por el diseño gráfico, las artes gráficas. Pero lo que quería comentarte era que yo estuve trabajando y haciendo las prácticas en CESMEC (Centro de Estudios de Medición y Certificación de Calidad), que era una compañía de certificación de calidad; ahí trabajaba Guillermo, mi segundo hermano mayor, llegado de Australia a trabajar en esa gran empresa, él iba para gerente prácticamente; ahí hice la práctica con un arquitecto, no recuerdo su nombre, una persona maravillosa, que me enseñó muchas cosas que no había visto, y me gustó. Ésos son los-estira-y-afloja, y ahí estuve casi un año. Entre práctica y trabajo profesional. En México se me abría un mar de posibilidades de hacer cosas. Muchas cosas que ya se habían perdido. Empiezas a recuperar el hilo de lo que estabas acostumbrado. Claro, en diferentes dimensiones. Pero, llegando acá, me toca la devaluación, lo mismo... Aquí era más libre.

*De los 11 a los 20, ¿qué pensabas de tus hermanos Patricio y José? ¿Cómo veía tu familia la situación?*

Estaban preocupados. Llegaba una carta, por ejemplo, y la leía mi mamá o mi papá, para que supieran cómo estábamos, preguntaban por cada uno, y mi mamá, buena para escribir, se aventaba unas cartas de ocho páginas. Y contaba las preocupaciones, y el día a día, este día pasó esto, esto otro. Es como lo que nos hacía la escuela, no un diario de vida, sino qué pasaba el día a día, qué hiciste, qué es lo que te gustó, qué es lo que no te gustó. Un pequeño diario. Pero nosotros sabíamos muchas cosas, y no lo podías poner. Tenías que ser ecuánime: "Me levanté y me puse a hacer esto". No era como un ejercicio. Eran cosas que se hacían y que se pudieran ir al escrito.

*¿Era una autocensura? ¿Fue una persecución?*

Hasta 1986 seguían persiguiendo y escondiendo, asesinando y desapareciendo. Cuando vas viendo las noticias, es todo lo contrario... sólo se hablaba de que eran comunistas, comunistas, comunistas.

### *México es una posibilidad.*

Antes tenías libertad; si hubiéramos seguido, igual yo jamás hubiera salido de allá. Casi tienes las opciones de hacer, igual te cuesta un poco más, bueno, ahora, en el gobierno actual se están haciendo muchas cosas, en función de antes. Hay apertura, pero si esa apertura te la quitan de repente ya no tienes opción ni esperanza, entonces es como los caballos: tirar para enfrente. Varios amigos, en la actualidad, que no tuvieron otra opción, que serían cuatro años mayor que yo, tuvieron que meterse a la aviación, a la Marina. Tengo un compañero de esa época, Raúl Pérez Rivas, que vive en Canadá, él estuvo de cadete en la Marina, y me dice: “¡No, yo me aburrí, me cansé y me largué; no me ayudó en nada!”

En el 82, mi hermano Manuel ya había fallecido. El 1 de diciembre de 1981, bueno, se lo echan. “Lo amanecieron”, de acuerdo con un amigo de la familia [Marco], que se había investigado que no podían abrir esa puerta para abrir la carpeta de investigación, que mejor le paráramos ahí. Entonces, hay muchas versiones. Otros, que se había drogado; otros, que estaba alcoholizado; si alguien quiere continuar con la lucha no se va a ahorcar solo. Tenía 26 años.

### *¿La muerte de tu hermano fue un motivo para salir de Chile?*

El día que mataron a mi hermano Manuel, lo sentí, presentí que algo no estaba bien, porque fui a buscar trabajo, estaba en una entrevista de trabajo, el 1 de diciembre de 1981. Estaba cerca, haz de cuenta pasando el aeropuerto de los Cerrillos, era una fábrica de almacenar cosas, era mover cosas. Me vuelvo y decido irme a casa. Una vecina me dice: “algo le pasó a tu hermano Manuel”. Entro a la casa y mi mamá me dijo lo que pasó. “¡No puede ser!” Y de ahí fue empezar a investigar e investigar hasta que soltaron el cuerpo. Él vivía solo. Toda esa parte fue... quemarlo y vámonos.

En el caso de mi padre, él murió en mis brazos. 1978, sábado 8 a las ocho de la mañana. Todos los sábados tenía clase, y en la mañana, justo el día viernes, le había dicho yo a mi madre: “mañana no tengo clases”, pero ya el miércoles mi papá me llama y me dice: “oye, Nelson”, él estaba acostado, “te quiero decir que yo del sábado no paso”. Así fue, le dio un infarto el sábado a las ocho de la mañana. Ahí lo ayudé, yo tenía 16 años; mi mamá fue a buscar al médico militar, excelente persona, lo ayudó, pero ya no había que hacer.

De ahí, se rompió la familia. Mi papá era el que unía a la familia Palomo Fernández con la demás familia. Era el tío que juntaba a la gente, y a los parientes, ahí se dispersó la familia completa. Los primos

directos, Manuel Palomo Morales, que eran hijos de la hermana de mi papá, eran tres, Rosa Inés, Ignacio y Manuel, son los únicos.

*¿Como familia, tenían esa dinámica de apoyo?*

Uy, mi papá les enseñó a todos los sobrinos a trabajar. Les ofreció trabajo, les enseñó a usar las herramientas, o sea, a todo lo que era la familia le hacía su trabajo; mi tía que teníamos en la isla de Maipo, excelente, la tía Juana, el tío Juan; pero ahí se vendió todo.

Mi mamá, que viene de la familia Quitral, es sobrina-nieta de Rayén Quitral, la cantante de ópera mapuche, y allá en Curicó había tierras. Te estoy hablando que yo tenía cinco o seis años, cuando una vez fuimos, ahí: “Chabelita, Chabelita, que sí, mira que todo esto...” Mi mamá hizo un corte. Yo hice un libro de sus vivencias, pero el segundo ya no lo pude hacer porque nunca lo encontré. Relata toda la historia.<sup>1</sup>

Mi papá es originario de Santiago, su mamá, la abuela Inés, española; tenía un tío en Argentina, pero eran del mismo sector, del mismo barrio de Yungay. El equipo de mis padres para hacer deporte fue el Estrella Polar.

*¿Cómo fue la planeación para tu viaje a México?*

Fue muy sencillo. Me hablaron. Me dijeron: “tal día sales”. Ya estaba el boleto. Entonces, la precaución que tuvo mi mamá, ¡genial!, imagínate la faramalla que se armó. Yo fui el último en subirme al avión. Mi mamá mandó a ajustar el traje de bodas de mi hermano mayor. El chaleco, el pantalón, y resulta que el papá de mi cuñada Pastora, que era la esposa de mi hermano Guillermo, era sastre, ¡excelente sastre! Un traje así lo hizo impecable. Entonces un vecino antes de irme me regala sus zapatos, unos zapatos color miel, boleados, increíble. Toda la gente, el grupo del club de baloncesto, todos me fueron a dejar al aeropuerto. Ahí voy. Todo peinado, arregladito, con mis papeles, con la camiseta del club y como fui el último en subir al avión: ¡fotos!

“Ya soy famoso”, dije. Entonces todos llorando, riendo, hasta que me subí al avión. En el avión conocí a alguien. Nos fuimos platicando parte del viaje. Mexicano. Me dijo: “pues es un país maravilloso, te va a gustar”. “¡Ah! Muchas gracias”. Cuando llegué, mi hermano Patricio me fue a buscar al aeropuerto, él ya estaba viviendo con la güera, Brigitte Calame, la francesa. Mi hermano se me queda viendo y dice: “¡Sabía que la Chabela te iba a mandar de traje y corbata, pero nunca pensé que

<sup>1</sup> Se refiere al libro *La historia de mi vida. María Isabel Fuentes Quitral*, en <https://www.calameo.com/books/000311079727279d24b93>

completo!” Porque allá le llaman terno. Puede ser un saco y un pantalón, pero acá era un traje completo, haz de cuenta que iba a mi boda. Llegué, cambio de horario, empecé a descubrir cosas, que la radio funcionaba bien, toda la noche, había cine en la tele toda la noche, y me impresionaba porque allá, a ciertas horas, el himno nacional a medias y a dormir, y se acababa, las estaciones de radio cortaban, ya no había nada.

Los primeros días me dediqué a conocer. Patricio y Brigitte se iban a trabajar y me dejaban en tal lado; me llevaron a Chapultepec, estaba más o menos cerca donde trabajaba mi hermano, “tomas el metro, aquí—allá”; entonces veo un tipo que está haciendo una flor, le pone algo rojito, y digo: “ay, ¡qué bonito!, ¿cuánto es?” Veo una chica y le digo, “mira, una flor”, y la muchacha me contesta: “ah, gracias”, y *crack...* era un mango con chile. Yo pensé que era una flor porque nunca le vi la hechura. Después ya empecé a probar la sandía con chile, cosas así. Aprendí.

*¿Qué es lo que más te gustó de México cuando llegaste?*

¡La gente! Por ejemplo, mi primera amiga, que la quiero mucho, vive en Chiapas, Lucy, ella me la encontré, estaba sentado en las escaleras viendo el mural de ahí de la UNAM de Siqueiros, y me dice: “¿Dónde está Rectoría?” “¿Rectoría? ¿No será la Dirección?” “No, ¡Rectoría!”, pero así, con un carácter... Me cayó bien. “No, pues yo no sé dónde está Rectoría, pero te acompaño”. Ahí nos fuimos caminando. Me empezó a platicar, qué sé yo. Ese día con decirte que ya que preguntamos los trámites nos fuimos a tomar agua de alfalfa al quiosco Morisco, en Santa María la Ribera, ¡todo un recorrido! Probé, delicioso, ahí nos hicimos amigos y, a las dos semanas yo ya estaba en Chiapas. Ahí le dejé una notita a mi hermano: “¡Me fui a Chiapas!”

*¿Dónde vivías?*

En Ampliación Tepepan 450, manzana 12, lote 24. Patricio me fue a buscar al aeropuerto en un “vochito” celeste y cuando llegamos a Ampliación Tepepan, ahí en Avenida México, ahí donde está el cerro ese, antes de la Noria, subes. Un cerro con una cruz. Entonces, subiendo esa lomita. [...] Había un baldío donde guardaban coches viejos. Una de las cosas que pude hacer primeramente fue cuidar niños, dar algunas clases de baloncesto al grupo de ahí. Me acuerdo que mi hermano me dejó mil pesos, y mil pesos era mucho dinero. Me fui a comprar toda la fruta que había en el mercado, ya no había dónde meterla, y me dice Patricio: “pero, ¿qué es esto?” “¡Fruta!”, “pero compraste...”; “está bien bonita, pero me gasté los mil pesos”. Lo que ahora es un peso.

La primera noche dormí. Y al otro día, yo a las seis de la mañana estaba limpiando vidrios, haciendo la rutina de Santiago. Entonces mi hermano me dice “no, no espérate; aquí no vas a hacer eso”. “Pero es que tengo que hacer algo.”

*¿Qué significó eso para ti?*

Pues te sueltan las obligaciones. Una de las palabras que siempre decía mi papá es tener iniciativa: “Si tienes iniciativa vas a llegar hasta donde quieres”. La otra es la parte recta. Tenías que bolear los zapatos, pero como espejo. Yo plancho toda mi ropa, pero hasta los *jeans*. Todo el mundo me dice: “¿planchas los *jeans*?” Sí, los plancho, y que quede la línea perfecta.

*¿Tu conexión con los que se quedaron cómo fue?*

Bueno, después, con el tiempo nos escribimos. Con el tiempo otros amigos se fueron alejando, a vivir a Australia, regresaron... Pero en Chile, ahí se quedó mi hermana, Guillermo, mi mamá. Fui en 2011. Había ido anteriormente. La primera vez que fui fue con Thelma y Emiliano, que apenas tenía unos meses, fue en 1991.

Volviendo a México, la güera, mi cuñada, me comentó: “puedes hacer cosas”. Al ratito nace Itzel, ahí lo estuve cuidando mientras ellos trabajaban, en 1984. Se van a Chile, allá nacen Nayeli y Silvio. Cuando se hace la apertura para el regreso de los chilenos. Muchos chilenos, independiente de mis hermanos, muchos chilenos pensaron que iban a tener esa opulencia que tenían acá. Pero allá se les acabó el dinero; allá dicen: “tú vienes del extranjero, pues traes dinero, presta... préstame, préstame”. Y muchos se quisieron regresar.

*¿Cómo te fuiste ambientando a la vida en México?*

En septiembre entré a la universidad, a Bellas Artes, al INBA. Ya había estado un tiempo en Chiapas. Lucy se quedó allá, siguió haciendo su papel de maestra. Ahí nos fuimos distanciando, pero seguimos siendo amigos.

*¿Te encantó Chiapas?*

Maravilloso. Ahora más. Alucinante. Los colores, las hojas, el aroma. Dormía a la intemperie con una mantilla; cuando me acosté dije: “qué padre se ve el cielo”; había techo, pero lo demás, el follaje, al aire libre. Al otro día abro los ojos y veo unos insectos enterrados en la mantilla, unos zancudos con cabeza roja, raros, lagartijas, abejas, abejorros.



*¿Tu adaptación a México fue rápida?*

Es que mi cuñada francesa me dijo: “al país que fueres haz lo que vieres”. Y yo, pues nunca dije no. Me cambié estando solo como 40 veces de casa. Desde distintos lados. Desde la cineteca de Satélite [Autocinema Satélite] hasta el Olivar del Conde, San Cosme, Tlalpan. Me la pasé un año en Garibaldi. Todos los fines de semana en Garibaldi. A las siete de la tarde, y ya llegaba a la casa a la una de la mañana. Me hice amigo de los músicos, de los cantineros, de las chicas de la noche. Pero lo padre es que fue otra ventana diferente. Podíamos platicar de todo.

*¿Te sientes mexicano, sientes que te adaptaste a México?*

Sí me adapté, pero sigo siendo chileno.

*¿Cómo conoces a tu esposa?*

Muy padre. La conocí en marzo de 1988. Fui al INCO (Instituto Nacional del Consumidor). Tenía una cita a las siete de la mañana, con Silvina Elgarte, una amiga que era vecina de donde vivimos ahora, pero yo no sabía. Entro y veo a Thelma con sus pelos chinos, padrísimos, conectando una Olivetti electrónica, qué sé yo. Y la saludo. Yo de traje y corbata. Ella me contesta: “¡Siéntate!” “Buenos días, señorita, vengo a ver a Silvina, que tengo una cita a las siete”; y me responde: “pero ella no llega a las siete”. “Bueno, la espero.” Thelma me dice: “yo creo que sí va a tardar más”. “La espero”; “Va a tardar...” “Puedo ir a desayunar. Te invito a desayunar”. Nos fuimos a desayunar ahí a La Paleta, que estaba abajito de su oficina; platicamos, pero platicamos un buen rato, casi dos horas. Ahí empezamos a flecharnos.

Me quedé a trabajar en el INCO. Un compañero nos dibujó a Thelma y a mí en una taza. Su carita en una taza de café, y yo como caricatura. Todas las mañanas me lleva la taza. Lo que trabajaba en ese momento era pincel, dibujo, había hecho un cartel que se llamaba “La canasta básica”, el primer cartel del INCO de la canasta básica porque no había, todo era hecho a mano. Con decirte que hasta la jefa de Thelma me fue a buscar y me dijo: “¿Cuando tengas un tiempo puedes venir conmigo?” Y así nos fuimos conociendo, y fuimos saliendo, y yo empecé a trabajar en *La Jornada*, en el 84. Ahí, ya me introduce más en mi área. Bueno, mucha gente. Iba al *unomásuno* donde trabajaba Patricio. Ahí fue impactante, no tan impactante, pero sí más o menos parecido: Socorro Valadez, que era la secretaria de Becerra Acosta, después secretaria de Carlos Payán, nos sacan de la Dirección, yo estaba haciendo unas prácticas, ayudando y aprendiendo, entran unos tipos y nos sacan unos tipos con pistola en mano, se cierra el periódico, y todos para fuera.

*¿Cómo es el exilio voluntario, cuál es la diferencia?*

Primero. Ellos no tuvieron opción, y a la vez yo no tenía otra opción. Porque no había más que no hacer nada. O te volvías del bando contrario, o te volvías ladrón. Porque para estudiar te costaba, o te metías al ejército a hacer el servicio militar. Pero no ibas a aprender. Nosotros siempre tuvimos la curiosidad de la parte artística en que siempre teníamos cosas que pintar, hacer, modelar, y eso nos daba cierta libertad porque hacías lo tuyo, y de la otra manera es hacer lo que hay que hacer por obligación. Pero yo digo que fue una excelente opción. Porque mis amigos, no todos, cayeron en las drogas, se murieron, otros se casaron, tuvieron un chorro de hijos, otros mejor se tiraron al olvido, no había futuro.

Fue una opción que pareciera esperada o inesperada; ellos salieron, y yo viví todo el proceso interno. Porque ellos tenían unas noticias externas, pues empezaron a salir las famosas radiodifusoras alemanas de la RDA (República Democrática Alemana, 1949-1991), onda corta, pero hacia allá, hacia afuera... acá todo era hermético. Tuvimos que lidiar y crear con los vecinos, que eran carabineros jubilados; hicieron equipo deportivo, trataron de hacer más o menos la armonía que había antes, barrer la acera. Antes eran las calles de terracería, pero había antejardines, era muy bonito. Pero cuando yo regresé, ahora todo está encementado, todos como *bunkers*. Tú no ves un antejardín, ves un jardín, pero tapiado con lámina o madera, no ves para dentro de la casa. Todo se separó, se encajonó, se cerró. Pocos vecinos, como el vecino de enfrente, Fernando Ruiz Ulloa, que sigue viviendo ahí, al papá lo golpearon en el Estadio Nacional y falleció a causa de los golpes, la mamá murió de Alzheimer, y toda la familia se dispersó, cada quien por su lado; hubo muchas de esas deserciones familiares que tú no veías esa unión tipo muégano, como acá eso yo lo veo con la familia de mi cuñada, independientemente de que se peleen, ahí están todos. Eso fue como reacción buena, pues dentro de mi familia, cuando éramos niños, cuando yo tenía cuatro o cinco años, yo veía un familión enorme. Las bodas que celebraron mis papás cuando cumplieron 25 años, hubo *sketches*, bromas, pero todo era un familión, enorme, por lo menos unas 200 personas.

*¿Cómo fue ver a Chile desde fuera?*

Pues mucha tristeza. Ahí es cuando empiezo a ver imágenes, fotos, pequeños videos, que los tengo grabados en la mente. Después me lleva mi cuñada a la Casa de Chile a pertenecer, bueno, a conocer, enfrente del Cine Pecime. Muchas actividades en pro de Chile, me gustó eso. Entonces habla conmigo para que perteneciera a las Juventudes chilenas, mi

experiencia, porque muchos de los que estaban ahí nacieron en México. Entonces no tenían la más remota idea.

Una de las cosas que siempre digo es que ya no hablo como chileno. Y ellos conservaban el tono. Mario Gómez, un cronista deportivo famoso, de los viejos, del periódico *La Afición*, del *unomásuno*, *La Jornada*, su hijo Manolo, él salió de Chile pero estudió en Cuba, pero entonces venía pero con la boina, el Che Guevara, Fidel. Excelente tipo, con una visión totalmente diferente. Me fui encontrando con ese sector chileno. Con los hijos, músicos, cantantes, médicos; se hacían reuniones, hacíamos sándwiches, tortas, para juntar dinero y mandarlo a Chile.

*Tu visión como joven chileno llegado a México con los chileno-mexicanos, ¿había diferencias?*

Nunca tuvieron el que les dijeran “¡no hay!”, algo que les costara, no había iniciativa. Muchos chilenos llegaron, así como llegaron, tú te sales [mexicano], y ahí tienes tu puesto [chileno]. Llegaba así a sentarse, en una opulencia que tú dices... para ellos era opulencia; de la noche a la mañana no vas a tener dos coches. Los que llegaron con hijos, pues los hijos eran muy chicos, los que llegaron solos para hacer familia es diferente. Hubo un pequeño gueto entre los chilenos. Cuando Anselmo Sule, que era en ese momento encargado de la Casa Chile, se vendían empanadas, se hacían festivales, pero la Casa de Chile desapareció, ni siquiera hay un vínculo con el consulado, la embajada de Chile. No hay ese afecto de compatriotas.

*¿Se trasladó algo del Chile de Pinochet a la comunidad chilena en México?*

No te sabría decir. Se hizo un individualismo. Hubo mucha discordia también. Yo vi esa parte. Entonces eso mismo me hizo alejarme del grupo de los chilenos.

*Hay dos tipos de chilenos exiliados.*

Ahora no. Todos los que pudieron hacer algo se regresaron con todo a Chile, quisieron vivir de la misma manera, en clima diferente, en latitudes diferentes, y en opciones diferentes, que no duraron más de dos años y ya se querían regresar. Porque allá la gente está acostumbrada a que de lunes a viernes trabajas, o sábados. Y los domingos reuniones familiares: “te espero”, “¿a qué hora vienes a comer o a tomar el té?” Muy inglés. “Vente a la una”, no te vienes a comer, que es diferente a vente a comer.

*¿Regresaste a Chile?*

No. Al fallecer mi padre, mi madre toma su puesto en la mesa. Y yo sabía, le decía a la chaparrita, a las siete de la mañana hay que estar desayunando, pero yo me voy a levantar y tú te quedas con Emiliano en la cama. Para aquel entonces la Chabela estaba en su habitación y nosotros en la otra habitación. Y me levanté a las siete y mi mamá ya tenía la mesa puesta; pancito, mantequilla, mermelada, café, té con leche, un bote de Nescafé. Me dice: “¿Y Thelma, no se va a levantar?” “No, es que está con Emiliano, lo está amamantando”. Pero así. Si me preguntaba yo le contestaba. Yo empezaba a hacerle bromas. Platicando de cómo estaba, después de nueve años de no verla. Me preguntaba: “¿Cómo te fue?” “Bien, contento, feliz”. “¿Ya te quieres ir? ¿Ya no quieres regresar a Chile?” “No, en Chile no me queda nada que hacer”. Le he dicho a Thelma: “vámonos a vivir a Chile un año”, y me contesta: “No, no, vete tú”.

*¿Tu madre vino a visitarte a México?*

Sí, cómo no. Mi papá vino también. En diferentes momentos, pero mi papá se la pasó fascinado, yendo a las perforaciones del Metro que estaban haciendo en avenida Universidad. Mi cuñada lo llevaba a escuchar la clase en la universidad, y él se ponía a platicar de su experiencia y eso me gustó porque tuvo esa opción. Y mi mamá siempre decía: “hay que salir siempre con la negra”, que quiere decir sin dinero. Entonces, a donde iba a comer agarraba su bolsita, panecitos, mermeladas, nunca faltaba. Se generó un cambio radical para ellos.

*¿Cómo concibes tú la visión de los que se quedaron de la de los que se fueron?*

Como que yo viví tras bambalinas todos los procesos: antes, durante y después. Entonces todo lo que yo veía en función... Tus hermanos están en el exterior, entonces tienen mucho dinero. Ésa es la concepción de aquellos tiempos de los chilenos. Y es la concepción para cualquier latinoamericano que regresa a su país.

Mis primos, por parte de mi papá, tuvieron la oportunidad de cruzar el río Bravo, no sé cómo lo hicieron, nadaron, se hicieron, se metieron, vivieron en Estados Unidos, hicieron sus cosas. Un primo que falleció hace un par de años hizo su casa en la playa, y todo se lo trajo de Estados Unidos. Ellos aprendieron a ahorrar en un extremo, pero con un corazón muy abierto, porque todo eso lo dejaron a los sobrinos.

*¿Qué es lo que cambió en ti el exilio?*

Como yo no viví el exilio externo, yo viví en encierro, las negaciones; no puedes hablar, no puedes comer más de dos panes, tienes que dormir a ciertas horas, hacer esto otro, tienes que andar impecable, tu camisa debe estar almidonada, sin ninguna arruga. Es un secuestro en el mismo lugar, en tu propia casa. Fue un secuestro nacional. Hacer un secuestro nacional, en tu familia, no en el contexto de los demás, porque todos los demás callaron la boca. Hasta los primos que se metieron al servicio de inteligencia, porque apoyaron; si no hubiésemos estado en ese lugar nuestra familia entera hubiera desaparecido completita.

Es una oportunidad con mucha libertad, de poder hablar, de poder decir, de hacer esto mismo, esto no podríamos hacerlo en Chile, si querías escuchar música folclórica chilena, Inti-Illimani, tenía que ser en un sótano, con audífonos.

*¿Por qué consideras importante compartir tu testimonio?*

Porque generalmente siempre lo he platicado con ciertas personas, pero aquí, que va a ser masivo, yo encantado, que se sepa. Es que es para mí una manera de expresar lo que una vez estuvo reprimido, encerrado, enclaustrado, sin posibilidades, y México me brindó esa parte de apertura al diálogo. Incluso de las pocas veces que he ido a manifestaciones, yo me siento admirado de la masa de gente que apoya a una sociedad en general, para todos. Entonces, eso hace que yo quiera compartir mi manera de ver las cosas, de ese momento a la fecha. Con la mejor amplitud. Que lo sepan, porque yo sé que muchos podrán ver de otra manera lo que yo pueda decir, pero nunca me van a decir que no es así.



Matías Palomo.

Colección particular de M. Palomo, Santiago de Chile, s/f.

# Matías Palomo Reyes\*

## *Presentación.*

Mi nombre es Matías Palomo Reyes, soy cocinero. Tengo 45 años, doce años en México, luego me trajeron a Chile. Viví allí once años y después comencé a recorrer el mundo en lo que tenía que ver con mi profesión, que es la cocina. Estuve ocho, nueve años viajando. Me instalé en Chile, y después de diez años cerramos el restaurante, y empecé a recorrer de nuevo. Viví en Guatemala un año, después en Brasil cinco años, y así ha sido mi vida. He sido un migrante eterno, un exiliado eterno; siempre he estado yendo y viniendo.

## *Para ti exilio-migración es:*

El exilio es forzado. Yo tuve un miniexilio porque a mí me trajeron a Chile a los once años; yo me pude quedar en México feliz, comiendo tacos con salsa.

## *¿Cómo fue para ti ese miniexilio?*

Yo creo que un poco pasa lo que pasó con mis papás, pero más pequeño. Yo dejé a mis amigos allá, mis costumbres, los sabores, la comida que me gustaba. Todo con lo que me formé y me crié hasta los 11 años. Tuve que aprender a vivir en un país que no era el mío, porque no me acostumbraba a la gente, ni a la cultura, ni a la forma de vestirse, ni al frío ni a la lluvia, ni nada. Entonces, son temas que a uno le toca vivir.

\* Entrevista a Matías Palomo Reyes. Entrevistadores: Alejandro González Franco, Rebeca Flores e Ivonne Charles, 3 de mayo de 2023. Realizada a través de Zoom, Ciudad de México, México-Santiago de Chile.

*¿Qué significó en tu familia el exilio?*

La destrucción de todo lo que uno podía tener como familia. Al final nosotros vivimos mucho tiempo, los cuatro (mi papá, mi mamá, mi hermano y yo), mi tío Andrés y mi tío Nelson, ésa era mi familia. Yo a los demás no los conocía. A los de Venezuela los conocí cuando yo era grande, a los de Chile los conocí cuando vine a los 11 o 12 años. Una disolución de ese formato de familia que tiene la mayoría de la gente, que se ven los fines de semana y celebran todas las fiestas juntos. Al final mi núcleo familiar era muy reducido, éramos seis personas.

Después fueron naciendo mis primos. Mi tío Nelson se juntó con mi tía Thelma y fue creciendo un poco y fue creando otro modelo de familia, hasta que nos vinimos a Chile. Ahí como que todo se empezó a desarmar y a empezar a conocer a la familia de Chile, con la que uno no tenía vínculo, más que el vínculo sanguíneo y haberlos visto un par de veces en algún viaje. En realidad, no había mucha relación y semejanza de costumbres, de gustos. Yo creo que fue chocante para mis papás llegar a México, y para nosotros venir a Chile fue bien chocante también, por eso mi hermano regresó a México y no volvió más para acá. A nosotros nos tocó la secuela del exilio.

*¿Qué es lo que te llevó a quedarte en Santiago?*

La historia; porque yo empecé a viajar, a aprender la cocina por todo el mundo, iba y venía, pero siempre como mi mamá vivía en Santiago, ése era mi lugar de partida de cualquier cosa que yo hiciera. Iba, volvía, el punto de retorno era Chile. Aquí estaba mi casa, mi hermano, mi mamá, la máquina que hacía funcionar el sistema. Siempre terminé llegando porque hice conocidos aquí, y ya cuando eres conocido tienes tu forma de vivir, la gente te reconoce, tu restaurante funciona, entonces empieza esa otra parte, que no te puedes ir a otro lugar porque ya tienes tu subsistencia acá.

*¿Desde los 11 años ya no regresaste a México?*

Sí. Hice mis prácticas en México; siempre he estado yendo y viniendo.

*¿Te consideras chileno o mexicano?*

Yo siento que soy de donde comí mi primera comida. Pero llevo tanto tiempo aquí que uno empieza a adaptarse. Lo que pasa es que uno se desarraiga mucho. El primer desarraigo fue cuando me vine de México para acá; el segundo cuando me fui a Europa. Cuatro años en Europa, dos años en Estados Unidos, volví a Europa, y te empiezan a gustar cosas de un sitio y como que vas perdiendo pertenencia a cualquier



lugar. Y mientras más viajas... vas a Japón, después a Sri Lanka, la India, recorres toda Europa, y al final te vas dando cuenta que eres como una papa porque en donde te pongan funcionas. Entre más desarraigado hay más fácil es adaptarse. Yo lo vi ahora cuando nos fuimos a Brasil donde estuvimos viviendo cinco años; yo en tres meses era uno más del país, pero a mi señora le costó más tiempo adaptarse.

*¿Te consideras un exiliado?*

A estas alturas me considero un migrante más que nada, pero si tú me dices cuál es mi comida favorita siempre van a estar los tacos al pastor en el número uno, por ejemplo. Es recuerdo de infancia, lo que más se recuerda, lo que te marca.

*Para ti la comida es un vínculo con tus raíces y que te integra a los lugares donde vives.*

Es que sí. Por ejemplo, una persona normal, un mexicano normal que se va a vivir a China, o se viene a vivir a Chile, dice “uy, que ganas de comerme unas flautas de pollo, unos tacos al pastor”, la añoranza; pero yo soy cocinero, yo puedo hacerme mis propios tacos, si quiero hacerme una paella tipo España, un platillo brasileño, me lo sé preparar, entonces como que esa cosa de la añoranza de la cocina no es muy fuerte.

*¿Qué hay detrás de la comida?*

Uno va viendo diferencias entre las culturas gastronómicas. Y también va viendo cosas que son similares. Todos los platos españoles que hay en Latinoamérica se replican en todos lados. Pero tienes dos culturas que son súper fuertes en lo gastronómico, que son Perú y México. Esas dos culturas tienen ese trasfondo de pueblos originarios muy fuerte, que no fueron opacadas por la comida española y aparte fueron virreinos, su comida, su gastronomía mucho más evolucionada que la de otros países.

*¿Qué es lo que te motivó a participar en esta entrevista?*

Es interesante ver cómo las distintas generaciones fueron tocadas por la decisión de una persona respecto a las libertades de otros. Una decisión de una persona que orquestó un golpe de Estado afectó a miles de familias y no por un día, dos, tres días, somos generaciones que seguimos afectados. Seguimos siendo disgregados. Cuando llegué a Chile era el foráneo y no tenía ni documentación chilena, entonces por la decisión de unas personas son generaciones que van a quedar marcadas. Y yo obviamente a mis hijos les voy a traspasar mi nacionalidad mexicana porque para mí tienen que tenerla. Y va a seguir otra generación que va

a tener esta carga por esta decisión de gente que no respetó la forma de pensar de otras personas.

*Posteridad del exilio.*

A mí no me gustaría que ellos pasaran la experiencia de mis papás, que te saquen por la fuerza de tu lugar natural, aunque mi hijo mayor, Benjamín, de ocho años, ya vivió cinco años en Brasil, habla portugués, tiene memorias brasileñas, y probablemente muchos de sus recuerdos van a ser platos brasileños; mi hijo Luciano, de cuatro años, que nació en Brasil y hoy vive en Chile. Pero una cosa es que ellos tomen la decisión de viajar o de vivir en otro lugar, a que sean obligados a perder sus derechos fundamentales de vivir y crecer con su familia, como les pasó a mis papás. Ellos no pudieron venir a despedirse de mi abuelo cuando murió, del hermano desaparecido, o que el resto de la familia tuvo que irse a Venezuela. Eso no me gustaría que les pasara a mis hijos. Ojalá a nadie le pasara, destruye todo. Es muy difícil hablar de estos temas. Hay gente en Chile que dice que los exiliados eran privilegiados, que llegaban a otros países y les iba bien.

# Antonio Castillo Belmar\*

## *Presentación.*

María Inés Palomo tomó la decisión de no exponer su testimonio en esta entrevista. Da la palabra a Antonio Castillo, su esposo.

## *¿Cómo vivieron el 11 de septiembre de 1973?*

*Antonio Castillo Belmar:* Ese día 11 de septiembre, yo me había casado hacía poco con la que fue mi primera esposa y estábamos viviendo en el barrio de Ñuñoa, que es contiguo al de Macur. En la mañana, muy temprano, nos hemos de haber despertado tipo 7 am, escuchábamos mucho movimiento. No teníamos televisión, lo primero fue encender la radio. Se oían algunas estaciones, pero lo que nosotros supimos fue que había un golpe de Estado, que había movimiento de tropas, sabíamos que teníamos que hacer algo. En esa época yo era estudiante de ingeniería química y mi esposa estudiaba historia en la misma universidad. Nos vestimos rápidamente, no recuerdo si tomamos desayuno, y salimos a la calle; al salir nos encontramos con uno de los vecinos que era carabinero y nos dijo que no saliéramos, que nos quedáramos en casa. Le contestamos que teníamos que ir a la universidad, y partimos.

Llegamos a la universidad; si salimos como a las 8 am, llegamos como dos o tres horas después porque nos fue muy difícil encontrar locomoción, no había en qué ir. Así que uno se subía en lo que podía.

\* Entrevista a María Inés Palomo y Antonio Castillo Belmar. Entrevistadores: Alejandro González Franco y Rebeca Flores, 18 de mayo de 2023. Realizada a través de Zoom. Santiago, Chile-Ciudad de México.



Antonio Castillo junto a María Inés Palomo en el Desierto Florido.  
Colección particular de M.I. Palomo Fuentes, Atacama, Chile, s/f.

Mucha gente llevaba gente en los autos y en lo que había. Llegamos a la universidad como a media mañana y ahí nos reunimos con los compañeros. Yo militaba en un partido que era el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitario). Nos reunimos, tomamos conciencia de lo que estaba sucediendo, e inmediatamente supimos que detrás de la universidad, en lo que es la Quinta Normal, ya había un contingente de la Fuerza Aérea que se había tomado la radio, la transmisora, y la radio de la Universidad Técnica del Estado. Quedaba la radio de la Federación de Estudiantes, no habían entrado a la universidad todavía, por tanto, la Radio de la Federación de Estudiantes seguía funcionando.

Luego de algunas conversaciones nos llegan instrucciones del partido diciéndonos que teníamos que ir a los lugares que nos estaban destinados en caso de golpe de Estado, que eran casas de seguridad. Nosotros dijimos con un grupo de compañeros: “nos quedamos a defender la universidad”, que era nuestro objetivo, y quedarnos a lo que tuviese que suceder. Ahí estábamos dispuestos a entregar claramente nuestra vida. Yo tenía entre 21 y 22 años, y mi ex esposa entre 20 y 21. Así que con un grupo, que no éramos más de cuatro o cinco, decidimos quedarnos. Nos quedamos. Nos coordinamos con los de las Juventudes Comunistas. El presidente de la Federación era Osiel Núñez, era de las Juventudes Comunistas, y él nos dijo: “¡nosotros nos quedamos!”

Hubo una gran asamblea donde estábamos todos los que participábamos en la Unidad Popular y en la Federación de Estudiantes. Dijimos: “nos quedamos”. Esa mañana, a las 11 am, ya sabíamos que nos íbamos a quedar ahí, y que la cosa podía ser larga, porque no sabíamos qué podía pasar, ni sabíamos claramente qué era lo que estaba pasando. Decidimos entonces salir por detrás de la universidad, sabiendo que estaba un grupo de la Fuerza Aérea que había tomado la radio y transmisora de la universidad. Salimos por otro lado, por unos vericuetos, porque la universidad es un campus muy grande; salimos por la Quinta y después nos fuimos por la calle Compañía o Huérfanos, no recuerdo cuál de las dos, hacia el oriente. Íbamos de poniente hacia oriente. Pasamos a la casa de una tía, ahí le dijimos que si tenían algunas cosas para llevarnos porque no sabíamos cuánto tiempo nos íbamos a quedar en esa universidad a defenderla. Partimos hacia La Moneda. Llegamos más o menos cerca y escuchamos el bombardeo. Vimos el humo, estaban ya empezando a cerrar los locales comerciales, algunos almacenes del barrio, compramos algunas cosas; lo que más recuerdo es que compramos almendras, porque las almendras mantienen, porque las almendras se guardan y uno aguanta. Partimos de vuelta. Cuando partimos de vuelta fue mucho más difícil entrar porque tuvimos que hacer algunos veri-

cuetos. Ya adentro, partimos hacia lo que era la Escuela de Artes de Oficios; su puerta de entrada quedaba en la calle Ecuador, deberían de ser, más o menos, las 14 horas. Nos fuimos a una sala. Recuerdo que era una sala del laboratorio de física, que tenía una cualidad: tenía unas grandes mesas donde se hacían los ejercicios de laboratorio y que eran de madera muy gruesa. Y dijimos, si llega a pasar algo, nos metemos debajo. Porque en realidad no sabíamos lo que estaba pasando. Sí sabíamos que había movimientos, escuchábamos aviones, helicópteros, y nosotros, con la adrenalina y el miedo, no sabíamos lo que íbamos a hacer.

Se clausuró la puerta de entrada de la calle Ecuador. Clausurada esa puerta, al otro lado había una comisaría de carabineros. Nosotros sabíamos qué iba a pasar con eso, y empezamos a poner muebles ahí, y tapiamos. Se tapió esa entrada que era un gran portón, metálico, muy grueso. Pasó la tarde, y a la noche, yo creo que han de haber sido tres o cuatro de la mañana, no había luz. Se cortó la corriente, y había fuego cruzado entre los carabineros. Como no había luz, los carabineros no sabían quién disparaba a quién, creían que eran los que estábamos en la Escuela de Artes y Oficios los que les disparábamos a ellos, y ellos disparaban hacia adentro. Y por el otro lado hay una población que es la Diego Portales, que tiene edificios de cuatro pisos, y tienen grandes pasillos, contruidos en la época de 1960, con pasillos y con una escuela interior, muy al estilo de lo que se hacía en Europa. Era una población modelo.

Ahí llegó, después supimos, del norte, del regimiento Arica, de Antofagasta, llegó el regimiento Tacna. El regimiento Tacna se mete a esos pasillos y dispara hacia el lugar donde ellos creían que les estaban disparando, por lo tanto, hubo fuego cruzado, y en medio estábamos nosotros en la Escuela de Artes y Oficios. En una de esas había un camarógrafo muy conocido, alto, de pelo largo, al cual le decíamos *el Salvaje*; él empezó a tomar fotos y en la toma de fotos, disparando desde arriba, lo matan. Yo diría que fue la primera persona que matan en ese enfrentamiento, en el que nosotros no teníamos armas, no teníamos nada, era puro corazón.

Llega el amanecer, ingresan por una cancha que era de *hockey* en patines, una cancha de cemento, por el lado de la Quinta Normal, es el sector norte de la universidad, ingresan por ahí, botan una puerta y entran disparando. Estábamos debajo de las sillas. Entran adonde yo estaba y hay pánico. Mucho pánico. Había hombres y mujeres. Algunos querían levantarse y salir arrancando, y hubo que tirarse encima de ellos para que no lo hiciesen porque si no los iban a matar. Pero hubo pánico. Nos hacen salir, y nos llevan a un patio contiguo, temprano en la mañana. En ese horario el sol apenas va asomando. No había electricidad,

estaba un poco oscuro, así que no había iluminación, ni en las calles ni en ninguna parte. Nos sacan, nos hacen tirarnos al suelo, con el vientre al suelo, las manos en la nuca, un pie sobre el otro. Ahí estuvimos mucho rato, horas. Una vez que sacaron a todas las personas que había en la sala de clases en la Escuela de Artes y Oficios [...] en el transcurso del ingreso del regimiento de Arica, escuchamos, estando ya en el suelo, muchos balazos. Después, cuando nos sacaron de ahí, supimos lo que había pasado. Más o menos como a las 10-11 am, nos hacen levantarnos y nos llevan, nos separan entre hombres y mujeres. A todos los hombres nos llevan a una cancha, por donde entraron, la cancha de *hockey* en patines. Ahí nuevamente al suelo, un pie arriba y otro abajo, las manos atrás. El que quería ir al baño tenía que levantar la mano. Luego de eso, han de haber sido como las tres, cuatro de la tarde, por ahí, nos hacen levantarnos, nos ponen en fila. Evidentemente que uno está con mucho miedo, pero con mucha rabia. En una de esas, yo no sé callarme, mi cara es muy acusete, entonces la rabia se me notaba, y pasa un concripto y me dice: “¿qué me mirai feo, weón?, ¡quédate tranquilo!” Al rato nos sacan por el lado norte, por la misma puerta por la que habían entrado, y nos suben a una micro, que es el medio de locomoción que nosotros tenemos todos los días.

Nos suben a una micro, y era una micro de recorrido normal que iba con un chofer que le habían dicho que tenía que manejar esa micro, y nos hacen sentarnos, pero no sentados, sino que nos hacen meternos en el espacio entre un respaldo y el otro, agachados. Y nos sacan de ahí, ya cuatro, cinco de la tarde, y nos llevan a un estadio techado que hoy en día se llama Estadio Víctor Jara, en ese momento se llamaba Estadio Chile, en la alameda, en la avenida principal, a dos cuadras de la estación central. El trayecto no fue más de un kilómetro, un kilómetro y medio, no más que eso. Llegamos ahí, ya era en la mañana, ya sabíamos que había un golpe militar, que hoy en día sabemos que fue un golpe cívico-militar y que las fuerzas de intervención no sólo eran militares, sino también civiles. Nos hacen salir de la micro, bajamos y nos ponen en fila, y vamos entrando al estadio. Cuando uno entra al estadio hay una planta baja, pero uno entra al primer piso, lo que nosotros llamamos segundo piso. Ahí nos iban quitando la cédula de identidad, teníamos que entregarla, por lo tanto, entrábamos sin identidad a ese recinto. Nos quitaban los cordones de los zapatos y los cinturones. Al entrar había una fila de soldados, por un lado y, por otro lado; nos pegaban culatazos al entrar, con las manos en la nuca, rapidito, corriendo entrábamos a culatazo, lo que nosotros llamamos fila india. Una vez adentro nos dis-

tribuyeron en los diferentes espacios que había en el estadio, ahí... Voy a hacer un pequeño paréntesis.

Antes de entrar, porque me acabo de acordar, mientras estábamos en la calle por donde se ingresa al Estadio Chile, llegó un borracho, un curadito, y les preguntó a los soldados que a qué hora eran las peleas de box, y los militares le dijeron que se fuera para la casa, lo echaron de ahí, pero él insistía en que quería entrar a ver las peleas de box. Tanto insistió que lo metieron a las filas. Es una anécdota trágica. Como ingresó con todos nosotros y él se quedó durmiendo su borrachera en uno de los asientos, al otro día se despertó y se dio cuenta de lo que había sucedido con él y porqué estaba ahí. A partir de ese momento, no habló más. Ese hombre no habló más. Yo no lo vi más.

Llegamos ahí. Nos sentamos. En esa tribuna arriba había una metralleta .30, que debe tener como metro y medio, y tiene de esas tiras de balas grandes de unos 10 centímetros. Había militares por todos lados. Llegamos esa tarde, y por la noche yo creo que nadie durmió mucho. Al otro día seguían llegando detenidos. Llegaron las mujeres de la universidad y las pusieron en una galería. No recuerdo en qué sector. A la tarde del otro día hubo toque de queda, y entre las 10 y 6 de la tarde la gente pudo circular. Antes de las 10 am y después de las 6 pm nadie podía andar en la calle. A las mujeres... llega el encargado, que era un oficial, y dice: “¡nosotros no detenemos a las mujeres, no tienen que estar aquí!”, y las suelta. No es que las haya dejado ir, las suelta, al filo del toque de queda; en ese momento ya no había locomoción para irse a la casa. Por lo tanto, todo aquel que circulara y pudiera llevar a alguien, porque hubo solidaridad en ese momento, la gente la llevaba a donde fuera para sacarla de ahí. En ese lote partió la que era mi ex mujer. Nosotros quedamos ahí. Dentro de esos días, porque dormimos dos noches, no sabíamos mucho la hora pues estaba oscuro. Estaba Víctor Jara, los profesores de matemáticas, estaba el Loco Yimpel, que era un profesor de matemáticas que no hacía mal a nadie; bueno, en realidad estaba ahí porque creía en la democracia, y en el gobierno de la Unidad Popular y lo que representaba. También estábamos ahí por defender a ese gobierno. Vimos cuando sacaron a Víctor Jara, lo interrogan en los camarines del estadio. Y cuando vuelve, vuelve muy mal, muy cabizbajo, evidentemente con dolor. Y lo dejan entre dos grupos en una zona donde no hay nadie, solo. Arriba están el rector Kirberg, Osiel Núñez, el Loco Yimpel y otros profesores más.

*María Inés Palomo:* ¿Les daban algo de comer o de beber?

*Antonio Castillo:* No, nada.



Sólo podíamos ir a los baños, pero los baños estaban inmundos, infectos, lo único que hacíamos era tomar un poco de agua que salía de llave, pero ya después, nada. Uno de nuestros compañeros, por los culatazos no estaba muy bien. Le habían pegado muy fuerte en los riñones. Otro compañero lo acompañó, porque pidieron permiso, porque no se sentía bien, a ver un médico que había abajo en los camarines. Partió abajo, y cuando volvió, volvió peor, porque lo que vio fue dantesco. Abajo tenían a muchos prisioneros, ya podemos hablar de prisioneros en el suelo, y los militares los pisoteaban, corrían por sobre ellos. Había un boliviano, un periodista boliviano al cual le estaban pegando mucho y estaba muy mal. El médico lo vio, le dijo que no podía hacer nada, y que estuviese lo más tranquilo posible y que no se muriera, que siguiera tranquilo. Ése era el *Flaco* Guzmán.

Nosotros lo que hicimos ahí... Ahí no nos quedaba otra cosa más que esperar. Hubo varios sucesos trágicos. Uno de ellos ocurrió cuando un hombre adulto, un trabajador, en la cancha había dos bancos y él estaba acomodado en el primer piso, no donde está la cancha que está más abajo; en una de esas él se zafa de quien lo estaba vigilando, abajo había otros prisioneros, y muy fuerte grita y se tira de cabeza: “¡Viva el Partido Comunista!”, y se tira para caer de cabeza y matarse, no soportando lo que estaba viviendo. Abajo cae encima de otros compañeros, quienes lo toman y lo esconden, se ponen detrás de él, se parapetan, y lo esconden. Lo dejaron ahí, no le pasó nada. Ése fue uno de los momentos trágicos.

Después hubo un momento muy tenso que fue en la noche. En un momento, como le habían quitado a todo el mundo cinturones, cordones, carnet, cigarrillos y fósforos, un joven, con pinta de alguien que trabaja, saca un cigarrillo del calcetín y lo enciende. Llega un soldado y le dice que lo apague, y él se para y le contesta que no lo va a apagar. Empiezan a discutir. Él, muy alterado, le toma el fusil y comienzan a forcejear. A todo esto, los otros soldados se acercan para reducirlo. Aparece un oficial y dispara al aire. No recuerdo si dos o tres balazos. Le empiezan a pegar culatazos. Ahí todos los prisioneros comienzan un gran murmullo, y empiezan a pararse. Un murmullo de que esto no puede ser. Nos empezamos a parar todos; ahí el oficial dispara al aire y nos dice: “¡¿ven la .30 que hay allá arriba?! Puedo dar orden de que empiecen a disparar”, y ahí se calma la cosa. Sacan a este joven, se lo llevan por detrás de los pasillos del estadio y se escucha un solo disparo. Lo mataron. Es el recuerdo trágico.

*María Inés:* Yo estoy con muchas lagunas, hay cosas que no recuerdo, pero creo que es importante que Antonio termine esta etapa que fue durísima. Nosotros hemos ido hace muy poco al Estadio Nacional y

hace poco también, en una de las marchas, pasamos a ver el Memorial que hay en el Estadio Nacional donde él no se había atrevido a entrar por esas galerías, así que fue una vivencia consciente. Él se atrevió a entrar, fue fuerte para él ir al Estadio Nacional. Es lo que viene de este pasaje del Estadio de Chile.

*Antonio:* Lo que fue el golpe se termina, en lo que a mí respecta, y es la historia que tiene nexos más cercanos, nos trasladan al Estadio Nacional, varios días después. Lo mío no es más que un testimonio, lo que venga después, todas esas historias reunidas conforman un *modus operandi*, un modo de actuar, una ideología en el fondo, una cultura.

Estando ahí en el Estadio Chile hubo un momento muy tenso. Luego de ese momento, no sé cuánto tiempo habremos esperado, nos sacan de ahí, salimos a la calle y nos llevan en micros. Nuevamente de la misma forma, escondidos, muy acurrucados, y a mí me toca el asiento de la rueda. En el asiento de la rueda uno queda con las rodillas casi en el pecho, así que yo iba muy acurrucado. El viaje al Estadio Nacional se hizo en forma lenta. Iban carabineros, iba un chofer civil. Llegamos al Estadio Nacional; mi compañero no iba muy bien, recuerdo que le ayudaron para bajarse, y a mí se me habían dormido las piernas. Caminando por el medio del vehículo, tomando las manillas de los respaldos podía ir moviéndome, pero cuando hubo que bajar ahí ya no tenía donde respaldarme, me voy de bruces, y caigo al suelo. Escucho claramente a dos soldados, le dice uno al otro: “¡mira cómo los tienen los pacos!” Eso significaba, para ellos, que yo venía muy golpeado, que me habían dado muy fuerte. Pero en realidad lo que había sucedido era que venía con las piernas dormidas.

Llegamos al Estadio Nacional, subimos una gran escalera y llegamos a la escotilla, antes de salir a las tribunas. En cada salida a tribuna o galería había militares con fusiles, así que nosotros teníamos que quedar en la escotilla. Cerraban las puertas, que son unas puertas metálicas enormes. Ahí estuvimos unos 15 días.

Llegamos ahí con lo puesto. Éramos sólo hombres. Habían separado a hombres de las mujeres, y como yo les contaba, a las mujeres que habían tomado en la universidad las habían soltado el día después, en la tarde. Por lo tanto, si llegaron, llegaron con bastante dificultad a su hogar. Estando ahí en el Estadio Nacional a uno de nuestros compañeros lo separan. En un momento en el que hubo un encapuchado, el famoso encapuchado, que era un soplón, que llevaban con una capucha, y él miraba e indicaba a quién tenían que sacar. Una vez fue un compañero nuestro, que estuvo hasta el final en el Estadio Nacional, creo que tres meses estuvo, el Willi, el *Jesucristo*. A él lo sacó el encapuchado, y

se lo llevaron a un lugar que estaba debajo de la marquesina. Toda esa gente que iban sacando era para hacerles el interrogatorio violento, con tortura. Iban a ser torturados. Él fue a dar al norte de Chile donde salió varios años después. Quedamos ahí tres. Uno de ellos que era el *Flaco* Guzmán, venía mal, nosotros no traíamos ropa para pasar la noche.

En uno de esos días que estábamos ahí pasaron repartiendo frazadas que había entregado el gobierno mexicano por uno de los terremotos que habían sucedido en Chile. Nos entregaron unas frazadas muy bonitas, de muchos colores, típicas mexicanas, pero delgaditas. No propias para el invierno chileno, sino para un invierno más temperado. Para dormir, nosotros dormíamos en el suelo, en una loza de cemento, y lo que hacíamos era colocar esa frazada en el suelo, y dormíamos uno para arriba y otro para abajo, y nos tapábamos con el resto de frazada que teníamos. Luego nos empezaron a dar comida. En la mañana nos repartían una especie de tazón. Llegaban, abrían la puerta, y entraban un fondo con café, y nos daban una marraqueta por persona, sin nada adentro. ¿Qué hacíamos nosotros? Como teníamos un compañero que estaba mal, le dejábamos parte de nuestro pan a él, y le dejábamos parte de lo que era ese café con leche. En el día lo que hacíamos era salir a tomar sol. Nos permitían salir a sentarnos. Ahí pasábamos nuestro tiempo. No había duchas, no había jabón, había baños, pero estaban infectos. Lo único que teníamos eran los lavatorios con los grifos; abríamos el agua y lo que hacíamos era poner el dedo y salía un chorro. Con eso nos duchábamos, con agua helada. Después nos secábamos con lo que teníamos.

La gente que estaba ahí, había mucho joven, mucho obrero, gente que venía del Cerdón Cerrillos. Algunos de Lucchetti, [...] en la tarde nos entregaban un cucharón en un tazón con porotos y otro pedazo de pan. Ésas eran las cuatro comidas diarias: un tazón de café con leche, un pan, un tazón de porotos con tallarines y un pan. Eso es lo que explicaba uno de los encargados del Estadio Nacional a los periodistas que fueron, que los prisioneros tenían “cuatro comidas diarias”.

Pasó la Cruz Roja y nos preguntó si teníamos algo para la higiene, jabón y pasta de dientes. Evidentemente no teníamos ni jabón ni pasta de dientes, nos tirábamos agua con la llave que le poníamos el dedo abajo, en el grifo. Ahí ellos nos entregaron la pasta de dientes, pero evidentemente no teníamos cepillos. ¿Qué es lo que pasó? Como venían con un cartón, no faltó la creatividad. Uno de los que estaba ahí era bueno para el dibujo, se había guardado un lápiz, de mina, un pedacito de lápiz, y se había guardado una libretita, también chiquitita. Entonces él tomó el cartón y dibujó las piezas del ajedrez. Por ahí apareció otro

pedazo de cartón más grande e hicieron el tablero. Uno se inscribía para jugar. Había un lápiz y una libreta. Ése era el gran juego que teníamos. En otro momento apareció un cura que nos dejó una Biblia, y nosotros, ávidos de leer –una cosa que ayuda es leer–, también nos inscribimos para la Biblia. Me acuerdo que me leí el “Apocalipsis”. No me dio para más tampoco.

En una oportunidad yo llevaba una camisa, ¿cómo lavo la camisa? En los bordes de las escalinatas donde se ponen los asientos, en la esquina, se junta polvo. Entonces juntábamos el polvo, hacíamos una masa con ese polvo. Con eso lavábamos las camisas, para poder sacar la grasa, porque el polvo absorbe la grasa. Quedan evidentemente color café oscuro, pero lavábamos la camisa.

Lo que estábamos esperando es que nos llamaran a interrogación. Cada cierto tiempo llegaba alguien con una lista y nombraba a alguno de nosotros, y partíamos a un interrogatorio. En el Estadio Nacional, en el lado suroriente, hay un velódromo, y ese velódromo tiene unos túneles de acceso al centro. [...] Ahí estaba parte de interrogación y tortura.

Estando ahí en el Estadio, un día llegaron los que cortaban el pasto. En la cancha no había nadie, estábamos todos en las graderías. Había que cortar el pasto. El que cortaba el pasto, para gracia nuestra, lo hacía ex profeso y pasaba por el arco, y gritábamos “¡Gooool!” Era un entretenimiento. Las mujeres estaban en la parte norte, donde está el marcador. Las mujeres han de haber sido unas 60 o 100. Las tenían aparte.

Nosotros a veces cantábamos “El libre”. El día que llegaron los periodistas entraron junto con los encargados del Estadio Nacional, y los periodistas empezaron a repartir cigarrillos y fósforos y tiraban las cajetillas hacia las galerías. A uno de nuestros amigos le pasaron una cajetilla, entonces él nos daba en la tarde, nos regalaba un cigarrillo. Él no fumaba. Yo en esa época fumaba, así que nos pasaba un cigarrillo y fumábamos entre dos, en la tarde, lo que durase.

Llegó el día en que nos llamaron a mí y a un amigo, el *Troglo*, un compañero. Salimos juntos, nos llevaron con nuestra frazada al velódromo. En el velódromo, como es una cosa redonda con muro, nos ponen contra la muralla, tapados con la muralla. Ya en septiembre está haciendo un poco más de calor, es primavera, hay más sol. Ahí nosotros esperamos que nos llamaran a interrogatorio. Evidentemente escuchábamos los interrogatorios y los gritos de los que estaban adentro. Entonces era una fase previa de preparación psicológica, de ablandamiento.

Ahí escuché gritar. Uno empieza a aprender lo que es un grito de verdad a lo que son gritos de dolor, porque no es lo mismo. El grito de dolor con golpe es ahogado, y el grito por gritar es un grito franco.

Cuando escuchamos un grito de dolor sabíamos lo que estaba pasando. Y nosotros teníamos que estar todo el día parados ahí con esa frazada encima, sin decir nada. No podíamos movernos. Si queríamos ir al baño teníamos que sacar la mano por la frazada y nos acompañaba un soldado; teníamos que hacer nuestras necesidades con la puerta abierta. El primer día a mí no me interrogaron. Y me mandaron de vuelta a donde fuimos y vimos lo que contó María Inés, que es justamente, y en donde uno de los periodistas, de los fotógrafos tomó una foto donde aparezco; hicieron una gigantografía, y en uno de los camarines está la foto mía, yo aparezco ahí, por eso para mí ese día... por eso que yo haya ingresado a los camarines... no me metí adentro, no fui capaz, pero el ver la foto y la puerta de camarín fue impactante.

Ese día nos metieron a unos 50 o más en los camarines. Los camarines tienen unas repisas donde dejan la ropa los que van al juego, y se cambian, se ponen su equipo, los que van a la cancha. Algunos se subieron y se quedaron ahí, el resto nos quedamos en las bancas o en suelo. Ese día en la noche hubo un terremoto. Tembló muy fuerte. La puerta de salida era una puerta angosta, y algunos salieron corriendo hacia la puerta y empezaron a golpear para que nos abrieran, no llegó nadie, no nos abrieron. Yo seguí sentado porque sabía que no iban a abrir. Aparte de eso, creo que estaba con tanto miedo que en realidad me daba lo mismo morir ahí o morir en otro lado, uno está como entregado. Pasó ese día, y en la mañana, de vuelta al velódromo. Cuando veníamos hacia los camarines pasaba por la vereda, por la pared oriente del Estadio, que era la calle Pedro Valdivia; es una pared que no es muy alta, y se ven las casas, que eran de dos pisos, de una población, la cordillera atrás. Evidentemente íbamos con conscriptos por los dos lados, adelante y atrás, y nosotros éramos como cuatro filas que íbamos hacia los camarines, de vuelta al Estadio. Ahí vi la otra parte terrible. Uno de los que habían interrogado se sale de la fila y parte corriendo porque la muralla no tenía más de dos metros, para una persona joven un salto y estaba del otro lado, pero antes de que llegara le llegó un disparo y lo mataron.

A mí en un momento me llaman. Uno tenía que decir adentro quién era. Con la frazada, yo caminando, me dicen que salte. Yo sin ver salto, choco contra un muro y caigo. Me dicen que me saque los pantalones, que me desnude. Se rieron de mí, porque dijeron que lo tenía chiquitito –con miedo, todos–. Se burlaron todo el rato, hubo insultos, groserías, fue un vejamen. Me empezaron a preguntar por nombres y qué hacía yo en la universidad. Nosotros ya teníamos pensado lo que íbamos a decir. De hecho, yo usaba bigote. No sé cómo, cuando estábamos en las galerías habíamos encontrado una hoja de afeitar, de esas

Gillette que tienen filo por los dos lados, y por ahí apareció un pedazo de botella, y con esa, y con un poco de agua, le sacábamos filo a esa hoja. Después, tomándola con los tres dedos nos cortábamos la barba y los bigotes. Mi compañero que tenía barba..., apareció un cortauñas, y le corté la barba y los bigotes uno por uno con el cortauñas. Estábamos previendo qué es lo que podría pasar.

*María Inés:* Bigote y barba eran sinónimos de revolucionario.

*Antonio:* Revolucionario era estar contra el régimen, por tanto, persona *non grata*.

Bueno, ahí me interrogan. Les dije que era un simpatizante de la Unidad Popular, lo que era verdad; si les hubiese dicho que me encontraba ahí por casualidad no me hubieran creído y hubiese sido merecedor de un castigo. Por lo tanto, me hacen firmar un papel. Yo firmo, no sé lo que firmé, pero firmé, y de ahí me llevan afuera, a las galerías del velódromo. En las galerías del velódromo me encuentro con dos dramas: a mi izquierda un estudiante de medicina, que estaba muy tranquilito, sin moverse, y que ni siquiera me miraba, y le pregunto que cómo estaba, porque no lo vi bien. Él responde: “¡no me acuerdo de mi nombre, soy estudiante de medicina, tengo un traumatismo, y no estoy bien, así que voy a estar aquí tranquilito!” Al lado derecho mío había una joven embarazada que tampoco estaba bien. Ya no teníamos que estar con la frazada en la cabeza. Cuando empezaba a bajar el día, nos devuelven nuevamente a los camarines. Ahí pasé una noche más. Esa noche uno no sabía lo que venía, lo que iba a pasar, ni nada. Era lo que pasase, daba lo mismo.

Pasó el día siguiente. En la tarde nos llaman. Salimos y era muy cerca del toque de queda. Nosotros ya estábamos con la barba un poco más larga, yo llevaba como 10 o 17 días en el Estadio Nacional sin haberme bañado, muy sucio, maloliente. No sentíamos el olor, pero cuando nos llevan y nos sacan, veo a mi amigo el *Troglo* en la galería. Una vez que estuvimos ahí, estábamos separados del resto, nos hacen bajar y nos sacan hacia la avenida Grecia, que es la salida norte o la entrada principal del Estadio Nacional, nos sueltan diez minutos antes del toque de queda; “¡vienen saliendo!”, decía la gente, y la gente se precipitaba hacia uno, y nos preguntaba, nos mostraba fotos, nos preguntaban nombres, dónde estuvieron, en qué galería, porque tienen número, y les contábamos lo que podíamos, pero nombres no traíamos. Sí, por las fotos podíamos decir si lo habíamos visto, y había una cantidad de gente, nos hicieron como un espacio, y salimos hacia la vereda, y venía pasando una “liebre”, una especie de micro pequeña, donde uno entra agachado; sólo podían llevar gente sentada, pero en este caso todo el mundo iba



Antonio Castillo Belmar, con polera azul en París, Marché d'Aligré.  
Colección particular de A. Castillo Belmar, París, marzo de 2022.

como pudiese. Ahí me hicieron subir. No llevábamos plata, y el chofer dijo que subiéramos.

Me dejó cerca de la casa, hacia el oriente, subiendo hacia la cordillera, y me fui hacia Chaca; ahí me estaba esperando mi ex mujer, que la habían soltado el día después, el 12. Lo primero que hice fue cambiarme de ropa, ducharme, lavarme el pelo, afeitarme. Recuerdo que al otro día salí a la calle, pero andaba como zombi. Sin saber mucho qué hacer, sin rumbo. Un día fui al centro porque tenía que hacer una diligencia, días después, y me pasó el mismo fenómeno, no recuerdo si era la calle Huérfanos o Moneda, de poniente a oriente, y caminando me dije: “estoy en una cárcel más grande”, porque en cualquier momento podían venir y llevarme preso. Ya había estado preso, por qué no una segunda vez. Después supe, cuando partí a Francia, me entregaron un papel que decía: “que uno era libre hasta que no le encontraran otro delito más”, o sea yo estaba en libertad provisoria. Ésa fue mi historia personal de lo que fue el golpe.

Al año siguiente me fui a Francia. Volví a la universidad; en la universidad no me expulsaron. A Gaby sí la expulsaron con una acusación de “instructora de guerrillas”. A mí no me expulsaron, yo había estado preso. Mis compañeros de derecha que yo tenía me dijeron “tú no estás en la lista que hicimos”. Ellos habían hecho una lista de las personas que iban a expulsar. A mí no me expulsaron porque cuando fui vicepresidente de la Escuela de Ingenieros, la idea era que todos participaran en el Centro de Alumnos de la Escuela. Yo había invitado a la gente de derecha a que vinieran. Ellos vinieron. Porque la Escuela de Química era pequeña y nos conocíamos todos. Igual ellos hicieron una lista y expulsaron a gente valiosa. En realidad, por el solo hecho de pertenecer a un partido político o caerles mal, uno estaba en la lista, cosa que uno de ellos dijo que él se arrepentía de haber participado en la elaboración de la lista en la cual se expulsó a los estudiantes de la Universidad Técnica, que fueron muchos.

Creo que hasta la salida del Estadio y los días posteriores a la salida del Estadio es lo que yo llamaría los efectos del 11 de septiembre, del golpe mismo.



# María Inés Palomo Fuentes\*

## *Presentación.*

En un primer momento María Inés había decidido no contar su experiencia sobre el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 debido a las consecuencias que esto tuvo para su familia. Dos de sus hermanos, José y Patricio, tuvieron que salir de Chile, lo que provocó un profundo dolor en ella, al que no se había enfrentado antes. Por otra parte, su esposo, Antonio Castillo, quien fue detenido en el Estadio Chile –hoy Estadio Víctor Jara– y en el Estadio Nacional, compartió su testimonio que se transcribió en otra entrevista. Durante su realización, María Inés intervino poco, pero gracias a esto, decidió contar lo que significó para ella el golpe, el exilio de sus hermanos mayores y también la muerte de otro de sus hermanos, Manuel. En este sentido, esta entrevista, no tiene una presentación propia de la entrevistada.

## *Testimonio de María Inés Palomo Fuentes*

No sé cómo funciona este aparato. Otra protección más. Bueno, gracias por esta oportunidad, porque espero que con lo que ustedes están capturando voy a lograr saber lo que vivimos cada uno, porque no me acuerdo. Por lo mismo mantuve este tipo de amnesia tan dolorosa. Lo que sí puedo decir es que en ese momento yo tenía que estar bien porque tenía un trabajo, tenía que sostener a mis padres y a mis hermanos

\* Entrevista a María Inés Palomo Fuentes. Entrevistadores: Alejandro González Franco, Rebeca Flores y Nelson Palomo, 20 de junio de 2023. Realizada a través de Zoom, Santiago, Chile-Ciudad de México. Observaciones: ruido ambiente de fondo.



María Inés Palomo Fuentes con huipil, en Santiago.  
Colección particular de M.I. Palomo Fuentes, Santiago de Chile, 2020.

menores. Tenía que hacer como que no pasaba nada, porque estaban los medios peligrosos. La Universidad Católica, ahí trabajaba yo. Lo que sí recuerdo es que yo entraba más tarde a trabajar; me quedé por un anuncio de la radio de no moverse de sus casas, por lo tanto yo no salí esa mañana. Lo único que recuerdo bien, bien, porque ni siquiera me acuerdo quién estaba conmigo aparte de mi papá. Mis hermanos habían salido al colegio temprano.

Aparte de trabajar, yo estudiaba de noche en el Instituto Tecnológico de la Universidad Técnica, algo que se creó especialmente para los trabajadores, la posibilidad de estudiar. Por lo tanto, yo llegaba muy tarde a casa. Sé que tenía una incertidumbre enorme. Lo que más recuerdo es cuando se abrió el toque de queda, que en realidad no recuerdo cuántos días pasaron. Lo digo textualmente, no lo recuerdo. Sé que salí en busca de mi hermano Manuel.

Me metí ahora al Google para saber cuánto había caminado, porque no lo recordaba. Sé que había caminado mucho, y es que me fui al barrio donde nosotros nacimos, donde estaban mis tías abuelas, pensando que se podía haber ido para allá y quedar cerca del colegio donde él [Manuel] estaba. Son como nueve kilómetros, pero empecé a caminar. Fue difícil porque pasaban tanquetas, militares, calles solas, con la angustia de dejar a mi padre, y a ver si encontraba a mi hermano Manuel. Sé que fue una caminata larga, pero no recuerdo cuánto rato estuve donde mis tías, porque él no estaba ahí, y tenía que volver a casa.

Cuando volví a casa, sin saber de él [Manuel], supe que había ido Pepe [José]. No sé, no recuerdo en qué condiciones fue; Zandra me estuvo recordando, porque yo no recuerdo. Sé que él [José] se fue a despedir, y yo no estuve ahí. No sé cuándo llegó mi hermano Patito [Patricio], no recuerdo cuándo llegó Manuel. Lo único que sé es que volví al trabajo, y algunas compañeras me decían: “qué bueno que volviste, porque te podían echar”; y de ahí era un cumplir, cumplir, cumplir, para tratar de mantener ese trabajo que iba a sostener a mi familia, a los que quedamos acá.

Sé que terminé de estudiar, aunque esas carreras las cerraron. Terminé de estudiar, y quedaron pequeñas carreras técnicas universitarias. Pero yo tengo lagunas enormes, nunca pensé [en el] dolor de la incertidumbre de saber de mis hermanos que tuvieron que salir, que desmembró lo que para mí siempre había sido mi fortaleza, que era mi familia. Creo que voy a tener la oportunidad de saber lo que vivimos cada uno, con estas entrevistas. Me tienen que perdonar porque es un paseo largo... [pausa de María Inés].

Para mí México ha sido mi otro país porque albergó a mi familia, donde los vi seguros, pero no teníamos la comunicación que tenemos hoy, y es terrible. Lo que vivieron mis papás fue doloroso. Quizá nos tocó, diría, suave, comparado con lo que vivieron otros. Pero nunca había hablado yo de lo que recordaba. Esto no lo he hecho nunca. Hasta yo misma estoy sorprendida de no poder hablar, porque, quizá... como yo le di la palabra a Antonio, porque él tenía más que decir, pero yo nunca me había enfrentado a tener que hablar de lo que yo había sentido, ni siquiera me acuerdo.

Creo que la incertidumbre, esto de estar incomunicado, de no saber, era dolorosísimo, y lo único que tenía que hacer era volver a salir todas las mañanas a trabajar a un lugar donde incluso un tío era portavoz de los demás. Por lo tanto fue muy doloroso, porque él ni siquiera se preocupó de su hermana, el dolor que estaba causando este golpe. Así que yo tuve que vivir con eso todo ese tiempo. Para mí mi refugio era llegar a mi casa. Después, lograr el contacto con mis compañeros de la universidad, ése era mi otro refugio para confiar en alguien, era muy difícil en ese entonces.

Siempre estaré agradecida con México pues acogió a mis hermanos. Los siento muy cerca. Creo que lo que han hablado los demás va a ser importante para mí, porque sí he leído muchos libros, al igual que ustedes, pero no me había leído a mí misma, no me había dado el tiempo de leerme a mí misma. Sé que cada 11 de septiembre para mí era dolorosísimo, me causaba un dolor enorme porque se rompió mi núcleo, se rompieron esos brazos que me acogían, se rompió con quienes yo contaba. Yo creo que eso fue. Yo soy la única mujer, por lo tanto cada abrazo de ellos era para mí importante. Los más pequeños me necesitaban, y yo los necesitaba a los grandes. Mis padres me necesitaban, así que yo tuve que trabajar. Para ese entonces yo tenía 22 años, y el hermano que fui a buscar tenía 17. Patito que fue a buscar a Nelson, pero no me acuerdo si hablamos.

Quiero darles las gracias a ustedes por hacerme enfrentar algo que no me había dicho a mí misma.

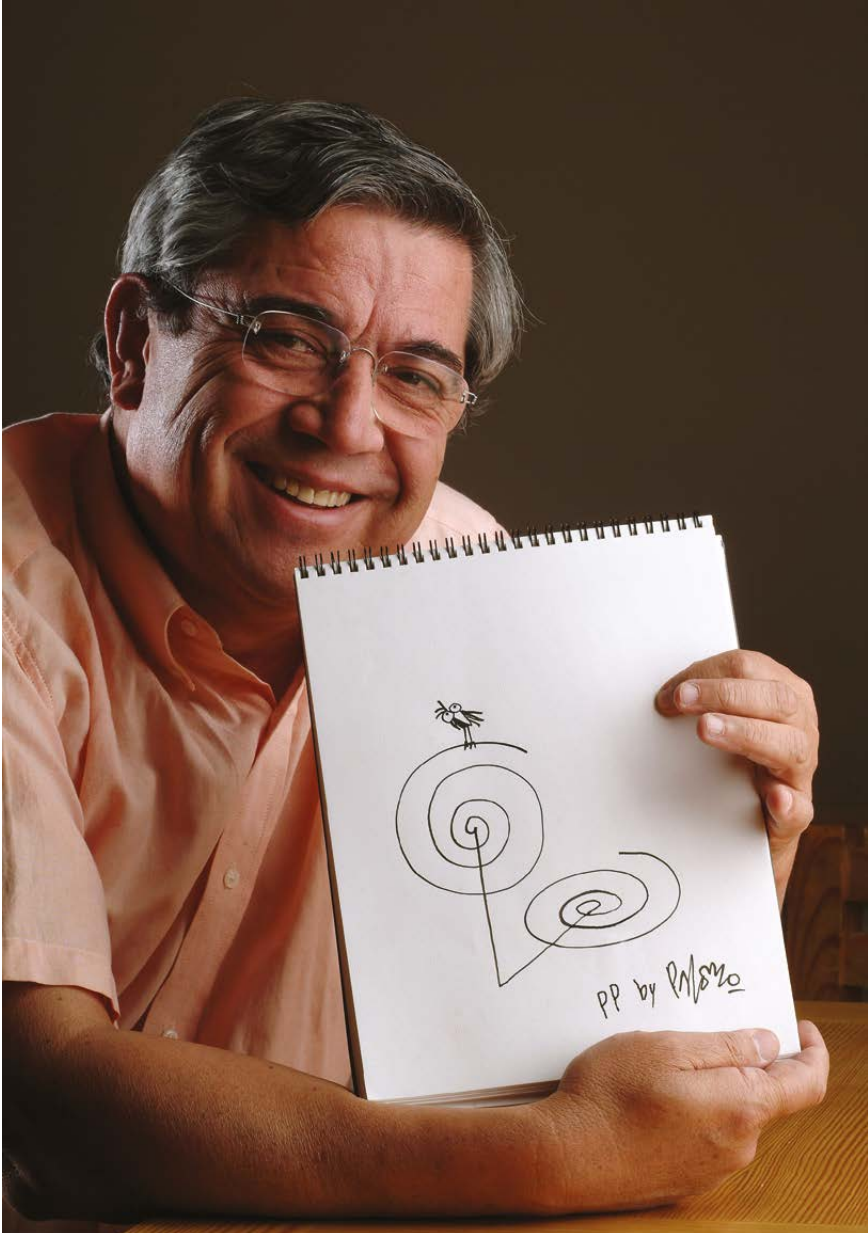
## José Palomo Fuentes\*

### *¿Cómo fue la experiencia del golpe de Estado?*

Lo más nefasto que puede ocurrir a una nación. Éramos un país pobre pero con una democracia lograda con esfuerzo, trabajo, sobriedad y medios de comunicación que representaban los intereses de todos los sectores, una vida social en una institucionalidad que permitía un modo de vida, con problemas por resolver, pero con un margen amplio de acuerdos que buscaban antes que nada una solución compartida, el bien común. Con una sociedad con organizaciones obreras, partidarias y un amplio arcoíris de medios pluralistas y un movimiento estudiantil con representación surgida de elecciones periódicas desde fines de la educación primaria a la universidad; el presidente recién electo dio su primer discurso desde el balcón de la FECH (Federación de Estudiantes de Chile). Según amigos extranjeros, era tan atrayente el modo de vida que encontraron en nuestra tierra que se les hacía difícil retornar a sus países de origen. Muchos de ellos se jubilaron y optaron por instalarse definitivamente allí.

Chile es un país de terremotos frecuentes, el golpe militar es la peor de las catástrofes no naturales, ordenado por la dupla de criminales Nixon-Kissinger a los militares chilenos adiestrados en Fort Gulick, Fort Bragg y otros centros docentes de la doctrina de seguridad nacional, absolutamente indecentes. La orden era clara, que el otrora ejército

\* Entrevista a José Palomo Fuentes. Entrevistadores: Alejandro González Franco, Rebeca Flores e Ivonne Charles, 3 de mayo de 2023. Lugar: Villa Olímpica. Ciudad de México. [Primera parte; el resto del testimonio fue enviado por entregas hacia finales de junio de 2023].



José Palomo.

Colección particular de J. Palomo Fuentes, Ciudad de México, s/f.

nacional debería actuar ahora como ejército de ocupación y combatir al pueblo chileno como enemigo para aplicar la política de seguridad nacional, pero no la seguridad nacional de Chile sino la de Estados Unidos de Norteamérica. Los lacayos iniciaron el golpe con algo inimaginable para todos, el bombardeo del palacio presidencial con el presidente constitucional Salvador Allende en su despacho. Hoy sabemos por los propios documentos desclasificados de la CIA y las investigaciones de la Comisión Church del Senado estadounidense que la intervención de Estados Unidos en Chile comenzó en la campaña presidencial de 1964, cuando la CIA dio a la Democracia Cristiana (DC), al dueño de *El Mercurio* y a partidos de la derecha 10 millones de dólares. Esa cantidad, en dólares de 1964, en un país pobre como el nuestro, hizo la diferencia y el candidato de la DC, Frei, salió electo con una mayoría parlamentaria que le permitía gobernar sin obstáculos. La intervención norteamericana, temerosa de sus propios miedos que les hizo ver en Chile una nueva Cuba, llenó el país con simpáticos jóvenes estadounidenses de los Cuerpos de Paz para tener información de primera mano del proceso político que se inició con una publicitada Revolución en Libertad y una reforma agraria de “macetero”, como la bautizó el analítico pueblo nuestro.

La DC, que nació de un partido de derecha pero con un ideario socialcristiano, o sea, partidario de los cambios que el país exigía de mil maneras, no podía sino estar con los sectores populares y menos favorecidos.

Frei y Allende eran amigos desde que se iniciaron en la política, pero el anticomunismo que implantó el macartismo y el complejo militar industrial instalado ya en las esferas gubernamentales del país hegemónico, activó la guerra fría inmediatamente después de la segunda guerra mundial, cuando el ejército soviético derrotó a la amenaza nazi ocupando el mismo Berlín.

El anticomunismo se instaló a sus anchas en todo el continente y los fue distanciando. El gran temor de Frei era que se hiciera realidad lo que anunciaba desde el título un libro aparecido en Brasil: *Frei, el Kerensky chileno*, por el dirigente ruso que facilitó la llegada de los bolcheviques al poder. Cuando Allende ya electo hizo la visita protocolar al presidente en funciones, Frei repetía que cómo era posible que él “le tuviese que entregar la banda presidencial al candidato de socialistas y comunistas”.

Estados Unidos y sus aliados usaron todo tipo de tácticas sediciosas, como el asesinato del general Schneider, tanquetazos y otras maniobras para impedir el acceso del presidente Allende a La Moneda. Pero con la Casa Blanca más oscura que nunca, la dupla “SOB” (así

trataban ellos, en conversaciones grabadas, al presidente constitucional electo, en comicios libres), Kissinger eliminó cualquier duda sobre su opinión de nuestra democracia: “No veo por qué tenemos que esperar y permitir que un país se vuelva comunista debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo”. Siguieron fluyendo los fondos para financiar sabotajes y acciones sediciosas, bancar al *Mercurio* y el poder mediático y a la derecha golpistas y así según el guion de Kissinger-Nixon hasta el martes 11 de septiembre.

A pesar de que el curso de los acontecimientos, las señales, el plan de Nixon de usar todas las palancas del imperio para “ hacer gritar a la economía” (financiar el paro camionero y bancar el ocultamiento de alimentos y productos de primera necesidad; el pueblo tenía dinero en los bolsillos pero el mercado no tenía productos que vender, porque todo estaba en bodega), la presión del macartismo sobre el Parlamento y la DC mangoneada por el examigo de Allende, Frei, que llevó a la ilegal acusación constitucional que sirvió para llamar a los cuarteles, cuando esto ocurre nos parece algo realmente inconcebible, totalmente ajeno a nuestra historia, pero cuando vimos a los “gallardos” soldados chilenos bombardear el palacio presidencial, sembrando el terror, de Arica a Punta Arenas, entre su propio pueblo, fue la señal inequívoca de que estábamos ante una maniobra con el beneplácito imperial y el blanco escogido, la sede de nuestra cabildeada, discutida, chamullada y concatenada democracia, madre de nuestra República, La Moneda.

### *Golpe, asilo, exilio...*

El golpe nos fue avisado a la medianoche, de ese minuto en adelante todo fue incierto, lo acordado para ese día, o la semana completa, lo desacordamos de inmediato. El teléfono sonaba y nos dejaba dudas y suposiciones que se apilaban o repletaban nuestras mochilas. La radio no daba noticias, las que solíamos escuchar en su mayoría estaban silenciadas.

Se congregaron varios amigos en nuestro depa y nos pusimos a cavilar en el *¿Qué hacer?*, ese libro de Lenin que pocos han leído y muchos citamos sólo el título. La orden última que oímos era que teníamos que ir a nuestros lugares de trabajo. La otra es que deberíamos salir de casa porque nuestro departamento estaba situado en una calle de gente mayor, donde nosotros teníamos 40 años menos que nuestros vecinos, que al ver gente menor sólo piensa de ellos sospechosamente. Era un depa raro donde entraba gente muy distinta a la que vivía en la cuadra: barbudos, con guitarra, con mochilas, a veces ponchos. Urgía irnos. Salimos creo que antes de las nueve. Zandra me llevó a mi trabajo



en la calle Fanor Velasco, una calle corta, a unas cuatro cuadras de La Moneda, donde había varias sedes de organismos de la UTE (Universidad Técnica del Estado), la Radio de la UTE y el INPRUTE (Instituto Nacional de Prevención de Riesgos Ocupacionales de la UTE), donde yo trabajaba. Zandra me dejó allí y ella se fue al punto de reunión de los trabajadores de Canal 9 de la Universidad de Chile, expulsados del canal por el golpista rector demócratacristiano Edgardo Böeninger. Empezaron a llegar noticias de la casa central de la UTE. Los trabajadores de la radio, que quedaba sobre la oficina del INPRUTE, nos pidieron ayuda para bajar una gran caja del emisor de la radio que ya estaba silenciada. Una vecina viejecita que barría su vereda, totalmente ajena a lo que le ocurría al país en ese momento, se compadeció de nuestros esfuerzos y ofreció el receptor de su antigua casa, puso la caja al final de un corto pasillo, fue al interior y lo cubrió con un mantel bordado y encima un florero de cristal con una flor. La estética vino en protección de ese aparato tan esencial para la radio. La idea de ir a la UTE se desechó porque los militares estaban cercando la casa central.

Es bueno recordar que en aquel tiempo no teníamos internet ni los celulares que tenemos hoy; conseguir un teléfono era una hazaña. Llamé al depa de nuestros vecinos, exiliados del golpe contra João Goulart en 1964. Luiz Rodolfo me preguntó “cómo anda tu portugués”, le respondí: “só gira carioca, fala”, y como si fuera uno de sus compatriotas me alarmó: “ya están aquí, los verdes allanan tu depa y todavía siguen ahí”. Agradecí la información y llamé a Zandra, que ya estaba en casa de su tío, y la puse al tanto: “y por favor, no vayas al depa por ningún motivo”. Le comenté que no teniendo dónde ir, un compañero de oficina me ofreció pasar la emergencia en su casa. Como lo dije antes, el mundo donde vivía se desmoronaba inexorablemente. Salimos de la oficina, nos despedimos de los compañeros del INPRUTE, cruzamos la Alameda donde minutos más tarde comenzaría el bombardeo a La Moneda. Creo que caminamos por Lord Cochrane dos o tres cuadras y luego doblamos a la derecha, queríamos llegar a la Gran Avenida. En el camino me fui dando cuenta que me costaba asumir que todo se iba complicando y lo que teníamos ya no lo teníamos. La mente, la conciencia, el cerebro nos recordaba todo lo que debíamos hacer, todas nuestras citas, nuestros compromisos, cómo era nuestra vida diaria; recordé sobre la marcha que ese martes 11 debía encontrarme con un amigo, en el casino de la UTE, que me iba a enseñar cómo había quedado la carátula que yo le había diseñado para el disco que salía esa semana.

Recordé que un par de meses antes Víctor Jara me explicó la idea fuerza que motivó ese conjunto de canciones del folclor que, como hacía

su maestra Violeta Parra, recopilaba del acervo popular. Víctor me subrayó la tensión política que se vivía y cómo la situación política amargaba y complicaba el día a día del pueblo (hoy sabemos –a través de la desclasificación de las cintas telefónicas grabadas–, 50 años después, lo que la dupla criminal Nixon-Kissinger tramaba hacer en ese país, con ese “pueblo tan irresponsable” que quería escoger un mejor destino a través del voto). Víctor, como el gran director de teatro de su generación, proponía una pausa para oír una recopilación de décimas, payas, reventones irreverentes por medio de los que el alma populárica enfrenta sus calamidades. Era más o menos lo que hacía yo a diario, en periódicos y revistas, aludiendo gráfica y humorísticamente a la vida de la gente. Le sugerí a Víctor que buscaría, en el grabado popular, algún apunte que nos funcionara. Al cabo de un par de semanas tenía algo ya resuelto, y que, así como él no cantaría sus creaciones, yo opté por no poner un dibujo mío sino hacer un par de *collages* con algunos de los preciosos grabados en madera encontrados en la Lira Popular para portada y contraportada del *long play*. El resultado fue la imagen que se muestra más adelante

Cuando cruzamos avenida Matta nos encontramos con una marcha que iba hacia el centro, se compactaba y se disgregaba; muchos de ellos no sabían que estaban bombardeando el palacio presidencial. Todos estábamos apanicados y sin saber cómo enfrentar esta situación. A medida que los golpistas se instalaban en su papel de gallardos defensores de la patria amenazada, nosotros íbamos asumiendo que éramos la siniestra amenaza y por lo tanto el blanco de sus disparos. Apenas llegamos a mi refugio llamé nuevamente a mi vecino, y me adelantó “aún no se han ido, parece que instalan *uma gaiola*”, una jaula, una trampa. Llamé a Zandra, la puse al tanto de lo averiguado y le pedí que por ningún motivo volviera a nuestro depa. Acordamos vernos en casa de mis padres temprano en la mañana. Mientras, en casa de mi amigo había una persona mayor que estaba en el festejo del golpe. Un breve diálogo le apagó la fiesta.

Al día siguiente me despedí agradecido por la hospitalidad y caminé hacia la casa de mis padres. Tenía que andar un buen rato para llegar detrás del aeropuerto de Los Cerrillos, había que ir, rumbo al oeste, media ciudad. Vi lugares que desconocía, barrios y comunas ajenas a mi cotidianeidad, rincones con una extraña belleza. Todo mundo era peatón, no había transporte como en un día normal. En casa, abracé a mi madre y en el patio me encontré con una imagen que quedó imborrable en mi memoria. Abracé a mi viejo que con los ojos llorosos quemaba una pila de libros. Eran libros que él, con gran esfuerzo, me había comprado cuando yo estudiaba. Hoy, macartistas adiestrados en



*Canto por travesura*, portada realizada por Palomo para Víctor Jara.  
Colección particular de J. Palomo Fuentes, Santiago de Chile, 1973.

Fort Gulick y Fort Bragg lo habían aterrado a tal punto que lo obligaron, para no caer en la sospecha delatora, a hacer lo que vio en la tele, lo que hace la represión con los libros, quemarlos. Esa imagen, unida a todos los crímenes, desapariciones, torturas, que nuestros –digo “nuestros” porque los pagamos con nuestros impuestos– gallardos hombres de armas cometen, hacen para mí, racionalmente, imposible tomarlos como miembros de la especie humana.

Llegó Zandra con un par de compañeros del Canal 9 de TV de la Universidad de Chile, nos despedimos de mis viejos como si nos fuéramos a seguir viendo como siempre. Llegamos a la casa de Andrés, que quedaba en el jardín posterior del conjunto habitacional en la calle Vergara. Una

casa antigua, muy bonita, con árboles añosos que enmarcaban la entrada. Estaban Andrés, su hermana Verónica y sus padres, doña Olguita y don Andrés, más un grupo importante de mexicanos amigos a quienes conocía, compatriotas de Camilo, el marido de Verónica. La mayoría eran ingenieros agrónomos enviados por el gobierno mexicano para sumarse al esfuerzo de profundizar la reforma agraria, iniciada por el gobierno de la DC, y profundizada por el gobierno de la Unidad Popular. Muchos se incorporaron al plan de desarrollo del cultivo de árboles frutales y a iniciar después la exportación de frutas: naranjas, mandarinas, uvas, cerezas, duraznos, damascos, que compraríamos años más tarde (ironías de la vida) en los supermercados mexicanos y de otros países.

Zandra partió a una reunión de trabajadores del canal; le dije que la llamaría a casa de sus tíos en la tarde. Me uní al grupo que estaba allí, o más bien a la confusión misma. La mayoría de los ingenieros agrónomos y sus familias habían recibido orden de la embajada de reunirse todos en un hotel para organizar el regreso a México.

Con la represión desatada por los egresados de Fort Gulick, Fort Bragg y otros, no había garantías de buen trato para nadie. Parte del grupo esperaba un auto que los llevaría al consulado. Me preguntaron qué haría yo, y yo era el que menos sabía porque no tenía dónde ir ni dónde conseguir refugio. Lo único que teníamos, el depa, ya no lo teníamos porque la patrulla que allanó nuestro hogar, experta en actuar como fuerzas de ocupación, se instaló allí para ver quién llegaba.

A medida que pasaban las horas nos fuimos enterando de la gravedad de la tragedia. Así y todo, fluía la información de lo que ocurría y, principalmente, la catarata de malas noticias que crecía y documentaba lo inconcebible en nuestra corta historia como país democrático.

Oímos el discurso del presidente Allende, un ramalazo de realidad. El corroborar en las listas de compañeros secuestrados, torturados y asesinados la muerte de amigos entrañables. Entre las miles de víctimas simplemente por pensar distinto, citaré un solo caso, amigo nuestro, que murió cuando la metralla del ejército de ocupación irrumpió en el palacio presidencial: el periodista Augusto Olivares.

En medio de esta confusión total de qué hacer, uno de los amigos mexicanos me dijo: “entre si son peras o son manzanas, mejor te vienes con nosotros al consulado”. La propuesta me pareció como una tabla de salvación en medio del naufragio. Argumenté “pero yo no me quiero ir al exilio”, “tonterías, vamos, allí, por lo menos tendrás un lugar seguro donde pasar la tormenta”. No pude responder a eso y acepté que era lo más sensato en ese momento. Llegó el coche y salimos por Vergara, cruzamos la Alameda y enfilamos hacia la cordillera. Antes de partir le

comunicué a Zandra lo que haría y le dije “nos vemos en casa de Oski”. Eso era, te vas a Buenos Aires y nos encontramos en casa del gran dibujante argentino, a quien en 1972, cuando trabajaba para el gobierno de Allende y ante las presiones de Estados Unidos, la derecha local y la DC, financiadas con dinero de la CIA, según demostraba el informe del senador Frank Church en el Senado *norteamerigringo*, Oski me resumió: “esto no da para más”, y optó por volver a su país. Lo fuimos a dejar al aeropuerto.

Llegamos al consulado, y quien me abrió la puerta fue mi amigo Camilo, uno de los ingenieros agrónomos mexicanos, quien me dijo: “bienvenido, Pepe”. En el consulado había mucha gente, muchos amigos, y lo que más me impresionó fue la gran cantidad de infantes. Claramente, apenas cabíamos en el edificio. Los heroicos hombres de armas decidieron, para dificultar la vida, especialmente la de los chicos, cortar el agua. Todos los sectores dijeron que esa medida era una insensatez criminal y junto a las autoridades mexicanas exigieron dar una contraorden. La presión compacta de todos los sectores surtió efecto y continuó el suministro de agua.

El gobierno mexicano envió unos aviones para evacuar la sobrepoblada situación. Había que iniciar los vuelos. En una breve consulta, mayoritariamente resolvimos que los primeros que debían emprender la salida eran las familias con niños. No sé cuántos viajaron en el primer vuelo, pero notoriamente mejoró la situación tanto en el consulado como en la embajada.

Aun así, el espacio seguía escaso. Buscando algún rincón fui a dar a un pequeño cuarto donde había periódicos y revistas mexicanos. Era el cuarto del consulado donde llegaba la prensa nacional. Había una mesa y un estante; bajo la mesa, acumulados, pilas de periódicos y revistas. Cansado intenté dormir con las piernas levemente encogidas. Dormí un rato pero desperté por, pensé, un mal sueño. La verdad es que desperté y al tratar de levantarme noté que no sentía las piernas. Como pude llegué al baño, que a esas horas estaba desocupado. Me froté las piernas con un poco de agua fría hasta que recuperé la sensibilidad y el movimiento. Empecé a leer los periódicos para saber del México actual. Tomé uno, *Excélsior*, que tenía un subtítulo que me llamó la atención: “el periódico de la vida nacional”. La verdad es que me puse a leer todas las secciones para saber más del lugar donde lo publicaban. Siendo un lector curioso desde que me conozco y no teniendo qué y dónde leer, este ejercicio me vino de perlas.

Hablé con muchos amigos y compañeros que nos conocimos en el derrotero de nuestra vida política. Hablamos de lo que debíamos hacer.

Insistí en que yo no quería exiliarme, pero uno más sabio me dijo: “el exilio no se elige, el exilio te lo imponen las circunstancias”. He escuchado a muchos hablar, a pesar de esa evidencia, de un imposible “exilio voluntario”. El embajador de México en Chile, don Gonzalo Martínez Corbalá, nos orientó acerca de nuestros deberes y derechos en nuestra condición de refugiados, y por supuesto que al entrar en la sede diplomática, para nuestro propio bien, debíamos respetar los protocolos de la soberanía de México, el país que hoy nos brindaba el asilo. Nos correspondía actuar en consecuencia.

Mientras permanecíamos en el consulado llegaron varias personas en busca de protección. Uno de ellos pidió que abrieran la reja; el portero del consulado se acercó y abrió. En ese instante llegó un policía armado que quiso impedir que el muchacho entrara. En el forcejeo, el portero empujó la reja para que no entrara el policía que puso el cañón de su metralleta en la cabeza del perseguido; desde dentro del consulado gritamos que él no podía entrar porque ese era territorio mexicano. El poli, decidido a apretar el gatillo, de pronto logró controlarse, echó pie atrás y desapareció. Celebramos el hecho. En otra oportunidad, el bus que llevaba a los asilados para tomar el avión que los llevaría a México regresó al consulado con un asilado que no estaba en la lista de embarque, el vehículo se estacionó frente a la reja. El chofer le dijo al asilado que bajara y entrara al consulado. La patrulla policial le dijo al asilado que se entregara; el portero del consulado les dijo que el bus era territorio mexicano. El jefe del grupo pinochetista le dijo al asilado que lo detendrían en cuanto bajara del bus, apenas pisara territorio chileno. El portero del consulado volvió con una bandera mexicana con la que cubrió al asilado y paralizó a la patrulla militar cuando les advirtió: “ustedes no pueden tocar nuestra bandera”. Y acto seguido cruzó la vereda y entró al consulado. Felicitamos al portero por haber solucionado un problema que pudo derivar en algo más grave.

Llegó la hora de ir a tomar el avión que nos llevaría a México. Cuando pasamos por la ceremonia del embarque me despedí del inspector de aduanas, ya que no tenía equipaje, y le dije: “suerte, hasta pronto”, y me respondió: “no creo que nos veamos pronto, esto pinta que va para largo”; “ojalá que te equivoques”, le dije con un apretón de manos.

De allí había que cruzar el resplandor del recinto y caminar hacia la pista oscura donde se veía apenas la nave y la empinada escalera de ingreso. Ya de cara a la puerta, don Gonzalo me acercó un cálido “Bienvenido” y un jaibol. “Gracias”, mientras me acomodaba en un asiento de pasillo. La ceremonia fue breve y ya con pasaje completo enfilamos hacia la pista de despegue. El largo confinamiento y la comida no hoga-

reña hicieron que luego que despaché el jaibol cayera en un largo sueño, tan largo que desperté cuando ya estábamos sobrevolando la enorme Ciudad de México. Descendimos y en un breve lapso íbamos en un carrito que nos llevaba a las instalaciones del aeropuerto. A quienes me acompañaban en el carrito les dije: “escuchen, así nos recibe el México profundo”, y se oye en la radio portátil del conductor la voz y el ritmo de Sonia López cantando “ven, ven, ven, ladronzuelo, ven”, “El Ladrón”, un éxito que ya había oído en los programas de música mexicana en las radios populares chilenas.

El protocolo de nuestro arribo a la república mexicana: en cuanto llegamos fuimos llevados a las oficinas de Gobernación, donde nos informaron que a partir de ese día ya no dependíamos de la Secretaría de Relaciones Exteriores sino de la Secretaría de Gobernación, esto es equivalente al Ministerio del Interior; allí tuvimos una descripción del protocolo de ingreso al país. Nos identificamos con los datos generales de cualquier persona. Algunas preguntas acerca de los motivos del asilo, las circunstancias que nos forzaron a tomar tan drástica opción. Luego nos llevaron a un par de hoteles del centro de la Ciudad de México, el hotel San Diego y el hotel Versailles, donde estaríamos hasta terminar el protocolo de ingreso. Estuve en el hotel San Diego, en la calle Luis Moya, a pocas cuadras del parque de la Alameda. Allí recibimos la ayuda del gobierno mexicano, de los hijos de los trasterrados de la República española, y, lo que sea de cada quien, también un par de hijos de su santa madre que nos lanzaron volantes desde una ruidosa moto en que decían: “¡Fuera terroristas!”, tratando de involucrarnos en política interna.

Mientras los compañeros se organizaban para recibir la ayuda, un trío de solidarios y bastante mayores refugiados, un refugiado alemán, otro un republicano español, encabezados por el líder campesino del nordeste brasileño Francisco Julião. Nos reunimos junto a René Largo Farías y su mujer Cristina en el *lobby* del hotel. Nos contaron de su vasta experiencia y nos describieron, en detalle, en qué consistía el destierro, desde nuestra llegada hasta el fin de nuestros días, que el exilio tenía puerta de entrada pero no puerta de salida, nos dijeron de qué enfermaríamos, que esta unidad y compañerismo inicial se iría agrietando al paso del tiempo; quedamos sorprendidos, impactados pero agradecidos. En mi experiencia personal, cada cosa que nos ocurrió, ya advertidos, supimos enfrentarla y aminorar sus efectos. Pero uno nunca termina de aprender, estuvimos cinco años con las maletas listas para el regreso, a pesar de que nuestros amigos experimentados nos habían puesto en guardia: “No hay regreso, porque no hay dónde regresar”.

Caminar por esas calles que me parecieron familiares, a veces hasta creía que si doblaba por Luis Moya me encontraría con el barrio Franklin. Pero de pronto, volvía a la realidad y debía asumir el desafío de estar, geográficamente, lejos de mi tierra, y culturalmente, cerca de los países del subcontinente.

De todas las palabras que explican el exilio, la emigración, la tras-humancia, el cambio del humus originario, cuando se habla de exiliados, quizá la más precisa es trasterrados. La etimología razona que el trasterrado es aquel que es obligado, por la fuerza, a abandonar la tierra que le vio nacer, vivir y crecer. Para los griegos, nos dijeron en la escuela, que para el mundo helénico ésta era la pena máxima. Los romanos agregaron “ubi panis, ibi patria”, “donde hay pan, hay patria”. Más claro echarle agua, potable, por favor.

De pronto, nos fuimos encontrando con los trasterrados de esta tragedia latinoamericana, inducida por el poder político hegemónico del complejo militar industrial imperante, afortunadamente, en la generosa hospitalidad solidaria de la república mexicana. La tierra de Villa, Zapata, Juárez, Lázaro Cárdenas y los incontables faros culturales de su historia.

Uno de los tantos puntos de encuentro, por su trayectoria informativa, fue el diario *El Día* de don Enrique Ramírez y Ramírez, el periódico de los movimientos populares.

Me encontré con el periodista uruguayo Daniel Waksman con quien hacíamos la contraportada, en clave humorística, del semanario *Chile Hoy*, que dirigía Marta Harnecker, pues iniciamos una sección parecida para *El Día*, diario que se transformó en tribuna para hablar de la situación de los países de la Patria Grande. Allí me tocó en suerte participar, de oyente, en una mesa de trabajo presidida por la subdirectora Socorro Díaz, periodista mexicana, con algunos de los colaboradores del periódico: Rodolfo Puiggrós, rector de la UBA (Universidad de Buenos Aires), Francisco Julião, líder campesino del nordeste brasileño, Samuel Lichtensztejn, rector de la Universidad de Montevideo, Atahualpa del Cioppo, director de teatro uruguayo, con quien tuve la suerte de trabajar en *El círculo de tiza caucasiano* de Bertolt Brecht para el ITUCH, en Santiago de Chile, Carlos Quijano, director del gran semanario uruguayo *Marcha*, la periodista chilena Frida Modak, y varios personajes mediáticos, cuya opinión informada pesa a la hora del análisis.

El gobierno mexicano, mientras se iniciaban las conversaciones para encontrar un *modus vivendi* de acuerdo con los antecedentes laborales de cada quien, para desocupar los hoteles resolvió el traslado de los asilados a una unidad habitacional en Iztapalapa.



A mí me asignaron un departamento al que yo renuncié en favor de un compañero mapuche y su familia, debido a que el gran amigo y periodista chileno Edwin Harrington me había cedido un lugar en su depa, mientras terminaba mi aterrizaje en la vida normal. La diosa Fortuna vino en mi ayuda y me citó a las oficinas del CEMPAE (Centro de Estudios Medios y Procedimientos Avanzados en la Educación), dirigido por la doctora Rosa Luz Alegría junto a un grupo de expertos y maestros mexicanos y extranjeros, como el vasco Esteban Inciarte, la maestra chilena de la Universidad de Concepción, Isabel Ogalde, su compatriota el físico Romilio Tambutti, nuestro querido Tiodolo, Francisco Reyes Palma, el documentalista Manuel Michel, entre muchos otros. La idea era colaborar a ilustrar los libros que el programa PRIAD, coordinado por el doctor Félix Cadena, proponía en 18 libros, de 200 o 300 páginas con dos o tres ilustraciones por página, que realicé en ocho o nueve años. Los paquetes de libros eran distribuidos gratuitamente a través de supermercados y tiendas por toda la república. Así incorporaba a quienes por a, b, o c motivos no completaron o abandonaron el programa de educación primaria regular; el PRIAD brindaba una oportunidad a que retomaran en forma personal y autodidacta, guiados por monitores grupales y sesiones semanales voluntarias, para lograr terminar, en tres años, el aprendizaje del programa de educación primaria y recibir un diploma que certificara el cumplimiento. En la práctica, el certificado es garante de la capacitación en la educación primaria que el PRIAD hace en tres años lo que el alumno regular hace en seis, y que serviría para lograr un trabajo mejor pagado que el de trabajador sin ninguna instrucción. Según el INEA (Instituto Nacional para la Educación de los Adultos) sumadas ediciones y reediciones los libros de PRIAD (con un tiraje promedio de 300 mil ejemplares por libro) alcanzaron un total de entre 40 o 45 millones.

Mientras trabajaba en el CEMPAE ilustrando los libros de educación para adultos inicié mi participación en algunos medios periodísticos mexicanos, primero en el diario *El Día*, luego, y junto a mi querido caricaturista yucateco Carlos Dzib, en la *Revista del Consumidor*, dirigida por Carlos Ulanovsky, Norma Osnajansky y Lila Pastoriza, que logró tal impacto que siendo una revista fiel a su título pero que avanzó más allá de ese tema, el nobel Gabriel García Márquez la calificó como “la mejor y más completa revista de México”; en la revista de negocios *Expansión*, a invitación de su editor Charles Oppenheim, y paralelamente empecé a incorporarme a un grupo transversal llamado por Carlos Payán Verver y Vicente Rojo a unirme a la lista de fundadores de *unomásuno*, donde estaban todos los que tenían algo que decir, cosa

bastante difícil puesto había gente que no se podía ver entre sí pero, gracias al talante amigable de Payán, quizás podrían leerse en el mismo *unomásuno*.

Paralelamente, cuatro años antes empecé a tramar una tira que tratara de describir la desgracia de nuestros países descrita en lo que alguien, certeramente, pintó a México con ese haikú, aforismo, o mejor *afuerismo*: “Tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”. La idea era hacer lo que los países de nuestro Tercer Mundo tienen como paisaje social y económico. La omnipresente desigualdad, donde “muchos tienen poco y pocos tienen mucho”, las distintas formas de represión, los distintos ambientes, la calle, las creaciones de arquitectura espontánea y autodidacta que se dan en la periferia barriobajera, y tendría como personajes a personas anónimas. Esa tira tenía que empezar por el título. Los políticos cuando quieren explicar algo con pocas palabras recurren a una metáfora, cuando la situación está difícil nos dicen que “tenemos que apretarnos el cinturón”, el problema es que quien lo dice es un político panzón, muy transparente y claro; la tira se llamaría *El Cuarto Reich*, pero con la creatividad con la que se defiende el mundo precario al que lo condena el capitalismo salvaje disfrazado de libre mercado.

La tira salió en la página internacional del diario *unomásuno*. Al poco tiempo llamaron del diario *La Prensa* de Panamá, luego de *El Nacional* de Caracas, la revista *Análisis* de Chile, *El Jueves* de España, y cuando salieron los cuadernillos la difusión tuvo un mayor alcance. Cuando sale *La Jornada*, en portada se anunciaba la aparición de *El Cuarto Reich*. Al paso del tiempo se publica en el periódico *El Universal* de la Ciudad de México. Esta vez a color. Viajeros que recorren el continente me aseguran que las condiciones que produjeron *El Cuarto Reich* siguen más que vigentes que nunca.

Los cinturones de arquitectura autodidacta y espontánea brotan como callampas (setas) en las comunidades ninguneadas y marginalizadas del modelo libremercantil. Así que sigo anotando en mis libretas guiones de la tira, pensando en un soporte que la acerque aún más al lector de hoy.

Bertolt Brecht dijo que “... a fin de cuentas, lo principal es la actitud”. Un viejo y cazarro exiliado, con colmillo largo, me soltó: “a la hora de las certidumbres identitarias, de donde es uno, uno es del país donde nacieron sus hijos”. Hay una verdad que siento que nos obliga a Zandra y a mí y es que Matías y Elías nacieron en México, el problema es que nuestra identidad, pienso, no es optar por uno u otro sitio, uno es de donde nació y también es de donde nacieron los hijos. Es una

identidad compartida o complementaria. La actitud, creo, es la que nos ha deparado Cronos con los años de vida en tierra mexicana, y asumir que también, contrariando a nuestro querido Facundo Cabral, nosotros somos de aquí y también somos de allá. Recuerdo que al salir de la Escuela Experimental de Educación Primaria, un profe me dijo: “no debes temer a nada, y si algo te asusta, y da miedo, infórmate y estudia sobre lo que temes. El saber es lo que espanta todos los miedos”. Santo remedio. Sin querer queriendo, somos del charquicán, el pastel de choclo, el vino tinto y las empanadas, y también del pozole, el tequila, la cochinita pibil, el guacamole y los chiles rellenos.



Elías Palomo.  
Colección particular de la familia Palomo Fernández.

# Elías Palomo Reyes\*

## *Presentación.*

Mi nombre es Elías Palomo Reyes, soy hijo de José Palomo y Zandra Reyes, estoy casado con Sofía Fernández hace 15 años. Nací en México y viví aquí hasta los nueve años. Me fui a Chile por 17 años y regresé a México hace 15. Ahora tengo 40. A Chile nos fuimos los cuatro, mis papás, mi hermano y yo. Mi papá se regresó a la Villa Olímpica, en la Ciudad de México, y mi mamá se quedó en Santiago, aunque mi papá iba a vernos cuando menos una o dos veces al año.

## *¿Cómo descubriste el exilio de tus padres?*

El tema siempre estuvo presente porque eran chilenos, hablaban diferente, éramos una familia diferente, pues no estaba compuesta en lo general por vínculos de sangre, me crié con exiliados. No éramos una familia muy convencional. Pero yo, sobre exilio, dictador, Pinochet, como a los 11 empecé a tener los primeros datos de eso, de que existía ese personaje, que era malo, que hacía cosas malas, o que había hecho cosas malas.

## *¿Cómo lo descubriste? ¿Te lo contaron tus padres?*

Llegando a Chile entré al colegio Rubén Darío, uno de los colegios donde llegaban los hijos de los retornados. Como era un colegio muy de izquierda, las historias de los propios compañeros te iban mostrando

\* Entrevista a Elías Palomo Reyes. Entrevistadores: Alejandro González Franco, Rebeca Flores e Ivonne Charles, 28 de abril de 2023. Lugar: Restaurante Sanborns, Plaza Cuauhtémoc, Col. Roma Norte, Ciudad de México.

el tema de la siguiente forma: “ah no, yo vengo de Suecia”, “yo vengo de Alemania”, “mis papás pasaron X o Y”, “no, pues a mí me contaron que a los papás de tal los torturaron”, “el papá de tal ya no existe por...” Pero aquí en México era muy difícil. Sabía que mis papás no eran de aquí, por una cosa que había en el ambiente, pero, a ciencia cierta, yo no supe de la existencia de Chile hasta los seis.

Ese colegio era muy especial, era como una escuela activa, donde nosotros hacíamos todo, teníamos jaulas con pájaros, perros, cultivos, el aseo lo hacíamos los alumnos mismos, y se procuraba mantener en orden, sobre todo, darnos familia... Era pues muy familiar el ambiente que había ahí, a pesar de que con los años empezaron a entrar chilenos chilenos, por así decirlo. Siempre hubo esta cosa de que ya llegó un mexicano que no había regresado, un estadounidense, y de que llegaba alguien de otro rumbo, que creo que también eso como estudiante te abre mucho la mente de que existe otra cosa y tomas de la cultura del que estuvo en Suecia, del que estuvo en Alemania, porque vas a sus casas, porque estás con ellos constantemente y vas aprendiendo de las diferentes formas de vivir el exilio que tuvieron cada una de las familias con las que nos tocó convivir.

*Hay una percepción de tus amigos, de tu hermano, sobre el exilio.*

En el colegio sí había una vivencia evidente del exilio, pero desde este lado generacional. Los adultos lo vivieron muy distinto, pues su arraigo cultural y familiar estaba ligado directamente a ese país.

*¿Todos eran iguales?*

No, porque había alumnos que tenían padres desaparecidos o que seguían en el ocultamiento. Hay que pensar que el retorno a Chile es muy crudo, pues el dictador sigue en el poder, y sigue hasta muy entrada la democracia, con ochocientas mil comillas, como una democracia tutelada. Durante los primeros 11 de septiembre en México, mis padres y quienes me rodeaban, familia al fin, se habían armado de esa coraza enorme que nos protegía. Como vivíamos en una casa grande, no alcanzamos a verlos tristes ni pudimos apreciar su dolor, porque había muchos espacios donde estar sin que pudiéramos ver lo que les sucedía. Nosotros pensábamos solamente que no conmemoraban el 11 de septiembre.

Lo que recuerdo del retorno a Chile, con el frío que hacía, siempre estábamos todos juntos, en una casa de una sola planta, entonces, llegamos, y era todo frío, y los familiares no te trataban como mis papás esperaban, porque éramos charros y nos vestíamos con color, éramos distintos. A diferencia de la casa en México, en Chile el espacio era más

reducido, entonces cada 11 de septiembre vimos a mis papás llorar y llorar, y tristes. Eso para mí es una llegada a un país feo, porque como niño ves puras cosas negativas, no el relato que te contaban acá, que todo iba a ser maravilloso, y los prados y el verde y la bicicleta y los amigos y la familia, todo eso no existió. Fue como llegar a una mentira, aunque uno intentó ponerle las ganas. No es que yo la haya pasado mal en los 17 años que estuve ahí, tengo amigos muy entrañables, recuerdos increíbles, pero, finalmente, no es mi país, nunca lo fue, es el país de mis papás.

*¿Nunca te adaptaste a Chile?*

Hubo un momento en el que yo decía: “estoy chico, no voy a salir de aquí, pues vamos a llevar esto bien”, y tuve amigos y la pasaba bien, y llegó un momento en que el tema de la dictadura dejó de ser un tema presente, empiezas a vivir la vida, adaptado no sería la palabra, tampoco resignado, pero cuando te das cuenta de la posibilidad de regresar surgen preguntas como si doy el paso o no doy el paso; es más complejo porque ya tienes todo armado, implica desarmar las cosas. En Chile yo tenía todo listo para quedarme.

Además, que después de 17 años de dictadura, es una sociedad muy jodida, y una dictadura tan cruel como la que pasó, y con un país extremadamente anticomunista como es Chile, requería vivir con una cautela mayor de parte de mi familia, pues era un miedo latente a decir de dónde era uno y qué vueltas de la vida tuvieron que pasar para que así fuera. En los 17-19 años de dictadura, como el vecino delató al vecino y el pariente señaló al pariente, porque creían que era lo que se tenía que hacer, pues ya la gente no confiaba entre ellos.

Algo que yo siempre le reclamé a mi mamá fue que para qué me había enseñado a saludar, a dar los buenos días, las buenas tardes, si allí nadie saluda ni responde. Yo en ese minuto no entendía por qué todo era tan diferente; lo entiendes mucho después, ya cuando estás viejo: ah no, pues pasaron por esto, y como pasaron por esto ya no le hablan a nadie. Para mí el regreso a México fue complejo, porque yo regresé a vivir con mi papá, que tenía otra forma de ser y vivir a la que yo había tenido en Chile durante 17 años. Tuve que armar camino para estar donde quería estar.

*¿Tú vivías con tu mamá cuando regresas...?*

Yo regreso sólo con mi papá.

*¿Tu mamá quiso regresar a Chile?*

Mi mamá, no. Y para mi regreso, si yo hubiese sido hijo único, mi mamá en ese minuto hubiese cerrado todo y nos hubiésemos regresado juntos a México. Mi mamá se quedó con mi hermano, además de que estaba el proyecto del restaurante, entonces era difícil acabarlo todo y regresar. Pero cuando yo me caso, mi mamá y mi hermano vienen para mi boda y mi mamá me dice: “pues es que yo no sé qué estoy haciendo en Chile, estoy perdiendo la posibilidad de regresarme a México”.

*¿Y tu hermano se quedó ya estabilizado con su restaurante en Chile?*

A mi hermano le costó tres años sacar los permisos y patentes en la municipalidad de Vitacura. Esto significó un esfuerzo económico y de trabajo tremendo. Cuando estuvieron las patentes fue otro esfuerzo porque a diferencia de los mexicanos que van a comer al restaurante con frecuencia, porque es cultural, en Chile solamente van para cuando hay un evento importante familiar, o alguna celebración, y en Santiago son seis millones de personas. La élite de esos seis millones de personas se reducía a 600. Además, el restaurante de mi hermano era muy muy especial y estaba hecho para la élite; allí se servía comida de autor, con sofisticadas creaciones. Era gastronomía de excelencia, por tanto llegaba sólo un reducido grupo de comensales. El restaurante *Sukalde* llegó a estar entre los mejores restaurantes de Santiago. De hecho, en el 2007 mi hermano recibió el premio a Chef del Año. El esfuerzo era tan grande y tantos los problemas con la municipalidad de Vitacura que él decidió cerrar el restaurante. Esto a pesar del reconocimiento y su trayectoria en este campo.

*¿Cómo se te presentó esa oportunidad de regresar a México?*

Sofía. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Yo venía aquí en enero-febrero, venía cada año, y adonde llegaba era a casa de mis tíos Nelson y Thelma, porque mi papá tiene casa de artista, entonces para mí resultaba mucho más cómodo llegar a casa de mis tíos. Empecé a ver desde muy chico, cada vez que yo estaba en México, que yo no era de Chile. Los tacos, la comida, la vida de aquí, o sea de todos mis amigos..., tienes que pensar que yo me fui en primaria, me fui muy chiquito, entonces, amigos, amigos, yo tengo uno, treinta y cinco años de conocerlo. La vida que tenía en México me hacía sentir completo, no sé cómo expresarlo. Regreso a los 25 años; hubo un par de eventos muy nefastos en Chile por los que yo ya decidí: “esto se acabó, no sigo acá” [Chile].



*¿Estudiaste en Chile?*

Sí. Comunicación audiovisual, animación 3D. A pesar de que me titulé en estas carreras, me di cuenta muy pronto de que no necesitabas terminar la carrera para acceder a buenos sueldos. Además, que a todos los lugares a los que fui, hasta en México, era así como, “a ver, está este problema, resuélvelo”. Por mucho título que yo hubiese tenido, si yo no hubiese resuelto no hubiera sido contratado. Me di cuenta de ello muy pronto.

*¿Tenías el oficio y estabas listo para trabajar?*

Yo estaba trabajando con mi papá. Siempre trabajé con él haciendo el color de sus dibujos. Tuvimos un periodo de baja, que fue cuando estaba Felipe Calderón [2006-2012], que a mi papá lo vetaron porque el subcomandante Marcos, en una entrevista para Francia, dijo que a él le encantaba la tira de mi papá porque el personaje (el dictador del *Cuarto Reich*) era idéntico a Calderón. A la semana de esa entrevista se le caen las cuatro chambas que tenía mi papá aquí en México. Todas el mismo día. Como se daba en esa época. Llegué acá a trabajar con mi papá haciendo libros, entre otras cosas. Después me metí a trabajar en el cine, trabajé en *Rentails* y en *Piratas del Caribe 4*, y ahí fue cuando supe que no era lo que yo quería hacer, porque imagínate, en estudios mexicanos yo trabajaba de lunes a lunes, de 11 de la mañana a cuatro de la mañana, y me pagaban ocho mil pesos de honorarios, o sea me llegaban como 5 200 pesos, y el estrés era mucho, y la verdad es que llega Disney y les dice a los directivos “tienen 15 lugares para poner en los créditos”, y solamente de directivos eran 10, y éramos 45 artistas abajo; entonces ponían a las cabezas, pero a los artistas nunca.

*¿En tu carrera profesional cuál fue el siguiente paso?*

Me metí a una empresa de marketing digital, después me fui a Capacítate para el empleo, en la Fundación Slim, luego me invitaron a participar en una agencia digital, que hacía otro tipo de cosas, pero era mucho más casero, así que hice mi propia agencia digital. De ahí tuve un colapso porque como era mi empresa yo trabajaba 24/7 para que la chamba saliera, para ganar más chamba. El emprendedurismo es bastante cruel. Después mi socia se casó con una chilena, y al programador, que era el otro socio, se lo llevaron por un sueldo absurdo a Noruega o por ahí, y se acaba la empresa. Yo empiezo a agarrar maquinaria para hacer otras cosas que estuvieran lejos de la computadora, y me di cuenta que hacer cosas físicas, tangibles, me gusta.

Mi mamá siempre nos alejó de las cosas que ella consideraba peligrosas. Entonces, las herramientas no eran una opción porque te

podrías cortar un dedo, porque te podría pasar algo. Entonces, ya de muy grande me empecé a interesar por armar cosas, hacer instrumentos musicales, empecé a construir. Y después de muchísimo tiempo que mi mamá vio que esta cosa de construir se me daba bien, me dice: “tu abuelo (paterno) hubiera estado muy feliz”, y yo le pregunté que por qué, “porque él era maestro tornero”, agregó ella. “¿Por qué no me dijiste esto antes?” Porque el gusto por las máquinas viene de ahí. Mi abuelo inventaba cosas, le gustaba hacer juguetitos, pues como no tenía dinero agarraba cosas y hacía juguetes. A mi papá le construyó sus primeros autos de carrera con los que ganó bastantes premios cuando tenía cinco años. Seguramente te van a pasar la foto cuando él corría en La Moneda con los autos que le construyó mi abuelo. Entonces, ahora que sé eso, yo de repente digo que lo que quiero es aprender a usar un torno, y ver qué se puede hacer con el torno, pues si mi abuelo lo hacía yo por qué no. Además, de todos los primos Palomo soy el único que se fue por ese lado, porque todos los demás son diseñadores, artistas, actrices, actores, pintores, mixólogos profesionales.

*¿Cómo ha sido el encuentro con ese pasado familiar?*

Surgió cuando empecé a estudiar la última carrera aquí en México, que es diseño industrial, que mi mamá vio la construcción de algunos muebles, y me dijo que a mi abuelo le hubiese gustado eso. ¿Por qué no me cuentan esa información? Pero sí, eso ha sido un buen acercamiento con algo que no tenía presente.

*¿Para ti qué fue el exilio de tus papás?*

De chico no existía. De adolescente fue conocer su dolor, que existe hasta el día de hoy; se cortaron relaciones, se perdieron lazos que no van a volver nunca y que ellos no estaban preparados para soltar.

*¿Esa libertad que te dieron se dio también para hablar de lo que ellos vivieron, su llegada a México?*

De hecho, supe de la historia de mis papás como a los 16 o 17 años. Tuve un cambio de colegio porque unos compañeros me amenazaron con matarme, porque como yo no consumía drogas, no era su cliente, entonces empezó a haber *bullying*, pero muy tarde, o sea, dos años antes de salir a la universidad empezaron estos roces. Y a mí ellos no me preocupaban porque sabía que no tenía problemas, la cosa es que estos tipos estaban con una banda de narcos de una población, y esos sí me daban miedo. Yo nunca he fumado, nunca he tomado, nunca me he drogado.

Entonces fui como un perro verde dentro de la juventud, pero tampoco lo he necesitado.

Cuando entro a la universidad tengo un encuentro con un fascista, que era mi compañero de clase, y los dos teníamos 16 años, tocábamos la batería, nos gustaba la misma música, íbamos muy bien encaminados para tener una relación chida, neta, hasta que la profesora pone la tarea de decir de dónde veníamos o por qué nos gustaba comunicación audiovisual. Entonces, justo antes de que me tocara pasar a mí, el compañero que se presenta dice: “el día de mi nacimiento nace tal marxista-leninista, y no sé qué... y ¡viva el comunismo!” (casi, casi), y mi compañero, con el cual yo había entablado esta relación bastante buena, me dice: “comunistas culeados, hay que matarlos a todos”. Ahí yo me quedo en blanco. El tipo termina su disertación, que debía durar 15 minutos, ésa era una de las instrucciones, y yo empiezo a dar mi disertación, donde tengo que decir que soy hijo de exiliados, que mi mamá había estudiado comunicación y periodismo, y trabajaba en la televisión, en el Canal 9 de la Universidad de Chile, donde la derecha había cerrado el canal y los habían despedido. En ese momento comencé a tartamudear y a sudar, porque nunca antes me había enfrentado a eso. Nunca tuve la necesidad, mi familia era chiquita, a esta familia de personas que les había pasado lo mismo, que habían vivido afuera, no sabían por qué, pero sabían que eran de izquierda, y ya el color rojo comenzaba a salir por todos lados, y empiezas a hacerte la idea de que todos piensan igual que tú, y no es así.

Además, tú siempre fuiste mayoría. Yo nunca me tuve que enfrentar a lo contrario. Porque a pesar de que la familia de mi mamá era muy de derecha, nunca nos dijeron eso, porque éramos familia, pero este tipo que no tenía nada que ver, había agarrado el discurso de sus papás, y había hecho *copy-paste* nomás porque sí, porque el tipo no tenía ni la más remota idea de qué era el comunismo, ni porque había que matar a un comunista; según su lógica había que matarlos porque su papá sentía odio a los comunistas, y nada más, copió y pegó.

A partir de ese evento, yo me digo que yo no voy a ser ese tipo. Yo necesito aprender de esto, saber qué pasó y por qué pasó, quiénes actuaron y por qué, pero no a través de los libros de historia, sino a través de mi familia, y de los conocidos. Ahí empecé a preguntarles, y sacándolos mucho de onda. Entrevisté a mi padrino Andrés Letelier. Él se vino a México con mis papás. Entonces le preguntaba “¿cómo estuvo tu 73?, ¿qué hiciste, y por qué pasó?” Ahí me enteré de que a mi tío lo habían detenido y que se había enterado en el Estadio Nacional de que también habían detenido a su hermana porque por los parlantes escuchó el ape-

lido Letelier, y creyó que lo llamaban a él. Entonces fue al punto de encuentro y le dijeron “¡No! Estamos buscando a una mujer”. Ahí se enteró de que su hermana estaba detenida. Y además de que te das cuenta de que las razones por las que las detenían eran una estupidez. La razón por la que detuvieron a mi tío fue porque tenía barba, pero una barba muy bien cuidada, y lo detuvieron porque como tenía esa barba le dijeron “¡tú debes ser comunista, concha tu madre!” Y le respondió al conscripto que lo estaba deteniendo: “Arturo Prat también tenía barba”, y ahí le llegó un culatazo y se lo llevaron al Estadio Nacional por contestarle a la autoridad. Allí lo tuvieron cuatro meses, donde lo pasó muy mal.

Por las respuestas, te das cuenta de que las personas que detienen y que desaparecen son niños, que los conscriptos tenían 18 años, los que tenían que cuidar a los presos eran jóvenes. No eran viejos militares con mucha rabia. Eran unos niños con odio. Entonces, tienes que pensar que cuando Pinochet dio el golpe tenía 58 años. O sea, yo tengo 40. Te vas dando cuenta de las edades que tenían, eran muy, muy chicos cuando pasó todo esto. Mis papás habrán tenido veintitantos, por eso te vas dando cuenta que en ese tiempo la gente crecía más rápido. Antes a los 50 eras un anciano y se tenían que ir a su casa, y ya se van a morir. Pero, te vas dando cuenta de esas cosas. Además, en mi casa estaban los dos lados, porque la familia de mi mamá era de derecha, pero muy de derecha, porque todos tenía empresas o negocios, por tanto tenía mucho dinero, y evidentemente que cuando llega alguien que les dice que de lo que tienen que pagar de impuestos y que se debe repartir mejor la riqueza, eso no les gusta. La gente cuando les empieza a ir bien o a tener un buen dinero comienza a volverse de derecha, o quiere que las cosas se mantengan en el *statu quo* que les permita seguir siendo millonarios.

Me enteré de que los tíos de mi mamá, que tenían tiendas de comercio, de comida, y esos fomentaban el desabasto porque guardaban los productos. Ahí hay una cosa que se llamaban las JAP (Juntas de Abastecimiento y Control de Precios), comités que se crearon durante el gobierno de Salvador Allende para asegurar el abastecimiento de los productos básicos a la mayoría de la población y enfrentar la desestabilización gestionada por la derecha.

El argumento de la gente de derecha es la inestabilidad, lo mismo que están haciendo con AMLO los medios de comunicación, lo mismo, pero allá. En Chile son tres, y si dos les creen a los medios, entonces es la mayoría. Allá se escudaban en esa cosa del desabasto, de que había que sacar al gobierno marxista, de no sé qué. Finalmente, después de pasar por muchas entrevistas, me di cuenta de que yo estaba del lado correcto, que el odio está del otro lado, pero que es un odio irracional.

*En contraparte, ¿tus padres te contaban sobre el gobierno de Salvador Allende?*

Ese acceso era más fácil porque ahí empezó a existir YouTube y me puse a buscar ya directamente. Pero ya conocía sobre la familia Allende, pues en el exilio de mi familia, en mi infancia su esposa era una figura frecuente y familiar.

*¿Pero ellos no te querían decir mucho?*

No es que no me quisieran decir. Cuando los entrevisté, me contaron lo que van a saber ustedes, que es lo que pasó cuando salieron del departamento, por qué salieron, qué es lo que hicieron, toda esa parte del 73 al 74, y cuando mi mamá llegó a México; todo eso me lo sé por cosa de ellos. Pero de ahí empecé a ver programas, documentales; cuando llegué de Chile participé en la ASAG [Asociación Salvador Allende Gossens], con quienes tuve un desencuentro como el cuarto año porque yo ya estaba cansado de que hicieran siempre lo mismo, porque a pesar de que esa asociación, para cuando se da el golpe, ayuda a la gente, ayuda a la Casa de Chile acá en México, hacen ese trabajo para que se salga la dictadura y todo eso, al final, cuando se sale la dictadura se quedan como “¿y ahora qué vamos a hacer?” “No pues vamos a hacer la celebración patria que es el 18 de septiembre, vamos a celebrar cuando es elegido Allende, cuando nace, y el 11 de septiembre”, y ya; se queda como en una cosa testimonial de vamos a celebrar a esta persona. Entonces llega un momento, cuando empiezan a entrevistar a los más jóvenes, que yo les dije: “estoy cansado de ustedes porque están en la derrota, o sea ganamos la democracia y ustedes se quedaron ahí, pero no hicieron nada por volver al Chile que había antes, a lo que existía antes, sino que se quedaron en ustedes” y eso no les pareció, como a los viejotes: “no, es que no estás tomando en cuenta la lucha que dimos cuando estaba el dictador”.

*La imagen del Chile del 73, ¿cuál es la imagen que has construido?*

Es un Chile muy convulso, pero un Chile convulso de manera artificial, por la intromisión de Estados Unidos, como en toda Latinoamérica. Pero además es un peligro para Estados Unidos. El Chile del 73 es un Chile muy jodido para Estados Unidos porque es el único país que llega al socialismo por los votos. Es el único país en el mundo que llega a ese gobierno socialista por las urnas. Como estaba todo lo de la guerra fría, a Estados Unidos le espantaba sobremanera que tuviera éxito este ejercicio chileno al socialismo porque si funcionaba se le desestabilizaba toda Latinoamérica.

*¿Cuál es la imagen que tienes del socialismo chileno?*

Como Chile es una isla dentro de un continente, una isla que está separada por la Cordillera de los Andes y en el norte el desierto de Atacama, esto hace que todas las interacciones que haya en Chile sean muy diferentes a las del resto de Latinoamérica. Entonces las reformas o contrarreformas que hace la dictadura son mucho más profundas y mucho más llevadas a lo loco de lo que Allende pudo hacer. Por razones evidentes, porque tenían ahí las metralletas apuntándole a todo el mundo. Entre cuatro paredes hacer una constitución con cuatro tipos es facilísimo, es mucho más fácil que lo que se intentó ahora de hacer una constitución más abierta, que todo mundo estuviera metido, pero se llevó el neoliberalismo a un extremo que ni siquiera en Estados Unidos se podría hacer, ni lo dejaría hacer; porque en Chile está privatizada el agua, el transporte público, que son estratégicos para que sobreviva la nación, porque si tú tienes el transporte público privado y ese privado quiere que subas el pasaje lo que haces es parar todos los camiones hasta que subas el precio; eso Estados Unidos no lo podría tener. Eso hace que el Chile de hoy sea un Chile extremadamente injusto. Lo que me preocupa es que con lo que viví en Chile, cuando me vine a México veo que el PRIAN copió exactamente el modelo.

Veo algunas cosas que van a terminar en lo que terminó Chile. Chile terminó incendiado porque ya la gente no aguantaba más que le pusieran la pata encima. Aquí tuvieron la válvula de escape que es Andrés Manuel López Obrador, que medio ha distendido esta cosa en la población, que ya el pueblo se siente que está llegando dinero, que hay empleo, que ya no se está privatizando todo, porque lo privado no es lo mejor de lo mejor, y lo público no es ineficiente y ni escandalosamente corrupto, como antes. Entonces se están mejorando cosas, lentamente, aunque creo que el sexenio no va a hacer suficiente para poder completar el plan de acción, pero se está alejando de las decisiones que se tomaron del ejemplo en Chile.

*Las últimas noticias de Chile, ¿cómo lo ves?*

Chile va a volver a explotar. En Chile no pasó lo que pasó aquí. La gente que estaba en contra de la constitución que se hizo no entendió que fue una salida al hastío de la población general. La publicidad que se metió a la nueva constitución en contra fue 20 a 1; por un peso que ponían para promocionarla, el poder económico puso 20 pesos, o sea la cantidad de dinero que se puso para denostarla, para poner a la gente en contra, fue absurda. No dejaron que la gente entendiera que ésa era la salida a lo que se estaba viviendo. A mí me tocó vivir el Chile bonito, porque mis

papás tenían recursos y nos la pasamos bien, pero la gente que no tiene dinero la pasa muy, pero muy mal, porque ahí se vive para pagar, y la vida es muy cara.

### *¿Qué lección deja el exilio chileno?*

Yo creo que nuevos golpes en Latinoamérica son extremadamente improbables, porque la hegemonía de Estados Unidos se perdió y ya no tiene el control. Y el claro ejemplo de que Estados Unidos no tiene el control es Venezuela. O sea, si hubiera sido el Estados Unidos de los setenta, Maduro hubiera salido la primera semana de que el general dejó el control. El primer día lo hubiesen sacado con un golpe de Estado, pero intentaron todo lo que se intentó en Chile año tras año, y no lo han logrado. Entonces eso te dice algo. Yo, por lo que trabajamos con mi papá, debo estar muy muy al día en la política, me doy cuenta. Todos los golpes en Latinoamérica no se hubiesen dado si Estados Unidos no hubiera estado apoyando con dinero, con armas, con lo que sea, no se hubiesen dado. Porque el otro lado, que es la parte económica, no tenía el poder para dar un golpe de Estado. Además, que en el único país que las fuerzas militares quedaron del lado del dictador, cuando se enteraron que el dictador robó, y robó a manos llenas, empezaron a alejarse paulatinamente de ese camino, porque una cosa es que quieras salvar al país del socialismo, y otra que seas ladrón. Entonces, para las fuerzas armadas el ser ladrón es un parteaguas dentro de ellos, y que los últimos gobiernos pudieron sacar un poco de ello, no puedes enseñarles a tus militares que el socialismo es malo y que hay que matar a los socialistas, porque a tus militares les tienes que decir el peruano te puede atacar, el argentino te puede atacar, pero el socialista qué va a hacer, no es un enemigo interno, es un sistema diferente. Entonces han ido segregando a los militares que seguían con esta cosa de la guerra fría, y eso ha permitido que el ejército de Chile tenga el lugar que le corresponde en la historia.

De todas maneras, Chile no ha dejado de ser un país extremadamente polarizado. Yo siempre que hablo de política, que hablo de esos temas, tengo que saber con quién estoy hablando porque eso puede llevar a un quiebre, a una agresión, o algún tipo de cosa que yo no quiero vivir, la verdad. Entonces, hago un par de preguntas antes para saber más o menos dónde está ubicada esa persona en el plano cartesiano político y ya sabes más o menos qué puedes hablar para que no se arme una bronca. Yo en México pude vivir el estar en un trabajo donde mi jefe era de derecha y él sabía que yo apoyaba a AMLO y no pasaba de unas bromas de que me ponía a Calderón en el fondo de pantalla, algo así, pero en Chile, todas las veces que yo trabajé con gente de derecha ni si-

quiera decía que mis papás eran exiliados. No es que yo corriera peligro, pero me iban a correr.

Hasta el día de hoy la gente está encasillada: si eres de derecha te ponen en el cajoncito de la gente de derecha y de ahí no sales, y el de izquierda también es encasillado y su vida es más limitada porque no puede optar a trabajos específicos o diferente porque está marcado por su pensamiento.

*¿A ti en qué te afectó el exilio?*

Para mí el exilio significa la posibilidad de ser mexicano. Para mí significa haber podido vivir experiencias que otros chilenos no tuvieron, o no tienen hasta el día de hoy, de vivir en otro país, de conocer otra cultura. Y creo que para mí es algo más provechoso que lo que pudieron sentir mis papás. Para nosotros como hijos de exiliados en México se nos abrieron muchas puertas. Pero ser un exiliado en Chile es muy diferente, siempre tienes temor y cuidado por la connotación que esta palabra conlleva.

*¿Tus mismos tíos que eran de derecha te advertían de eso?*

No, mis papás nos decían que no podíamos hablar de eso con todos. Una autocensura, por precaución. Ya cuando tienes 15 años te das cuenta plenamente de qué es lo que está pasando, pero a mí cuando me pasó ese evento con el compañero del colegio, la cosa no fue una agresión verbal, sino que seguía estando esta posibilidad de una agresión mayor.

*¿Por qué haces esta entrevista?*

Creo que la importancia de que quede un registro de que los hijos de exiliados somos también algo importante. Lo que les pasó a mis papás es terrible. Pero lo que nos pasó a nosotros también. Pierdes la seguridad y tan joven... porque a los ocho años que yo me fui a Chile no tenía la posibilidad de decir "yo me quedo con mi tío", porque mi tío Andrés se quedó mucho tiempo en México, regresó 10 años después.<sup>1</sup>

Ojalá las cosas cambiaran. Creo que en Chile sigue estando muy presente, a pesar de que se van a cumplir 50 años, sigue estando presente la huella de la dictadura, y van a pasar unas cuatro generaciones más hasta que se olvide este *shock* que fue la dictadura, porque sigue afectando a muchas personas. Recién, hace unas semanas en que Pascal,<sup>2</sup> el actor que está de moda, un tipo que dice que es periodista le dijo

1 Andrés Letelier [fallecido el 19 de mayo de 2023, en Santiago de Chile].

2 El entrevistado se refiere a Pedro Pascal.



que ojalá hubieran exiliado a sus familias para tener las mismas posibilidades que tiene Pascal, pero lo dijo con una soltura, con una incapacidad mental, pues para que ese cabrón pueda tener esas posibilidades su familia pasó por un infierno. Es tan desconocido este tema que un periodista, bueno, un periodista con muchísimas comillas, pueda llegar a decir una cosa semejante sin que haya una repercusión.

*¿En Chile el 11 de septiembre es conmemorativo?*

Sigue habiendo personas que lo conmemoran. Hay personas que no tuvieron la posibilidad de salir. Hubo muchísimas personas que tuvieron que vivir la dictadura con temor. Cuando estaba estudiando animación me tocó una compañera que sus papás, de izquierda, se quedaron en Chile, ella era más grande, entonces pudo vivir un poquito de este *shock*, ella me dijo: “tus papás la tuvieron fácil porque salieron”; pero ¡si no salían los mataban!, no es por facilidad, fue pura sobrevivencia.

En Chile una gran mayoría de familias fueron afectadas ya sea por familiares presos, por familiares desaparecidos, torturados, familiares en el exilio, familias destruidas por la separación de sus integrantes en diferentes lugares del mundo y, por último, porque otros tuvieron que salir a un exilio económico por falta de trabajo.



## SOBRE LAS AUTORAS

### Rebeca Flores

Editora. Encargada del Departamento de Edición Digital y Publicaciones en Memórica. México, haz memoria, repositorio de Memoria Histórica (AGN). De 2019 a 2022 fue encargada del Departamento de Edición y Publicaciones de la Coordinación de Memoria Histórica y Cultural de México, de la Oficina de la Presidencia de la República. Fue asistente de la enciclopedia *Milenios de México*, de H. Musacchio, por más de 20 años; correctora de estilo en CONACULTA (2007-2018) y en el FCE desde 2017; asistente de investigación y coordinadora de investigadores para *México: 200 años de periodismo cultural* (2012-2013); realizó, además, la iconografía y apoyo en la investigación para el *Diccionario enciclopédico de México*, entre otros. Autora de los poemarios *El mar y sus temblores* (Universidad Autónoma del Estado de México, 2001) y *Ninbaus, luz que abarca todo* (Asociación Cultural Heredia, 2005). Ha publicado poesía en las revistas *Universidades* y *Alforja*.

# Sofía R. Fernández Flores

Bióloga, egresada de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuenta con posgrados en Ciencias Biológicas y en Educación. Ha ocupado puestos estratégicos en programas educativos de instituciones privadas y es cocoordinadora de un curso en la Universidad de Pensilvania, del cual se ha desprendido el libro *Biodiversity & Classification of Wasps* (2023), en el que participó como coautora y editora. De intereses variados, siempre ha tenido gusto por las letras y la pléyade de sentimientos que evocan y, en este libro, busca, a manera de luciérnaga, iluminar un capítulo tan negro como la noche, honrando los destinos y testimonios de los hombres y mujeres que en estas líneas encuentran alas para volar.

*Crónica de un exilio. Testimonios de resistencia y esperanza  
de una familia chilena en México: los Palomo.*

Edición realizada a cargo de la Subdirección de Publicaciones  
del Instituto Mora.

En ella participaron:

*corrección de estilo*, Hugo Vargas;

*revisión de pruebas*, Yazmín Cortés;

*diseño y formación de páginas*, Marco Ocampo;

*cuidado de la edición*, Rubén Amador y Javier Ledesma.

Fecha de aparición en formato PDF:

14 de noviembre de 2023.



Tenemos aquí un importante aporte a la discusión, historiográfica y abstracta, de un hecho histórico concreto: el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Santiago de Chile. Estas páginas son memoria, crónica directa y reflexión en torno al mismo fenómeno desde una perspectiva múltiple, presentada como un relato nuclear. En esta obra se analizan los pormenores de un acontecimiento de índole geopolítico; cada entrevista ofrece un acercamiento a la conversación privada con varios integrantes de la familia Palomo. No es un ensayo de creación literaria, pero mantiene una unidad conceptual y estética notable.

El libro está en los tres tiempos verbales que ofrece la gramática española: habla del hecho consumado (el pasado), de la construcción del recuerdo (en presente) y tiene un linde con la moraleja en la toma clara de posición política y sus reclamos (advertencia a los lectores sobre el futuro). No solamente para conmemorar la sublevación militar que golpeó a Chile, este libro es útil para pensar la democracia en Latinoamérica y el impacto en la sociedad.

*Dr. Carlos A. Molina P.*



GOBIERNO DE  
**MÉXICO**



ARCHIVO  
GENERAL  
de la NACIÓN

**MEMÓRICA**

México, haz memoria



CONAHCYT



Instituto  
Mora